
MARIAH STONE
EL DESEO DEL VIKINGO
AL TIEMPO DEL VIKINGO
Una novela romántica de viajes en el tiempo

EL DESEO DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO UNO

MARIAH STONE

Traducido por

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Viking's Desire* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Otras obras de Mariah Stone

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

A todos los padres. Sobre todo, a los míos.

PRÓLOGO

Ålesund, provincia de Møre, Noruega, abril de 880 d. C.

—No me decepciones, Einar —dijo el rey Harald—. Debemos expulsar a todos los bandidos de las Orcadas para que allí pueda reinar mi ley y no el caos.

De haber podido, Einar Birgirsson habría destruido al rey que le había arrebatado su hogar durante la conquista de Noruega. En lugar de eso, caminaba a la par hacia el embarcadero. Tres *drakkars* sobresalían contra el cielo gris; los estaban llenando de bolsas, baúles, ovejas y personas. Al lado de Einar, caminaba su hija Svanhild, que tenía diez inviernos, y su hermano mayor, el *jarl* Rögnvald de Møre.

Einar sostuvo la penetrante mirada azul del rey. A pesar de que Harald tenía menos poder físico que él, el hombre tenía la fuerza política necesaria para arruinarle la vida tanto a él como a su familia.

—Los expulsaré de las Orcadas, su Alteza —le aseguró.

Satisfecho, Harald asintió.

—Muy bien. Tengo fe en ti. Tu sobrino rechazó la misión porque cree que es imposible liberarse de ellos. Pero respeto que aceptes el desafío.

Rögnvald se ruborizó al oír la mención del fracaso de su hijo. Como Einar también sintió vergüenza, apretó los puños. Estaba determinado a restaurar el honor de la familia.

De tener un hijo, no le permitiría ocultarse en la aldea. Lo obligaría a responder ante el rey. Ese era otro motivo para alegrarse de no tener más hijos.

Ålesund era una buena ubicación en el brazo del mar del Norte, con acceso fácil a la costa. A sus espaldas, la protegían las montañas altas con cimas planas y pendientes boscosas. Einar echaría de menos la magnificencia del paisaje y el aroma fresco y húmedo del bosque luego de un aguacero. Las islas Orcadas eran bajas y desérticas en comparación con Noruega, pero de seguro el aroma al mar y la brisa del viento serían similares.

—Einar no lo defraudará, su Alteza. —Rögnvald era más bajo y robusto que su hermano, y ya tenía unos mechones grises en el cabello dorado—. La temporada de los vikingos está a punto de comenzar, de modo que es un buen momento para expulsarlos antes de que comiencen los ataques. También es una buena época para la siembra y la cría de ovejas. Eso le dará al asentamiento un buen comienzo para sobrevivir al primer invierno.

Tenía razón. En Ålesund ya estaban listos para llevar a cabo las tareas que precedían a la siembra, y en el aire se oían los bramidos de los hombres y las mujeres que trabajaban. En breve, estarían haciendo lo mismo en las Orcadas.

Llegaron al embarcadero donde los hombres de Einar cargaban los últimos sacos y barriles a los barcos. Las olas salpicaban los cascos de madera. Cuando Einar y Svanhild abordaran, zarparían.

Sin apartar la mirada de Einar, el rey Harald asintió con la cabeza.

—Espero que podamos dejar en el pasado nuestra antigua disputa, Einar. No tengo ningún deseo de ser enemigo tuyo o de ningún hombre como tú.

A Einar se le cerró la garganta. ¿Qué se le decía a un rey que le había arrebatado el hogar y ahora le ofrecía uno nuevo? Por más que estuviera infestado de hombres peligrosos que estaban dispuestos a robar y matar… Pues, se le decía lo que debía decirse.

—Yo tampoco deseo ser su enemigo. —Miró a Rögnvald—. Solo deseo que mi hija se pueda quedar aquí, a salvo. Las islas llenas de bandidos no son sitio para una joven.

A Svanhild se le abrieron los ojos como brazaletes y lo miró.

—Padre, por favor, llévame contigo.

A Einar se le tensó el pecho. En ese tipo de momentos era cuando más echaba de menos y necesitaba a su esposa. Cerró los ojos unos instantes y se despejó. Su esposa sabría qué decir. Los ojos pardos le habrían destellado mientras sonreía y se arrodillaba para hablar con Svanhild. El cabello dorado, casi ámbar, iluminado por los rayos del sol, se habría mecido resplandeciente con el viento.

Sin embargo, al abrir los ojos, solo vio a su hija de pie. Era la viva imagen de su gran amor, de la esposa a la que siempre echaría de menos. Svanhild lo seguía mirando mientras acariciaba al gatito de color gris humo que sostenía en los brazos. Le había dicho que todos los hogares necesitaban un gato para mantener alejados a los ratones.

Como tenía que distraerse del dolor que se le asentó en el pecho y del amor y el temor que sentía por su hija, Einar tomó un saco y se lo arrojó a uno de los hombres que se encontraba a bordo.

—Svanhild, solo estoy pensando en tu seguridad.

—Pero ¿no crees que estaré a salvo contigo? —le preguntó.

Einar se agachó y tomó otro saco.

—En Ålesund, no hay enemigos escondidos detrás de cada esquina. Tu tío y tus primos te protegerán.

Rögnvald asintió.

—Tu padre tiene razón, tesoro. Ya sabes que tus primos estarán contentos de que te quedes, y yo también. Einar, deberías venir a buscarla cuando las islas sean seguras.

El rey Harald frunció el entrecejo.

—Pero eso puede llevar años. ¿No echarás de menos a tu única hija?

A Einar se le tensaron los hombros como le ocurría siempre que tenía que demostrar cariño por su hija. Le arrojó otro saco al hombre a bordo.

—Su bienestar es más impor…

—Si se encuentra contigo, estarás más concentrado en hacer que las islas sean un sitio seguro —lo interrumpió Harald.

Einar apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió la mandíbula.

—Y echar raíces te hará sentir más en casa —continuó el rey—. ¿No es lo que quieres, Einar? ¿Vivir en tu propio hogar tras haber sido un invitado de tu hermano durante tantos inviernos? ¿No es hora de que vuelvas a ser un líder? ¿De que construyas una dote para Svanhild?

Einar se apoyó las manos en las caderas y sintió la impotencia que le debilitaba los músculos y la ira que le producía ardor en las entrañas. Oh, qué astuto era el monarca. Astuto, listo y manipulador. Sin dudas, Loki era su dios. Tomó un barril de hidromiel que el rey le había dado; pesaba tanto como Svanhild a los dos años… la última vez que la había sostenido en brazos.

—Sí, su Alteza —le respondió—. Por eso voy. Por ella.

Le arrojó el barril al hombre, que casi lo hizo caer. Einar soltó el aliento. Era bueno hacer algo con el cuerpo, la tensión y el ardor de los músculos le producían alivio.

El rey asintió con la cabeza.

—Muy bien. Sé que un viudo de tu edad debe querer más hijos. Un nuevo hogar y un nuevo comienzo. ¿Por qué no una esposa, Einar?

A Einar dejó de circularle sangre por el rostro. Debió haberse puesto del color del algodoncillo porque tanto Harald como Rögnvald lo miraron con el ceño fruncido.

—No quiero ninguna esposa, su Alteza. —Se secó la frente. De seguro se le había humedecido por la actividad física y no por haber oído la palabra «esposa»—. No habrá más nadie para mí.

—Tonterías. —El rey hizo un gesto con la mano—. Necesitas a una mujer que convierta a las Orcadas en tu verdadero hogar.

Einar negó con la cabeza.

—No.

La expresión de Harald pasó de preocupación a algo parecido al enfado.

—Debes encontrar una esposa y casarte este año.

Einar ahogó un gruñido de furia. ¿Cómo se atrevía ese hombre a decidir sobre su vida privada?

—Sí, de hecho, es mi condición final —concluyó el rey—. Si quieres ser el *jarl* y ser dueño de las islas Orcadas y Shetland, y si quieres una buena dote para Svanhild, debes casarte en menos de dos lunas.

Einar sintió que el embarcadero de madera desaparecía bajo sus pies. Se quedó quieto como un bobo, sin dejar de parpadear y sin lograr cerrar la boca.

—De seguro bromea, su Alteza —murmuró.

—Hablo en serio. —Se volvió y con un ademán llamó a alguien. Un escaldo se aproximó. Era un joven que había recitado hermosos poemas acerca de las victorias de Harald durante el festín de la noche anterior. Los ojos del escaldo ardían de curiosidad.

—Solver Tykirsson. —Harald le apoyó una mano en el hombro—. Irás con Einar a las Orcadas y serás mi enviado. Dentro de dos lunas, verás si se ha llevado a cabo la boda y me lo reportarás.

Solver le sonrió a Einar y Svanhild.

—Sí, señor. Será un placer entretener a los colonos y levantarles el ánimo. Conmemoraré el asentamiento del *jarl* noruego Einar Birgirsson en las islas Orcadas y Shetland.

Einar escuchó con la boca abierta sin poder creer lo que oía. El rey se había atrevido a enviar a un perro guardián para asegurarse de que se casara en dos lunas. La cólera le empezó a circular por las venas.

—No puede hablar en serio, su Alteza —soltó—. No soy su hijo, ni su hermano, ni su…

—Eres mi súbdito —lo interrumpió Harald con una mirada glacial—. Y harás lo que te diga o te puedes olvidar de las Orcadas.

—Su Alteza…

—Es mi última palabra, Einar. Necesito un anexo estable de Noruega, un excelente punto estratégico para comercializar y llevar a cabo expediciones de asaltos. La tierra fértil puede alimentarte a ti y a muchas generaciones más de nórdicos. Una familia es clave para todo eso. Así que, si no te casas en dos lunas, perderás para siempre la oportunidad de tener tu propio hogar.

Einar montó en cólera por dentro.

—Lo último que necesito es una esposa —dijo.

—Pues, yo creo que es lo primero que necesitas, hermano —lo contradijo Rögnvald.

Einar le clavó una mirada fulminante, pero Rögnvald se limitó a encoger los hombros gigantes. Einar se volvió hacia Svanhild, que abrazaba al gatito, y lo miró a los ojos sin protestar. ¿Acaso la niña querría una madre?

Sintió una puntada de dolor al recordar cómo sostuvo a la afiebrada y moribunda Agdis en sus brazos. Tras cuatro días de trabajo de parto, su segundo hijo había muerto dentro de su esposa, y ella había perdido todo el color, se había desangrado y había atravesado un gran dolor. No podía volver a pasar por eso. Ya tenía una hija. Era suficiente.

Aun así, tenía que liderar el nuevo asentamiento y construir una dote para su hija, y esa era la única opción disponible. Así que accedería a la propuesta de Harald, pero bajo sus propios términos.

Tenía el pecho tan pesado como si le hubieran colocado enormes cadenas alrededor de las costillas.

—Que así sea —acordó Einar.

El rey le ofreció una ancha sonrisa y le apoyó una mano en la espalda.

—Muy bien. Es una decisión sabia. Tienes dos lunas. Que Odín te bendiga en el viaje.

Dio un paso hacia atrás y observó a Einar sin parpadear. El trabajo del rey estaba hecho. Acababa de determinarle el destino, y él había caído directo en la trampa. Pues, que así fuera. Si las nornas tejían otra esposa en su futuro, Einar la aceptaría.

Pero no había nada que pudiera obligarlo a abrirle el corazón o a tener más hijos con ella. Porque, como la vida le había enseñado a los golpes, amar a alguien solo llevaba al sufrimiento.

CAPÍTULO
UNO

Orlando, Florida, 3 de mayo de 2019

—Holly, cariño, ¿estás segura de que ir a Escocia dos semanas antes de esa importante fusión es lo más sabio? Has trabajado tanto…

Holly apretó fuerte el sujetador de la maleta mientras caminaba con sus padres hacia la zona de partidas para despachar el equipaje. Los ojos marrones de su madre reflejaban preocupación… como siempre, y las arrugas alrededor de la boca se le profundizaron.

—En serio, mamá, ya está todo hecho. Solo estamos esperando que terminen de redactar los papeles. En dos semanas, los firmamos. Y, para entonces, ya estaré de regreso.

—Una persona responsable no se marcharía justo antes de cerrar un trato tan importante —señaló la madre—. No te criamos así.

Holly sofocó un suspiro y se detuvo al final de la fila para despachar el equipaje. A veces, entre tantos comentarios llenos de críticas, le resultaba difícil ver que su madre no tenía malas intenciones. Se volvió para mirar a sus padres. Eran muy diferentes a ella. Su madre era una mujer pequeña de aspecto dulce, con una melena gris de cabello enrizado; su padre, un hombre alto, apuesto

y de hombros anchos, todo un hombre del ejército. No era de sorprender que no se pareciera en nada a ellos.

—Mamá, no me he tomado vacaciones desde hace tres años. La investigadora de genealogía de Inverness tiene una larga lista de espera, y la próxima cita disponible es en dos años. Es una oportunidad única de averiguar mis raíces.

—Pero ¿por qué tienes que encontrarlos a *ellos* cuando nos tienes a nosotros? —le preguntó su madre—. ¿No te lo hemos dado todo?

Su padre la abrazó.

—Gemma, déjala. No sabes cómo se siente…

Holly le ofreció una sonrisa de agradecimiento a su padre. Era un hombre de pocas palabras, pero cuando las decía, eran las adecuadas. Holly se parecía más a él que a su madre, que tenía muchas cosas que decir acerca de muchos temas.

La fila se movió, y Holly se acercó al mostrador para despachar el equipaje y pedir la tarjeta de embarque. Cuando terminó, se volvió hacia sus padres.

—¿Vamos a tomar un café? —le preguntó su madre.

Holly le sonrió con dulzura.

—Mamá, será mejor que me vaya. Aún tengo que enviar unos correos electrónicos antes del vuelo.

La madre suspiró.

—De acuerdo.

Los tres se movieron hacia el control de seguridad.

—No dejo de pensar que me he olvidado de decirte algo —le dijo su madre—. Tengo una sensación de ansiedad en el corazón acerca de este viaje. Como si te estuviera viendo por última…

Se interrumpió cuando los ojos se le llenaron de lágrimas. Holly le apretó el hombro.

—Todo va a estar bien, mamá.

Su padre abrazó a su madre.

—Gemma, ha viajado por todo el mundo. Se va a Escocia, no a Siberia. Y es una mujer adulta y exitosa.

Su madre alzó la cabeza.

—Una mujer exitosa no tiene citas con un banco de esperma.

«Ya empezamos…».

—¿Para esto querías ir a tomar un café, mamá? ¿Para regañarme por el deseo de tener hijos?

—No es natural, cariño. Primero debes casarte.

—¿Y si no me puedo casar, mamá? ¿Y si los hombres corren en la dirección opuesta cuando llegan a conocerme? ¿Acaso eso debería detenerme? En la actualidad, una mujer no necesita a un hombre para criar…

—Esos hombres son idiotas. Y, sí, una mujer necesita a un compañero para criar a un niño. ¿Cuántas veces lo has intentado? ¿Cinco? ¿Seis?

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué la gente más allegada a uno siempre tenía la habilidad de causar más daño?

—El mes pasado, fueron siete —repuso—. Tienes razón. Puede ser que no esté destinado a suceder. Debe haber algo mal en mí.

La madre hizo una mueca y abrazó a Holly.

—Sé muy bien cómo se siente, cariño. Dios jamás me dio la oportunidad de dar a luz, pero me dio una hija en ti. Para prepararte para la llegada del hombre adecuado, quizás necesitas comer más sano y dejar de beber tanto café. Ya sabes que te crie para que lograras grandes cosas a pesar de tus defectos.

—Quizás este defecto es demasiado grande y no se puede arreglar —señaló Holly al tiempo que se secaba los ojos y se manchaba los dorsos de las manos, y sin dudas el rostro también, con máscara de pestañas negra.

Por el rabillo del ojo, vio un movimiento. Miró hacia la izquierda y vio a un hombre alto que llevaba un carrito lleno de maletas y marchaba hacia ellos a toda velocidad sin apartar los ojos del móvil. Por fortuna, Holly logró apartar a su madre del camino y mantenerla equilibrada para que no se cayera.

—Señor, por favor, vea por donde va —le dijo Holly.

El hombre alzó la vista del móvil y alzó la mano sin detenerse.

—Lo siento, disculpen, llego tarde a mi vuelo. —Tras la disculpa, continuó marchando con los ojos pegados en la pantalla.

—Gracias, cariño —le dijo su madre—. Siempre me has protegido, desde que eras pequeña. Incluso de las arañas.

Holly se rio. Su madre podía parecer dura a veces, pero le aterraban las arañas.

Se detuvieron delante de la fila para el control de seguridad en la que solo aguardaban tres personas.

—Pórtate bien, Holly. —Su madre le enderezó la blusa como lo hizo el primer día de clases—. No bebas demasiado *whisky*, no te acuestes con cualquiera y no te olvides de nosotros.

Holly soltó un jadeo y negó con la cabeza.

—Mamá, no puedo creer lo que acabas de decir. ¡No me acuesto con cualquiera!

—Bueno, no tienes a ningún hombre en tu vida, y esos *highlanders*… —Le echó un vistazo a su padre mientras se le apagaba la voz.

—Deja de hablarme como si fuera una niña —le dijo Holly—. Tengo treinta y cinco años, por el amor de Dios. Ni hacía falta que me trajeran al aeropuerto. ¡Tengo mi propio coche!

—Oh, no digas tonterías. Alguien tenía que asegurarse de que no te olvidaras el equipaje en algún lado.

Holly inspiró hondo para calmar los nervios. «Tiene buenas intenciones», se dijo. «Tiene buenas intenciones, pero no sabe expresarse».

—Mamá, soy la directora de una empresa multimillonaria. No tengo tendencia a olvidarme las cosas.

Su madre le sonrió y le tomó el rostro entre las manos.

—Tienes razón, cariño. Por favor, llámanos cuando aterrices.

Tras decir eso, la abrazó. Su padre le sonrió disculpándose y la abrazó también. Le depositó un beso en la coronilla y le susurró:

—Te queremos mucho, cariño.

Cuando Holly los saludó con la mano y se colocó en la fila para hacer el control de seguridad, sintió que la tensión en los hombros comenzaba a disiparse. Esperaba que pasar unos días alejada de casa y de sus padres pudiera hacerla olvidar el hecho obvio de que había algo que iba muy mal en ella. En el avión, leería el libro acerca de la Escocia medieval y los vikingos y bebería todo el café que se le antojara.

Y quizás, si podía, averiguaría de dónde había venido y por qué sus padres biológicos la habían rechazado.

~

Cerca de la aldea de Tongue, Sutherland, norte de Escocia, 5 de mayo de 2019

Holly y la señora Verdandi, la investigadora de genealogía de Inverness, caminaron hacia el límite de una costa verde que se expandía hacia la derecha y la izquierda. Al borde de los acantilados que tenían en frente, en medio del césped verde, se erguía un gigantesco fresno. Holly sintió una extraña atracción hacia el árbol, como si jalara de ella, y necesitara tocarlo. A lo mejor se debía a que no había más árboles a la vista por varios kilómetros.

Holly aceleró el paso, con cuidado de no abrumar a la anciana, que llevaba puesto un traje de color lila que hacía un contraste curioso con el paisaje que las rodeaba. Pero no tenía nada de qué preocuparse: la señora Verdandi podía lucir como si tuviera ochenta años, pero mostraba más agilidad y fuerza que ella.

Detrás del árbol y los acantilados, se veía el mar del Norte, con tonos azules oscuros bajo los rayos del sol. Una brisa acarreó los aromas a mar, sol y piedras calientes, y Holly tomó una profunda bocanada de aire al tiempo que se le formaba una sonrisa en el rostro. Allí, el aire era muy distinto al que se respiraba en Orlando. Se sentía frío y fresco, con un aroma «verde». Era el aroma de la libertad.

—Entonces, ¿aquí es donde ocurrió? —preguntó Holly cuando se detuvieron delante del árbol—. Los vikingos secuestraron a mi tatara, tatara, tatara… —Holly se rio—. No sé ni cuántas generaciones debo agregarle a la palabra «abuela».

La señora Verdandi también se rio.

—Sí, aquí —respondió con ese extraño acento que, sin dudas, no era escocés—. El norte de Escocia siempre ha guardado una

profunda conexión con los vikingos. —Los ojos se le iluminaron con un dejo de picardía.

—Cerca del fresno, había una gran aldea que iba desde aquí hasta la playa.

La señora Verdandi hizo un gesto hacia la izquierda, donde la superficie verde del acantilado descendía hacia una pequeña y apartada playa de arenas blancas.

—Luego, el clan MacKay habitó aquí. La antepasada a la que secuestraron hubiera sido una MacKay. Tienes sangre escocesa y nórdica, querida —le explicó.

Holly arqueó las cejas.

—Bueno, sí, eso es lo que salió en los resultados de la prueba de ADN de ancestros.

La mujer sonrió.

—Pues, yo no necesito ninguna prueba de ADN para decírtelo. Tienes el legado nórdico escrito por todos lados. En el acero de tus ojos, tu fuerza, tu honestidad, tu honor y también en la resiliencia y el compromiso de proteger a tus seres queridos sin importar nada.

Un pequeño escalofrío le recorrió la piel. Las palabras sonaban ciertas y le resonaron mucho.

—¿Te das cuenta de todo eso solo con mirarme?

A la mujer se le formaron muchas arrugas alrededor de los ojos.

—Solo debes saber dónde mirar. También veo que tienes magia en la sangre. En tu árbol genealógico ha habido muchas *völvas* y brujas.

Holly se rio.

—Claro que sí. Y el cielo se tornó rojo y aparecieron dragones escupiendo fuego. Oh, por favor, dime que no crees eso.

La mujer arqueó una ceja y le dijo:

—Mira el árbol. ¿Qué ves?

Holly se concentró en el árbol. Era gigante, alto y grueso, con grandes raíces que se aferraban al suelo rocoso. ¿Cómo se las habría ingeniado para crecer en esos acantilados? Las ramas sin hojas se movían con el viento. El árbol estaba tan vacío como esas tierras. Eran áridas, tal y como ella misma se sentía.

Las lágrimas le hicieron cosquillas en los ojos. Cielos, ¿por qué sería que eso le importaba tanto? Ni siquiera tenía a un hombre en su vida. Pero siempre había querido tener un hijo. De su propia carne y sangre. Aunque quería mucho a sus padres, quizás esa sensación de estar rota, de ser defectuosa, se debía a que su madre biológica la había rechazado.

Miró el tronco y se le formaron unas arrugas en el ceño. Había algo tallado allí: un patrón complejo, decorado y entretejido. Celta o vikingo. ¿Cómo no lo había visto antes? Lo observó con más detenimiento y vio algo alargado con bordes afilados. Era un huso.

Durante un instante, Holly se volvió a mirar a la señora Verdandi azorada.

—¿Qué significa?

—Míralo —se limitó a responderle con una sonrisa astuta en los labios.

Holly volvió a mirar y soltó un jadeo. En lugar del huso de madera que había visto en el tronco, había uno dorado con patrones que no estaban tallados, sino grabados. Se acercó un paso y recorrió la longitud del huso con el dedo índice. Como lo sintió suave, y un poco vibrante, apartó la mano.

—Qué buen truco —señaló y soltó una risa nerviosa—. ¿Cómo lo has hecho?

—Oh, ya lo aprenderás. ¿Estabas buscando un árbol, querida? Pues, lo has encontrado.

—No estaba buscando un árbol. Estaba buscando información acerca de mis antepasados.

—Es un árbol genealógico, querida.

Holly sonrió.

—Oh. Bueno, si lo pones así, sí.

—Tus raíces yacen con los vikingos… pero tu futuro también.

—¿Cómo dices?

—Mira el huso, Holly. —Como si estuviera hipnotizada, Holly le hizo caso—. Hay un hombre que te necesita en el siglo IX. Te ayudará a encontrar la respuesta a todas tus preguntas, y su amor curará las heridas de tu corazón.

El huso comenzó a avanzar hacia la superficie del árbol, como si algo lo empujara desde lo más profundo del tronco. Holly soltó un jadeo y, cuando el huso sobresalió por completo de la superficie, alzó la mano para atrapar el objeto antes de que se cayera.

Las palabras de la anciana le resonaron por todo el cuerpo. «Hay un hombre que te necesita en el siglo IX. Tus raíces yacen con los vikingos… pero tu futuro también».

Una fuerza invisible le cogió la mano y jaló de ella; se sentía cálida, dura y de textura leñosa. Holly soltó un grito y comenzó a debatirse mientras se sentía jalada hacia el árbol. Clavó los talones en el suelo, pero la fuerza era demasiado poderosa. Luego el tronco se cerró alrededor de ella y la oscuridad la envolvió.

La luz solar la cegó mientras se veía arrojada hacia adelante con un jalón violento, como si alguien la hubiera empujado por la espalda. Se cayó al suelo y se raspó la piel de las palmas.

Unos gritos perforaban el aire. El olor punzante a humo le llenó las fosas nasales. Sintió temor en el estómago, y la adrenalina hizo que se le pusieran los pelos de punta. Aún se encontraba sobre lo que parecía la misma costa, los mismos acantilados escoceses, pero no vio ni a la señora Verdandi ni el árbol. A unos tres metros de donde se encontraba, había unas casitas de piedra con techos de paja en forma de conos… y estaban en llamas. Más allá de las construcciones, se veía una aldea medieval sobre la pendiente verde del acantilado que conducía a la playa de arenas blancas.

Entre las casas, vio personas vestidas con prendas medievales que luchaban. Algunos tenían hachas y espadas, mientras que otros solo se valían de palos y horquetas. Pero no se limitaban a luchar, también mataban y arrastraban a algunas personas hacia la playa, donde varios hombres cargaban sacos, pieles y a algunos rehenes hacia tres barcos que parecían vikingos.

Pero ¿qué diablos estaba pasando? La anciana le había dicho que viajaría al siglo IX… ¿Al siglo IX?

Pero Holly no podía viajar en el tiempo, ¿cierto? Eso era ridículo. Debía tratarse de alguna alucinación o algún truco. Quizás alguna broma. O el escenario de alguna película.

No obstante, el aire apestaba al olor a hierro de la sangre, y las armas eran de metal y no de plástico ni de goma, porque atravesaban la carne y derramaban sangre. No había ninguna cámara a la vista, ni tampoco ningún director ni nadie diciéndoles a los actores que corrieran o lucharan o hicieran algo de todo lo que estaba ocurriendo.

A Holly se le cerró la garganta, pero se incorporó de un salto y obedeció el instinto de echar a correr y esconderse. Desesperada, buscó un escape, alguna manera de…

Cuando un hombre que llevaba un hacha cubierta de sangre y una mirada de predador le clavó la mirada, sintió que la tierra desaparecía debajo de sus pies. Era alto y ancho, con unos hombros que parecían peñascos. Mientras avanzaba hacia ella, una trenza le sobresalió del centro de la cabeza afeitada. La barba no logró ocultarle una sonrisa taimada.

Holly giró sobre los talones y echó a correr. Se alejó a toda prisa de la aldea, y regresó al sitio sobre la calle de tierra en el que la señora Verdandi había aparcado el coche. Si lograba llegar al vehículo… Corrió sin parar, y el viento le soplaba contra las orejas, pero el hombre se le estaba acercando. Y la calle de tierra no se podía ver por ningún lado. El coche, tampoco.

Cuando el extraño la alcanzó y la sujetó, Holly se tropezó y se cayó. El hombre la paralizó con su cuerpo, y el impacto la dejó sin aliento. Sintió una punzada de dolor en el centro del estómago y comenzó a asfixiarse bajo su peso. El sujeto la volvió para mirarla con unos perforantes ojos celestes. Los tatuajes del dragón ornamentado que tenía en el cráneo destellaron bajo la luz tenue.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —susurró antes de apretarle el mango del hacha ensangrentada contra la garganta. La barba le produjo cosquillas en el mentón—. Una bruja. ¿Eres una *völva*? Te vi aparecer de la nada. Respóndeme.

Por fin logró tomar una bocanada de aire. En algún punto distante de la mente, registró que hablaba en un idioma extranjero. Holly solo había aprendido español en la escuela secundaria, pero no se trataba de español. ¿Cómo era posible que lo entendiera?

—No importa. Me lo dirás de camino a las Orcadas.

Se puso de pie y la recogió como si no pesara nada para luego arrojársela por el hombro.

—¡Suéltame! —gritó Holly. Pateó y le golpeó los puños contra la espalda, pero fue como si el gigante no sintiera nada. Le dio una palmada tan fuerte en el trasero que le dolió todo el cuerpo.

—Cierra el pico, bruja. Pensé que Odín se había olvidado de Thorir Treebeard, pero me ha enviado una bruja. A Odín le encantan los hombres que desafían el destino. ¿Y qué mejor forma hay de hacerlo que sacrificando a una *völva* para el dios de un ojo?

CAPÍTULO
DOS

North Ronaldsay, islas Orcadas, 7 de mayo de 880 d. C.

—Están ahí. —Einar se acuclilló detrás de un peñasco.

El campamento de Thorir Treebeard consistía de un conjunto de tiendas de campaña y algunas fogatas sobre el paisaje desolado de la isla. Como allí no había árboles, los sonidos de la lluvia pesada que repiqueteaba sobre el césped y las tiendas de campaña eran la mejor protección que podrían pedir.

—Lofarr ha hecho un buen trabajo al encontrar el campamento —le dijo a Solver, que se encontraba agachado a su lado—. Lo debería haber atrapado la semana pasada. Ahora tiene cinco barcos.

—Has luchado bien cuando los ahuyentaste —señaló Solver alegre—. No será una tarea fácil. Por eso el rey te ha escogido a ti.

A sus espaldas, aguardaban los cincuenta hombres de Einar; la lluvia les chorreaba de la barba, y las armaduras y las armas destellaban.

—No deberías haber venido, Solver —le dijo Einar—. No puedo cuidarte la espalda en una batalla. Quédate en uno de los barcos.

A pesar de ser el escaldo, Solver tenía una mejor espada que la de él. Sin dudas, sería un regalo de Harald.

—No tienes que preocuparte por mí, Einar —le aseguró el escaldo—. Debo observar la batalla para conmemorarla en un poema. Para que tus nietos y bisnietos lo escuchen antes de ir a dormir.

Einar negó con la cabeza.

—En ese caso, observa.

Tras una señal, los hombres comenzaron a avanzar agachados. Era probable que los bandidos los superaran en números, era por eso que Einar esperaba contar con el elemento de la sorpresa.

Era evidente que el campamento se encontraba en el estado de somnolencia que procedía a un ataque victorioso. Los hombres se encontraban cansados y ebrios. Habían comido, habían tomado a las mujeres y acababan de satisfacer el hambre por la violencia. No sería de sorprender que se encontraran durmiendo o inconscientes tras beber tanto hidromiel.

Había un centinela sentado frente a la fogata con la cabeza gacha. De una mano le colgaba una taza vacía, y el agua de lluvia chorreaba de ella. Einar hizo una señal silenciosa, y uno de los hombres le cortó la garganta sin producir ni el más mínimo ruido. A través de la lluvia, se oían ronquidos y voces bajas en el campamento.

Einar hizo otro gesto, y los hombres se esparcieron por el campamento y las tiendas de campaña. Ante la siguiente señal del líder, soltarían un grito para advertir a los bandidos y permitirles tomar las armas y enfrentarse a la muerte como verdaderos guerreros. Einar creía que todos los hombres se merecían una oportunidad, incluidos los forajidos. Sin embargo, no muchos compartían la misma opinión.

Los bandidos no se limitaban a atacar. Al fin y al cabo, cualquier granjero se dedicaba a atacar en algunas ocasiones para hacer una fortuna, pero los bandidos cometían actos que carecían de honor: como traicionar, asesinar al *jarl* y violar a la esposa o hija de alguien. Por eso, no podían ser miembros de la sociedad civilizada. Un hombre decente tenía derecho a matar a un bandido al verlo. La muerte de un esclavo se recompensaba, pero la de un forajido no tenía ningún valor.

Afuera de la tienda de campaña más grande, Einar se quedó quieto para escuchar la voz que debía ser de Thorir.

—¿Cómo apareciste de la nada? —preguntaba un hombre en el interior—. Debo saberlo. Por favor, debes decírmelo antes de morir.

—Ya te he dicho que no tengo ningún poder —contestó una mujer—. No soy ninguna bruja. Y estás desperdiciando ese valioso sacrificio con una mujer común y corriente. Déjame ir.

Einar frunció el ceño. ¿Una bruja? ¿Un sacrificio? ¿Sería que Thorir estaba tan loco que estaba pensando en sacrificar a una *völva*? Sin perder tiempo, asintió hacia Lofarr, que le pasó de largo seguido de otros diez hombres para rodear otras tiendas de campaña más alejadas.

Thorir continuó:

—¿Quieres que te envíe ante Odín con varias runas talladas en ese hermoso rostro? Me darás una respuesta.

¡Qué hijo de Loki! Quería torturarla.

—¡Pero por Dios, Thorir, o quienquiera que seas! Si me llegas a poner un dedo encima, echarás de menos un testículo.

Einar respetaba a la mujer. Era evidente que no pensaba darse por vencida con facilidad.

—¿Te envió Odín? —le preguntó Thorir—. ¿O Einar, que nos echó de Mainland la semana pasada? Dicen que es un descendiente directo de Odín, tras cincuenta generaciones. Pero no creo que sea el único. El rey Harald le ordenó que viniera aquí. Yo, por mi parte, no obedezco a ningún rey. Soy libre. Creo libertad para mis hombres. Quiero que la única ley en estas islas sea mi palabra. Si eso no me convierte en descendiente de los dioses, no sé qué lo hará.

A Einar le cosquilleaba la espalda del sudor frío. Tras oír eso, basándose en sus motivos y su discurso, se dio cuenta de lo peligroso y demente que era Thorir. Oyó cómo las botas de sus hombres se hundían en el césped húmedo del campamento al tiempo que una docena de guerreros avanzaban hacia las tiendas de campaña que se encontraban a su izquierda.

—Qué pena matar a semejante mujer. Me siento tentado de mantenerte para mí, como mi esclava sexual.

—¡Ja! Te puedes olvidar de eso. Prefiero sacrificarme a Odín yo misma —replicó la mujer.

Una bofetada resonó en el aire, y la mujer soltó un grito de dolor. Casi de inmediato, algo pesado y leñoso se cayó, al tiempo que los últimos hombres ocupaban sus puestos al otro lado del campamento. Estaban listos.

—¡Cierra el pico! ¡Eres mi camino al Valhalla! —gritó Thorir.

La furia y la preocupación por la mujer ardieron en Einar como un géiser.

—¡Por Odín! —rugió y alzó el hacha en el aire.

—¡Por Odín! —exclamaron sus hombres antes de entrar en las tiendas de campaña.

Einar se agachó en la entrada. Pero antes de que pudiera ver lo que estaba ocurriendo, alguien lo golpeó al costado de la cabeza y lo dejó atónito. La sombra de Thorir se volvía a ceñir contra él, pero Einar estaba listo y esquivó el ataque con el mango del hacha.

El interior de la tienda de campaña casi estaba en penumbras; la única luz se colaba por el lino de las paredes. Por el rabillo del ojo, Einar vio la silueta de algo que parecía un muchacho alto y delgado y yacía al costado de las pieles. Se dio cuenta de que debía tratarse de la mujer.

El rostro de Thorir le pasó por delante, y le vio los dientes. Atacó a Einar con la pata de una silla rota, y este lo esquivó. Thorir hizo un movimiento para patearlo en el vientre, pero Einar lo evitó y le clavó el mango del hacha en el mentón. Thorir se tambaleó hacia atrás, pero se recuperó de inmediato y regresó al ataque. Soltando un rugido, Einar blandió el hacha hacia la cabeza del guerrero, pero el hombre se apartó del camino.

La mujer soltó un gemido, y Einar se volvió hacia ella por temor a que alguien le estuviera haciendo daño. Thorir se aprovechó del momento de distracción para clavarle un codazo en el plexo solar y huir de la tienda de campaña. Einar soltó un jadeo al tiempo que el dolor lo paralizaba y, como no podía respirar, se sentó para recuperar el aliento. La mujer lo observaba con los ojos abiertos de par en par y una herida sangrante en el lateral de la cabeza.

Einar alzó la mano como para hacerle un gesto de espera. Cuando recuperó el aliento, salió disparado de la tienda de campaña, con la esperanza de hallar a Thorir. Sus hombres luchaban contra los de Thorir, que corrían hacia los barcos. Los heridos y muertos yacían sobre el suelo alrededor del campamento. La mayoría eran forajidos. Los esclavos temblaban mientras Solver les cortaba las cuerdas que les sujetaban las muñecas, y algunos de sus hombres pastoreaban las ovejas hacia el campamento. Einar corrió tras los fugitivos, pero la mayoría de los que seguían vivos ya habían llegado a algún barco. Eran unos veinte, los suficientes como para llevarse uno de los cinco barcos.

A pesar de que la lucha había terminado, y Einar había salido victorioso, Thorir había vuelto a escapar. Eso quería decir que se iba a recuperar, recorrer las islas más pequeñas y volver a reunir a un grupo fuerte de hombres. En base a lo que Einar había oído, Thorir no se daría por vencido. Y él tampoco.

Al divisar a Solver, se dirigió a él.

—¿Te puedes asegurar de que los esclavos sepan que son libres y que pueden venir con nosotros a Mainland o buscar la manera de regresar a casa? Nos llevaremos las ovejas y todos los objetos de valor. También deberíamos llevarnos los otros barcos de Thorir, al menos los que estén en buen estado.

—Es una buena decisión, Einar. Lamento haberme perdido tu pelea contra Thorir.

—No hubo nada que perderse. Como puedes ver, ha escapado. Sin embargo, hay una bruja que sigue en la tienda de campaña. Iré a verla.

A Solver se le agrandaron los ojos.

—¿Una *völva*?

Einar se encogió de hombros.

Solver lo siguió y entró en la tienda de campaña primero. Probablemente sentía tanta curiosidad que no podía esperar. Einar oyó un golpe seco que provenía del interior, seguido de un gemido y algo pesado que caía al suelo. Con cautela, entró en la tienda de campaña y, antes de que la pata de la silla le asestara en la cabeza,

sujetó a la mujer y mientras la sostenía por la cintura le apretó los brazos en la espalda.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Son todos unos condenados salvajes! ¡Suéltame! ¡No seré tu esclava ni el desayuno de Odín!

—¡No te haré daño! —bramó.

Pero la sangre le seguía manando de la herida. Y era probable que acabara de incrementar el flujo de sangre con tantas patadas, debates y gritos porque la voz se le fue apagando y el cuerpo se le desplomó en los brazos.

La miró por el costado. Estaba pálida, pero era hermosa. Tenía unas pestañas largas y espesas, una nariz derecha y delicada, y unos labios suculentos y rojos como una frambuesa. Llevaba puestas unas extrañas prendas que jamás había visto. Una chaqueta verde corta de un material igual de extraño, unos pantalones negros estrechos, y unas botas grandes con suelas gruesas. Sin importar si era una bruja o no, necesitaba ayuda. Rápido. Debía llevarla a la aldea para que la viera la curandera que había ido con ellos.

Solver gimió y se incorporó sujetándose la cabeza. El escaldo se pondría bien. Einar estaba preocupado por la mujer. Se la podía entregar a alguno de sus hombres para que la cuidara, pero había algo en ella, en el modo en que había hablado con Thorir con gran valentía, en su rareza, en su belleza, en el hecho de que podría ser una bruja, que lo hizo rechazar la idea. La tomó en brazos y la cargó hasta el barco para poder detenerle el sangrado con lo que había dentro de la pequeña caja que le había dado la curandera para que llevaran a bordo.

Y por más que lo intentó, no logró apartar la mirada de esas pestañas largas, de esa boca de frambuesa y de esas piernas largas y esculpidas.

CAPÍTULO

TRES

Mainland, islas Orcadas, 8 de mayo de 880 d. C.

Holly se despertó con un intenso dolor de cabeza. Tenía la boca seca, y todo el cuerpo le ardía. Estaba acostada sobre una superficie suave y cubierta con algo cálido y acogedor. A su alrededor, se oían los sonidos amortiguados de voces, un cuchillo que se movía contra la madera y pasos. Inhaló los aromas a piedra, tierra y comida casera.

Por fin abrió los pesados párpados y miró alrededor. Se encontraba en una habitación grande con iluminación tenue. La luz del sol se colaba a través de un agujero en el cielorraso y por la única puerta ancha. Unas lámparas de aceite colgaban de varios postes. Las paredes eran de piedra, y el suelo de tierra estaba cubierto de juncos.

Holly yacía sobre lo que parecía ser una cama en un rincón. En el centro de la habitación, había un gran hogar. Alrededor de este, varias mujeres y niñas picaban verduras, amasaban pan y cortaban trozos de carne.

Holly se llevó los dedos a la cabeza y se tocó una venda. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba?

De pronto lo recordó. Thorir Treebeard la había abofeteado tan fuerte que le había hecho ver las estrellas, luego la había empujado de la silla y la había golpeado con la madera. Al cabo de unos instantes, otro vikingo la había sujetado por la espalda y le había bloqueado los brazos para que solo pudiera patear mientras se debatía contra él. Y luego todo se había vuelto negro. ¿Tendría una conmoción cerebral? Encontró fuerzas para mover las manos por el cuerpo. Aún llevaba puestas sus propias prendas y solo sentía dolor en el costado de un brazo. Por todo lo demás, se sentía bien.

¿La habría secuestrado el otro vikingo? No parecía que la estuvieran reteniendo en contra de su voluntad ni nada por el estilo. Además, le habían vendado la herida.

Un condenado viaje en el tiempo. Era de no creer. Tanto así, que rogó por que se tratara de una alucinación… o de un sueño. Pero todo lo que la rodeaba era demasiado real: los aromas, los sonidos y las sensaciones que experimentaba en el cuerpo.

Cuando se sentó, el pánico le paralizó los pulmones. El movimiento le produjo una explosión de dolor en la cabeza, pero la ignoró y miró alrededor con frenesí. Parecía como si siguiera atrapada en el pasado, pero en un lugar diferente. Por lo que llegó a la conclusión de que debió de haber pasado más tiempo desde que se había transportado a esa época…

Sintió un repentino y abrumado anhelo por su hogar. Su apartamento, con las ventanas que iban del suelo al cielorraso, los muebles blancos con acabados en cromo, y que siempre olía a café recién molido gracias a la empleada que iba todos los días. Echaba de menos el aroma veraniego de sus ambientadores favoritos, con olor a sandía. Por lo general, luego de cenar, trabajaba en casa. Lo hacía para no sentirse sola en el espacioso *penthouse*. Solía escuchar música *jazz* y beber una copa de vino tinto. Siempre hacía sol y estaba tranquilo, y las vistas del lago Eola, el parque con las palmeras y el centro de Orlando eran mejores que cualquier obra de arte, en especial durante la puesta del sol.

Allí todo era oscuro y frío y olía a animales y a tierra. Hasta su oficina en Sunnybeach Developments estaba llena de grandes ventanales, muebles modernos y arte.

«¡Oh, por todos los cielos! ¡Mi trabajo!».

Podía perder la fusión. Tenía que regresar de inmediato. Tenía que encontrar a la señora Verdandi o a ese maldito árbol con el huso dorado. De lo contrario, se echaría a perder todo el trabajo de los últimos tres años. Y de seguro su madre y su padre estarían muertos de preocupación.

Una figura alta, oscura y ancha apareció en el umbral. Tenía que escapar antes de que algún vikingo decidiera amarrarla. Cuando el enorme vikingo que se la había llevado del campamento de Treebeard entró en la habitación, se le tensaron los músculos del temor. La miró, y Holly sujetó la manta de piel y se la subió hasta el mentón al tiempo que se acurrucaba en el rincón.

El hombre se detuvo y la observó con el ceño fruncido. Cuando había entrado en la tienda de campaña de Treebeard, todo había sido una nebulosa, y no lo había visto con claridad. Pero ahora lo veía… y se quedó sin aliento.

Era… «Enorme» fue la única palabra que se le ocurrió. Alto como un poste, pero no delgado. Por el contrario, tenía muchos músculos. Thorir le había parecido grande, pero no se lo podía comparar con ese hombre, que tenía los hombros anchos y unos bíceps que se le tensaban bajo las mangas de la túnica de color verde pálido. También tenía los músculos del pecho anchos, caderas angostas y unas piernas largas y musculosas que parecían las de un jugador de fútbol profesional.

Tenía el cabello rubio oscuro, casi castaño y una barba corta que le cubría la parte baja del mentón. Logró distinguir unos labios llenos y unos ojos grandes y grises bajo las cejas espesas. El aire que lo rodeaba estaba saturado de poder y fuerza primitiva. Era tan apuesto que, por un momento, no pudo pensar con claridad. Sin embargo, en todo momento, estaba muy consciente del hacha que llevaba en el cinturón, aunque no la estaba tocando.

El hombre se detuvo delante del rincón y, cuando se apoyó las manos sobre las caderas, le bloqueó la vista del resto de la habitación. Los ojos grises se mostraban oscuros y fríos y le quemaron la piel mientras la estudiaba.

Holly alzó el mentón.

—Si me quieres sacrificar para Odín, no deberías haberme vendado.

Él la recorrió con la mirada fría e impenetrable, y Holly se estremeció.

—No tengo ninguna intención de sacrificarte —le aseguró con voz profunda y algo ronca.

—¿Y entonces qué? ¿Me venderás como esclava?

—No. ¿Eres una esclava?

—Claro que no.

—¿Eres una bruja? ¿Una *völva*?

Holly se detuvo y apretó los labios. Detestaba mentir, pero se sentía aterrada. Si decía que era una bruja, ¿evitaría que la vendiera o la matara?

—¿Por qué lo preguntas?

—Oí que Thorir te llamaba bruja. ¿Es cierto?

La mejor defensa era lanzar un ataque.

—¿Y qué te importa? Me has secuestrado, me has llevado a quién sabe dónde, ¿y ahora me interrogas? ¿Cómo sé que no me maltratarás? ¿Cómo sé que no eres el enemigo?

El rostro del vikingo registró enfado. Con un movimiento rápido, se sentó en la cama y la sujetó de los antebrazos. La jaló hacia él con los ojos abiertos de par en par y echando chispas.

—Eres una invitada en mi tierra. No te conozco. No sé por qué Thorir pensaba que eras una bruja. No sé qué intenciones tienes con mi gente. Te interrogaré hasta que consiga todas las respuestas que necesito para decidir si eres una amenaza o una amiga. Debo proteger a mi hija y toda la colonia de ti, de los bandidos y de cualquier amenaza. Así que, respóndeme, ¿quién eres y cómo sabía Thorir que eras una bruja?

Se encontraba tan cerca y era tan grande que Holly se sintió como un pequeño juguete frágil que se podría romper en sus manos. Una vibración profunda y estimulante la atravesó. No era posible que se sintiera atraída hacia él, ¿cierto?

Ninguno de los hombres con los que había salido se parecían a él. Ni Ryan, su primer amor, ni Jack, su último novio, que era cocinero en un restaurante de alta cocina y tenía una barriga

redonda que a Holly no le molestaba en lo más mínimo. Por el contrario, lo hacía parecer defectuoso, como ella, y eso le daba una confianza que no tenía frente a sujetos que alardeaban de sus cuerpos tonificados en el gimnasio. Había vivido con Jack, y hasta habían pensado en tener niños… hasta que la dejó.

—Sí —soltó sin pensarlo—. Soy una bruja. Me vio en Escocia mientras atacaba una aldea y me secuestró. Ya sabes el resto.

Cuando la soltó, respiró con más facilidad. Al vikingo se le formó una arruga entre las cejas.

—No pareces una *völva*. ¿Por qué llevas prendas de hombre y un corte de cabello masculino?

Jadeó indignada y se llevó una mano al cabello.

—¡Estas no son prendas de hombre, y el corte de cabello me costó una fortuna!

Al oírla, frunció el ceño confundido.

—¿Cómo dices?

—Soy una mujer, no un hombre. Todo esto es mi elección de moda.

El sujeto la recorrió con la mirada y se rio.

—Pues, tienes un extraño gusto de moda. Pero no me incumbe juzgarlo. Lo que quiero saber es si vienes de Sutherland.

Sutherland era la provincia del norte de Escocia.

—Sí —respondió. Confesar que había viajado en el tiempo podría ser un error garrafal en ese momento. Necesitaba que él se relajara con ella y le permitiera moverse con libertad. Luego buscaría a alguien que tuviera un barco y pudiera llevarla de regreso a Escocia. Quizás, ese hombre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Einar.

—Einar —repitió Holly—. ¿El descendiente de Odín, tras cincuenta generaciones?

—Sí.

—Creo que Thorir está celoso de ti.

—Thorir es un gusano, y muy pronto lo expulsaré de estas islas.

Holly lo miró a los ojos.

—Mira, Einar, no represento ningún riesgo para ti, ni para tu hija o para tu gente. Solo quiero regresar a casa, en Escocia. Quiero regresar a Sutherland.

Einar asintió con la cabeza sin quitarle la mirada seria de encima.

—El único modo de regresar es en barco. Y no puedo prestarte uno hasta que no expulse a los bandidos de las Orcadas. De modo que serás nuestra invitada por un tiempo.

Holly frunció el ceño desesperada.

—¿Por qué?

—Porque mi prioridad es la seguridad de mi gente, y no los deseos de una escocesa.

La invadió una ola de irritación, y fue como si el dolor de cabeza le hubiera partido el cráneo en dos. Una ola de calor le recorrió el cuerpo. El vikingo se giró sobre los talones para marcharse, pero se volvió a mirarla.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta la hizo exhalar y negar con la cabeza.

—Holly.

—Holly, a menos que tengas algo por lo que valga la pena rentarte un barco y algunos hombres para ir al sur, te quedarás aquí. Además, debes sanar.

¿Algo que valiera la pena para él? Si tuviera dinero, joyas o lo que sea que esos sujetos valoraran, estaría en el primer barco… Pero no tenía nada. Maldición.

Mientras se marchaba, le dijo:

—Si conoces un hechizo para que triunfe, úsalo para ayudarme a expulsar a Thorir Treebeard y su banda de piratas de estas islas, bruja. Hasta entonces, estás atrapada conmigo.

CAPÍTULO

CUATRO

I 2 de mayo

EL *DRAKKAR* AVANZABA RÁPIDO, y la única vela con la que contaba flameaba al viento. Mainland, con sus colinas verdes y rocosas, se aproximaba en el horizonte. El aroma salobre a agua de mar y algas resultaba familiar y calmante. La expedición para buscar a Treebeard en la isla de Westray no había dado frutos; solo habían encontrado un campamento recientemente abandonado. Tras un día de navegación, Einar regresaba a casa con las manos vacías.

Solver, que estaba presente en todo momento y era la última persona con la que Einar quería hablar en ese instante, se acercó a la proa y se paró al lado de él.

—Solo faltan unos días para cumplir con el período de dos lunas en el que el rey Harald espera que te cases.

Como respuesta, Einar gruñó.

—¿Tienes a alguien en mente? —le preguntó Solver.

—Todas las mujeres de la isla están casadas, son ancianas o muchachas pequeñas. —Einar mantuvo la mirada sobre las casas de piedra de la isla.

—La bruja no —señaló Solver.

Einar arqueó las cejas sorprendido y se volvió hacia el escaldo, que continuó hablando impávido.

—No es demasiado grande, ni demasiado pequeña y tampoco está casada.

El escaldo le guiñó un ojo, y Einar soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Loki te ha quitado el juicio. Te lo agradezco, necesitaba una buena broma tras un día tan improductivo.

—No es ninguna broma.

Einar lo volvió a mirar, y Solver se limitó a arquear una ceja. Sin dudas, Holly era hermosa, y a pesar de que no era muy joven, seguía en la juventud. Tenía una piel perfecta sin arrugas, un cuerpo fuerte y hábil y, a pesar de que era delgada, tenía unas curvas irresistibles que había anhelado explorar con las manos el día anterior, cuando se sentó en su cama para hablar con ella. Además, tenía un carácter fuerte, lo que constituía una cualidad muy deseable en la esposa de un jefe o un *jarl*. Y, luego del casamiento, se convertiría en *jarl*.

—Quiere regresar a casa en Sutherland. Quizás tiene a un hombre que la está buscando. Además ¿cómo sabes que no está casada?

—Se lo pregunté.

—¿Por qué?

—Porque es la única mujer en las Orcadas que no es demasiado grande, ni demasiado pequeña y no está casada.

Einar apretó los puños y golpeó el lateral del barco.

—No me casaré con ella. De ninguna manera.

Einar se había prometido hacía mucho tiempo que no volvería a casarse. Eso no significaba que no disfrutaba pasar tiempo con mujeres. Al fin y al cabo, era un hombre con necesidades. Pero siempre se aseguraba de no derramar su semilla dentro de una criada o una joven viuda. No soportaba pensar que otra mujer podría morir dando a luz a su hijo. Además, una esposa querría tener niños, mientras que las mujeres que se llevaba a la cama anhelaban evitar embarazos tanto como él.

—En ese caso, supongo que tendré que ir a darle malas noticias a Harald, y tendrás que regresar con Rögnvald. La pobre Svanhild me ha dicho lo mucho que le gusta este sitio. Tendrá que hacerse a la idea de vivir otra desilusión.

A Einar se le retorció el estómago de la culpa. Sabía que era un mal padre para la niña, y que la pobre estaba creciendo sin una madre. Pero no se podía imaginar volver a casarse.

—No me casaré con esa mujer. No se quiere quedar.

Solver se rio entre dientes y se sentó sobre un banco con una sonrisa de satisfacción.

—Ya lo veremos.

Cuando llegaron a casa, Einar caminó hacia el hogar comunal para ver si Svanhild se encontraba bien. Aunque bien podía ser el caso de que no fuera un gran padre, siempre quería asegurarse de que se encontraba sana y salva.

Caminó por la aldea, que constaba de un pequeño aglomerado de casas de piedra que los pictos habían dejado allí. La mayoría de las casas eran redondas y bastante pequeñas en comparación a las casas comunales de madera que tenían en Noruega, donde los bosques eran abundantes. La suya era la única casa comunal que había construido Thorstein el Rojo. Allí los bosques eran un recurso escaso, de modo que debían construir todo con piedra, el material que abundaba por doquier. A Einar aún le quedaban trozos de madera, pero debían conservar los exóticos árboles que crecían en esa zona de terreno rocoso y clima ventoso. Debía encontrar el modo de alimentar las fogatas para cocinar y para mantener el calor en el invierno. De alguna manera, los pictos habían habitado esas islas antes de que los vikingos las conquistaran y habían sobrevivido durante cientos de años. Einar encontraría el modo de que su gente también sobreviviera.

Le gustaba su nuevo hogar. Le gustaba ser el jefe allí, y le gustaría ser el *jarl*. Construiría una comunidad próspera que pudiera sustentarse, y sería el *jarl* de las Orcadas. Esas tierras serían suyas y, más adelante, pasarían a pertenecerles a los hijos de Svanhild. Debía garantizarles un futuro.

Habían llegado a agradarle esas tierras abiertas y el mar que acarreaba viento de todas las direcciones. Era un sitio con buenos pastizales para las ovejas y tierras fértiles para sembrar cebada, avena y verduras.

Lo único que necesitaba para mantener esas tierras y procurar una dote para Svanhild era una esposa. Pero ¿cómo podía volver a casarse y arriesgarse a sufrir por amar y perder a otra mujer?

Einar entró en la casa comunal y, sin querer, miró hacia el rincón de Holly. Svanhild se encontraba sentada en la cama, y las dos parecían hablar. Einar se puso tenso, sospechó de las intenciones de Holly, y estuvo dispuesto a destrozar a cualquiera que se atreviera a causarle el más mínimo daño a su hija. Pero la niña parecía estar pasándola bien.

Einar avanzó hacia ellas con cautela, pero se detuvo al ver la sonrisa más ancha que jamás había visto iluminar el rostro de Svanhild. Se parecía tanto a su madre en ese momento, que se le ciñó el corazón y le ardieron los ojos. Entre Holly y Svanhild, caminaba el gato gris al que su hija llamaba Loki, y se frotaba contra Holly.

—No tengo un gato en casa. —Oyó que decía Holly—. Trabajo mucho. El gato probablemente no me reconocería al llegar.

—¿Es muy arduo ser bruja? —le preguntó Svanhild.

Holly puso los ojos en blanco.

—No soy bruja. Soy la directora de una gran empresa.

—¿Una directora? ¿Qué es eso? ¿Una especie de *jarl*? ¿Acaso eres la esposa de un *jarl*?

—No, no. —Holly se rio—. Soy soltera. He leído mucho mientras investigaba mis raíces familiares, de modo que tengo una idea general de cómo funcionan las cosas por aquí. Una empresa es como cuando construyes barcos para comercializar y algunas herrerías. Contratas una tripulación para los barcos y trabajadores para las herrerías. Y luego envías los barcos llenos de… espadas, dagas y lo que hagan los herreros para vendérselos a la gente que los necesita. Luego juntas las ganancias, les pagas a los trabajadores y lo vuelves a hacer.

—Oh, entonces haces el trabajo de un *jarl*, pero eres una mujer —señaló Svanhild atónita.

¿Quién era esa mujer? Einar no podía soportar más su extraña influencia y tomó los últimos pasos hacia ellas. Las dos se volvieron a mirarlo, y el aire cambió por completo. Se les desvanecieron las sonrisas del rostro. Svanhild volvió a adoptar la expresión habitual de cautela que siempre tenía en presencia de su padre. Holly arrugó el ceño y alzó el mentón en señal de desafío.

—Ya es suficiente, Svanhild —anunció Einar—. Ve a ayudar a las mujeres con lo que necesiten.

—Pero acabo de traerle la comida a Holly. Bera, la sanadora, dice que necesita comer más para recuperar las fuerzas. Ha perdido mucha sangre.

Su pobre hija tenía un corazón demasiado bondadoso.

—Escucha a tu padre, Svanhild. Ve. No deberías hablar con gente que no conoces.

—Pero quiero saber acerca de Sutherland…

Agdis hubiera sabido cómo hablarle, pero él no tenía ni idea. Solo sabía dar órdenes.

—Svanhild… —comenzó.

El fuego en la mirada de la niña se apagó y, bajó la vista enfadada pero obediente.

—Sí, padre.

Se puso de pie, se volvió hacia Holly y le dijo:

—Dejaré a Loki contigo. Te hará compañía mientras te recuperas.

Holly le ofreció una gran sonrisa.

—Gracias, Svanhild. Eso es muy bonito de tu parte. Loki y yo seremos buenos amigos.

Svanhild asintió con la cabeza y se alejó. Holly acarició al gato, que se frotó contra su mano. Einar tuvo el extraño impulso de sentir su mano acariciándolo de ese modo.

Sacudió la cabeza para deshacerse del pensamiento. Era probable que Loki, el dios y no el gato, estuviera sentado sobre el hombro de Solver susurrándole ideas alocadas. Porque Einar comenzó a preguntarse si podría llegar a hacer algún acuerdo con esa mujer. Pero antes de que pudiera hacerlo, debía saber más.

Seguía sin confiar en ella, en especial luego de oír la historia descabellada que le acababa de contar a su hija.

—¿Te estás recuperando? —le preguntó.

Le observó el rostro, que seguía pálido, y el gran cardenal que se le estaba formando en el pómulo. Al verlo, deseó seguir a Thorir hasta lo más profundo del Helheim y destruir al bastardo.

Holly se apoyó contra la pared.

—Hoy me pude poner de pie para ir al baño, así que es algo. Tienes una hija muy dulce. ¿Dónde está su madre?

A Einar se le tensó el mentón. Aún no podía hablar de Agdis sin sentir dolor.

—Murió hace mucho tiempo.

—Oh —dijo Holly—, lo siento. No debe ser nada fácil criar a una hija solo.

Con eso, se quedaba corta, pero Svanhild no tenía la culpa de nada. Einar no sabía cómo ser buen padre. Estaba destinado a perder a las personas más allegadas a él, y no soportaba la idea de perder a la única hija que tenía.

—Hummm… ¿Tienes familia en Sutherland? —le preguntó.

El rostro de Holly perdió cualquier expresión.

—Solo a mis padres.

—Eres una mujer hermosa. ¿No tienes marido? ¿O hijos?

Sorprendida, arqueó las cejas y se ruborizó un poco, pero se apresuró a tragar saliva y clavar la mirada en las manos. Con una sonrisa extraña, respondió:

—No.

Einar resistió el impulso de tomarle el rostro entre las manos y acomodarle el mechón de cabello que se le había caído sobre la frente detrás de la oreja. Quería que lo volviera a mirar con esos hermosos ojos azules.

—¿Por qué no?

Holly negó con la cabeza.

—Supongo que no he tenido suerte.

Pues, los que no habían tenido suerte eran los otros hombres. Pero él se consideraba muy afortunado tras oír eso.

—¿Ni siquiera un prometido? —le preguntó.

Holly le sonrió entretenida.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista para una cita?

—¿Cómo dices?

—Oh, no importa. Me gustaría casarme, pero no sé si esto está escrito en las cartas para mí.

—¿En las cartas?

—Si está en mi destino. Trabajo mucho. Y también… bueno, no tengo suerte. Todas mis relaciones han acabo de forma desastrosa. Tiene que haber algo malo en mí, y los hombres prefieren huir.

Einar se rio.

—Pues, lo dudo. ¿Eres una bruja y una comerciante? Jamás he oído nada similar.

Pero eso no quería decir que no fuera posible. Si decía la verdad, tenía habilidades que podrían resultar muy útiles allí. Su belleza y fortaleza lo intrigaban cada vez más. Debía de ser una mujer inteligente para poder hacer todo eso.

Holly alzó la cabeza.

—Créeme, muchas cosas me han sorprendido a mí también en el transcurso de los últimos días. Pero dejando a un lado cualquier hostilidad, te quería agradecer por rescatarme de Thorir y por permitirme recuperarme.

Sus miradas se encontraron, y pudo jurar que la mujer tenía unos ojos del color de los pastizales de las Orcadas. Eran hermosos, frescos y muy atractivos.

Se aclaró la garganta para descartar el pensamiento. No podía comenzar a sentir algo por esa mujer, en especial si terminaba casándose con ella.

—No tienes que agradecérmelo. Lo hubiera hecho por cualquiera.

Y tras decir eso, giró sobre los talones y se marchó antes de decir o sentir algo que le hiciera poner el corazón en peligro.

CAPÍTULO

CINCO

I 4 de mayo

Holly salió de la casa comunal a la aldea e inspiró una bocanada de aire fresco con aroma a mar y sol. Estaba contenta de por fin tener la fortaleza suficiente como para hacer más que yacer en la cama, comer, arrojarle miradas furtivas a Einar o hablar con Svanhild. La aldea estaba en plena actividad matutina. Los habitantes estaban construyendo dos casas de piedra, mientras que otros traían piedras y otros materiales de construcción en carretas. Varios hombres cargaban sacos pesados por los hombros, y algunas mujeres llevaban agua y leche en baldes, así como también cestas con verduras, harina y lana de oveja. Se oían voces, martillazos contra piedras y ruedas que se arrastraban por el suelo.

A pesar de que no le dolía más la cabeza, sentía pesadez. Pero según sus cálculos, habían pasado nueve días desde que había viajado en el tiempo. Ese día debería estar subiéndose al avión de regreso a Orlando. Si no volvía a su época, el jefe de operaciones, Alan Murphy, firmaría el trato en lugar de ella, y se llevaría todo el crédito por su arduo trabajo. Y quizás también su puesto en la empresa. El puesto por el que tanto había trabajado, el que la había

llevado a dejar a un lado su vida personal. Era el puesto que raramente ocupaba una mujer en la industria de la construcción.

Holly miró alrededor y vio los mástiles de los barcos a los pies de la colina. Si Einar no le quería prestar un barco, quizás podía encontrar a un capitán al que persuadir. Todavía no sabía con qué, porque lo único que tenía eran las prendas que llevaba puestas; Thorir le había quitado todo lo demás. Pero ya se le ocurriría algo.

Alzó el mentón y enderezó los hombros y se dispuso a bajar la colina hacia los barcos. Había siete *drakkars* gigantes y varias embarcaciones más pequeñas que probablemente utilizaban para pescar. De seguro tenía más posibilidades de conseguir un barco pequeño, pero como no tenía ni idea de cuánto tiempo le llevaría llegar hasta donde tenía que ir o si ese tipo de bote llegaría a Escocia, debía preguntar.

Divisó a un hombre con el cabello largo y blanco y un rostro curtido que desenredaba redes de pesca y caminó por el muelle hacia él. Se detuvo delante del bote.

—¡Buen día! —lo saludó con la mano.

El hombre le dirigió una mirada rápida antes de reanudar el trabajo.

—Hola.

Holly tosió.

—¿Arriendas el bote?

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Holly. Debo ir a Sutherland.

El hombre se detuvo y la observó con los ojos entrecerrados.

—Holly, ¿no eres la bruja que rescató el *jarl* Einar?

Holly apretó los labios.

—Supongo que sí.

—Pues, no pareces una bruja.

—No importa qué parezco. ¿Me puedes llevar o no?

El hombre reanudó el trabajo.

—Supongo que sí.

A Holly se le llenó el pecho de esperanza. Se acercó un paso al bote.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Pero no lo haré.

Unos pasos pesados resonaron contra las maderas del muelle, y el pescador miró hacia la izquierda de Holly.

—Porque el *jarl* no permite que ningún bote se marche sin su permiso.

Los pasos pesados se detuvieron a su lado, y una forma gigante le tapó el sol. Holly maldijo por dentro. Sabía quién era sin siquiera volverse a mirar. Su presencia calentaba el aire como si él mismo fuera el sol y hacía que se le acelerara el pulso a cien kilómetros por hora.

—Todavía no soy el *jarl*, Rokr —lo corrigió Einar.

—Para nosotros, lo eres.

—Y haces bien en no llevar a esta mujer a ningún lado.

La tomó del antebrazo y la volvió hacia él.

—No te marcharás. Te lo he prohibido.

A Einar se le oscurecieron los ojos grises como nubes de tormenta, y Holly se sintió incapaz de llenarse los pulmones de aire. De seguro estaba asustada. No podía deberse a las olas cosquilleantes que le hacía sentir la mano en todo el cuerpo. No podía ser el aroma de él: a ola de mar, a césped cálido, a cuero curtido y a algo masculino que solo le pertenecía a él. Algo que hacía que las rodillas se le redujeran a agua.

Negó con la cabeza. Eso era ridículo. Debía regresar a Orlando y asegurarse de que la fusión tuviera lugar.

—¿Me lo has prohibido? ¿Acaso soy tu prisionera? —le preguntó.

Los ojos de Einar se convirtieron en granito.

—Claro que no.

—Entonces ¿cómo te atreves?

La sacudió suavemente y se la acercó más a su cuerpo.

—Me atrevo porque soy el jefe aquí. Me atrevo porque debo mantener a mi gente a salvo, no enviar barcos preciados a llevar a una esclava liberada a donde sea que se le antoje ir. Me atrevo porque tú también te encuentras bajo mi protección. Y no es seguro que viajes sola, en especial cuando Thorir te está buscando.

Holly jaló el brazo y lo empujó, pero fue como intentar mover una casa.

—¡Me tengo que ir porque si no todo el trabajo que hice durante los últimos tres años quedará arruinado!

En realidad, no solo el de los últimos tres años. Todas las notas sobresalientes que había obtenido en la escuela, los cinco años de matarse en la universidad y la pasantía en Sunnybeach Developments, que fue lo que la hizo ver que la construcción se trataba de crear algo del puro caos de piedras, acero, vidrio y cemento. Hacer hogares y oficinas para la gente. Le había encantado desde el principio.

A pesar de que la voz que residía en su cabeza siempre la había hecho dudar y volver a revisar sus decisiones, había llegado a la cima de su carrera. Había aprendido a ser resuelta, a negociar y a demandar lo que se merecía.

Por otra parte, su vida personal era un desastre. Todos los días se mentía a sí misma y se decía que era lo suficientemente buena, que no había nada malo en su forma de ser, a pesar de que cuatro relaciones fallidas decían otra cosa. Decían que podía ser atractiva, inteligente y amable, pero una vez que un hombre llegaba a conocerla bien, se marchaba.

—¿Hablas de esa extraña empresa que mencionaste antes? —le preguntó Einar—. No me importa si pierdes tus riquezas. Necesito todos los barcos aquí para buscar a los piratas. No sabemos cuántos hay ni cuántos vendrán a ayudarlos. Necesitamos hasta los barcos de pesca hasta que todas las islas sean seguras. La vida de mi gente es más importante que tu trabajo.

—¡Eres más terco que un toro! —gritó Holly y se alejó de él. Pero Einar la siguió, le sujetó el brazo y la hizo girar hacia él. Su mano era fuerte y cálida, y le produjo una ola de calor en la piel.

—Necesito que me prometas que no harás nada para intentar escapar —le dijo.

Furiosa, Holly negó con la cabeza. Se liberó y siguió andando.

—No te prometeré nada —le arrojó por encima del hombro.

—En ese caso, te tomaré prisionera —le aseguró a sus espaldas.

La indignación la arrasó como el fuego.

—¿Prisionera? —Se dio media vuelta para volver a mirarlo.

Acaban de llegar al huerto que se encontraba detrás de la casa comunal de Einar.

Con una mirada de acero, se ciñó sobre ella, y la luz le iluminó el cabello dorado oscuro.

—No me dejas alternativa.

Antes de que pudiera decir algo, dio un paso hacia atrás y se quitó la túnica. A Holly casi se le cayó la mandíbula mientras le recorría con los ojos los músculos montañosos de los hombros y los bíceps, las colinas de los pectorales y las llanuras planas de los abdominales cubiertos por una suave mata de vello. Un colgante con el martillo de Thor le colgaba del cuello. Se le secó la boca como un charco en el desierto y se olvidó de lo que quería decir. Einar le dio la espalda, movió los músculos como olas y tomó un azadón que estaba apoyado contra la pared. Luego se inclinó un poco y comenzó a cavar una zanja estrecha.

Holly soltó el aire intentando salir del estupor que le producía la vista de ese cuerpo. En realidad, no creía que la tomaría prisionera. No era ese tipo de hombre.

—¿No eres el jefe aquí? —le preguntó—. ¿Por qué haces trabajo manual?

—Porque prefiero hacer esto que sentarme a esperar a que llegue el invierno para descubrir que no tenemos nada almacenado en las despensas. Los esclavos deben estar ocupados en el campo de avena considerando que no hay nadie a la vista. No tenemos manos suficientes para hacer todo el trabajo.

Vaya. Einar no tenía miedo de ensuciarse las manos. De verdad se preocupaba por su gente. Holly respetaba eso. Sentía lo mismo hacia su empresa. Cuando había comenzado como jefa de ventas, había decidido trabajar una jornada entera en una de las obras para uno de los hoteles de Orlando. Solo había realizado trabajo no cualificado, como llevar carretas con cemento seco, cavar en la tierra y limpiar escombros, pero la experiencia le había enseñado cómo era estar en una obra y construir algo que debía ser seguro, sólido y hermoso al mismo tiempo. Le había ganado el máximo respeto hacia cualquiera que realizara trabajos físicos. Y ahora le parecía que Einar

había experimentado en carne propia lo que ella también había vivido.

Por eso, avanzó hacia la pared, tomó otro azadón y comenzó a imitar sus movimientos.

—No sé mucho de jardinería —le dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—Preparo la tierra para sembrar nabos.

—Oh, nabos. Me gustan los nabos.

—No hace falta que hagas eso.

—No, no, está bien. No tengo forma de retribuirte a ti o a tu gente por haberme rescatado, alimentado y cuidado. Si puedo ayudar de cualquier forma, me encantaría hacerlo.

Einar se encogió de hombros.

—Está bien.

—Respeto mucho que estés haciendo esto —señaló—. Si estuviera en tu lugar, haría lo mismo.

—Pero no eres un *jarl*, ¿no?

—No, pero tengo gente a mi cargo. Solo intento decir que entiendo lo que haces. Los bastardos como Thorir no son ningún chiste.

Continuaron cavando en silencio durante un tiempo, y Holly empezó a preguntarse qué más ocultaba ese hombre valiente, apuesto y severo bajo ese perfil tan austero. Y qué estaba dispuesto a arriesgar por su gente.

De la nada, la cabeza le empezó a dar vueltas y se le nubló la vista. Dejó el azadón y se sentó rápido en el suelo. Einar se le acercó con una mirada llena de preocupación. La sujetó de los hombros, y se encontró frente al torso desnudo y brillante. Se quedó sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Es un pequeño mareo. Estoy bien.

—Aún no has sanado por completo.

Se sentó a su lado, y Holly apreció la preocupación y quiso ofrecerle algo de consuelo.

—Einar, vas a triunfar. Liberarás a las islas Orcadas y Shetland de los bandidos. Serás uno de los primeros *jarls* de las Orcadas y

establecerás una casa noble noruega exitosa que reinará durante muchas generaciones.

Einar movió un poco de tierra con el azadón.

—¿De verdad?

Holly soltó un suspiro al tiempo que una sonrisa le producía ardor en el interior al ver la esperanza y el alivio que reflejaba el rostro del vikingo.

—Sí, de verdad. Tendrás tres hijos.

¿Se puso pálido de repente o se lo estaba imaginando?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó con la voz estrangulada—. ¿Lo has visto? ¿Acaso te lo han contado las nornas en un susurro?

Holly soltó el aliento. Lo cierto era que eso era uno de los tantos datos aleatorios que había leído mientras investigaba su genealogía. No podía seguir mintiendo. No era ninguna bruja. Además, quizás le creía y cambiaba de parecer en cuanto a retenerla allí. Quizás la ayudaba.

—Nadie me lo susurró, pero lo vi. O, mejor dicho, lo leí en libros de historia.

Al oírla, se le arrugó el entrecejo.

—¿Cómo dices?

—Vengo del futuro, Einar. No soy ninguna bruja. Vengo del siglo XXI, que se encuentra a unos mil trescientos años en el futuro. He viajado en el tiempo cuando toqué un huso dorado en Escocia. —Mientras la escuchaba, la miraba atónito—. Digo, en Sutherland. Llegué en el medio del ataque de Thorir, por eso me vio aparecer de la nada. Cree que soy una bruja, pero no lo soy. Soy una mujer común y corriente del futuro, y necesito que me ayudes a regresar a casa. A regresar a mi época.

Einar la observó con una expresión pétrea sin decir nada durante unos instantes. Una de las comisuras de la boca le tembló y, al siguiente instante, alzó las dos. Sonrió y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada. Se rio tan alto y con tantas ganas, que Holly temió que toda la aldea se reuniera alrededor de ellos. Jamás lo había visto reír o sonreír. Ni siquiera se había imaginado que pudiera hacerlo. Se percató de que era más apuesto cuando sonreía y deseó que lo hiciera más a menudo.

Oh, maldición. No le creía.

—No te culpo —le aseguró Holly—. Es una explicación descabellada.

Einar se secó los ojos y exhaló antes de soltar una última carcajada.

—Tú deberías ser el escaldo, en lugar de Solver. Eres mucho más divertida. Qué buen chiste, Holly. Una bruja con sentido de humor.

Sin dejar de reírse, negó con la cabeza y se puso de pie para continuar cavando.

—Pero te quedarás aquí. Hasta que te permita marcharte.

Holly soltó un jadeo lleno de furia. Sin embargo, le resultó curioso que la idea de pasar más tiempo con Einar le produjera una sensación cálida en la boca del estómago.

¿Qué le pasaba que estaba pensando en lo agradable que sería pasar tiempo como prisionera de un vikingo en lugar de regresar a lo que de verdad importaba?

Podía imaginarse a su madre diciéndole: «Te lo he dicho. Este viaje era mala idea».

Y por primera vez en su vida, no pudo estar más de acuerdo con ella.

CAPÍTULO

SEIS

I 7 de mayo

Einar se retorció al llevarse una copa de hidromiel a la boca. Aún no le habían tratado la herida superficial que tenía en el hombro a causa de la batalla y le dolía, pero más tarde lidiaría con esa herida y con todas las demás. No quería apartar a Bera de los que habían sufrido heridas más graves.

El vestíbulo de su casa comunal también era el vestíbulo donde los guerreros se sentaban a beber hidromiel y comer. La atmósfera era alegre porque ese día habían encontrado un pequeño campamento de bandidos en una de las islas al norte y habían salido victoriosos. Solo unos pocos habían logrado escapar.

El salón iluminado con tonos rojos y anaranjados estaba cálido y agradable. En el aire se olían los aromas a carne, estofado, pan recién horneado e hidromiel. Los hombres hablaban, reían, discutían y hablaban acerca de la batalla.

—Y luego, *jarl*, cuando abofeteaste a ese patán como si no fuera más que un niño travieso, si no hubiera tenido que mandar a otro al Helheim, me hubiera hecho encima.

Einar negó con la cabeza y sonrió.

—Lofarr, no soy el *jarl*.

El hombre en cuestión hizo un ademán para ignorar el asunto.

—Lo serás. Ya estamos bien encaminados en el objetivo de desarraigar a todos los bandidos de estas islas.

Einar apretó los dientes porque esa solo era una de las condiciones. Se encontraba muy lejos de cumplir la segunda condición. El matrimonio. El plazo límite se aproximaba rápido.

Miró alrededor en busca de Holly, un hábito que había desarrollado desde que la había rescatado del campamento de Thorir. La vio comiendo con Svanhild en otra esquina de la sala; tenía el rostro suave y una sonrisa en los labios. Le estudió los hermosos rasgos: los ojos grandes, los labios suculentos y el cabello corto que, curiosamente, le sentaba muy bien.

La mujer era un misterio. Tenía algo distinto e intrigante. Lo veía, lo sentía y hasta se lo oía en la voz. Estaba presente en las palabras que escogía, en la manera en que entonaba las oraciones e incluso en las posturas que adoptaba su cuerpo. Jamás había conocido a nadie como ella.

De pronto, se volvió hacia él, y sus miradas se encontraron. La habitación se sumió en el silencio, las personas dejaron de moverse, y todo dejó de existir, excepto sus ojos. El corazón le latió desbocado en los oídos. El hidromiel le entró en la sangre y le produjo una vibración cálida que le recorrió todo el cuerpo.

—Pero tienes una candidata para el casamiento —señaló Solver, sentado su lado.

Einar interrumpió el contacto visual con Holly para arrojarle una mirada enfadada al escaldo.

—Ya basta con eso.

De hecho, había terminado de comer y no tenía deseos de seguir oyendo bromas y alardeos. Se puso de pie y sintió el dolor que le provocaban los cortes en las piernas.

—Buenas noches —dijo—. No beban hasta el punto que no puedan distinguir a un cerdo de una mujer.

Avanzó hacia el otro extremo de la casa, donde se había construido su habitación detrás de una delgada pared de madera. Era la única habitación en toda la casa. Se detuvo frente a una criada que le servía hidromiel a Holly en una taza.

—Tráeme agua limpia y trapos y pídele a Bera que te dé hierbas para el dolor. Dile que es para mis heridas. —Luego miró a Svanhild—. Buenas noches, hija. Ve a dormir pronto.

—Buenas noches, padre.

Sin mirar ni dirigirse a Holly, caminó hacia su habitación y se recostó en la cama sin poder quitarse de la mente esos ojos verdes, ese cabello caoba y sus palabras: «Serás el primer *jarl* de las Orcadas. Tendrás tres hijos… ». Y luego, la voz de Solver que decía: «Tienes una candidata para el casamiento… ».

Einar soltó un gruñido. ¿Casarse con ella? No, de seguro era imposible. Pero si no se casaba con ella, ¿con quién? ¿Con Bera? Si la curandera tenía sesenta inviernos.

Transcurridos varios instantes, alguien llamó a la puerta. Sin mirar, se incorporó sobre la cama para quitarse la túnica.

—Por fin —dijo—. Pon el agua y los trapos sobre la cama. ¿Qué hierbas te dio?

—Angélica —repuso la voz que lo había acechado desde la primera vez que habló con ella: Holly. Se volvió y la vio parada al lado de la puerta, observándolo con los ojos abiertos de par en par y los labios separados.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Te traje esto. —Por fin se movió y apoyó un gran cuenco de arcilla que contenía agua sobre el cofre que había contra la pared. Luego dejó los trapos al lado del cuenco y una jarra.

—Se lo pedí a la criada. No hacía falta que me trajeras nada.

En respuesta, se encogió de hombros.

—Ya lo sé. Me gusta ayudar y además quería hablar contigo.

Einar se puso de pie y caminó hacia el cofre para humedecer un trapo y comenzar a limpiarse las heridas. Pero se detuvo delante de Holly, y el aroma a lavanda, hierbas y algo floral y femenino le invadió los sentidos. Se encontraban a solas, y la cercanía hizo que le hirviera la sangre. La tenía muy cerca, a menos de un paso, y anheló aplastarla contra su pecho y reclamar esos labios carnosos. Pero eso solo se debía a que hacía varios meses que no tomaba a ninguna mujer, se dijo. No tenía nada que ver con ella. Debía detenerse.

Se aclaró la garganta, se agachó y humedeció otro trapo de lino en el agua.

—¿Qué quieres? —le preguntó mientras comenzaba a limpiarse el corte que tenía en un brazo. Por lo general, atender las heridas menores de un hombre era el trabajo de una esposa. Agdis lo había hecho muy bien. A ella le había interesado la curación, y se había convertido en su ritual especial. Primero, lo curaba, y luego hacían el amor si las heridas así lo permitían.

—Se me ocurrió una idea. Sutherland queda bastante lejos, pero quizás puedas llevarme hasta la costa escocesa más cercana en uno de tus barcos. Desde allí, podría llegar a pie.

Cuando el agua le alcanzó la piel abierta, se estremeció de dolor, pero tuvo que aguantárselo porque debía quitarse la tierra.

—Déjame hacerlo —le pidió—. Estás dolorido. Recuéstate.

Se miraron a los ojos. Sería la primera mujer después de Agdis y Bera que haría eso. Lo cierto era que no sería nada malo permitirle curarle las heridas. Al fin y al cabo, era una bruja. Quizás podía hacerle un hechizo para ayudarlo a dormir. Y, aunque no pudiera, deseaba sentir sus manos en el cuerpo.

—Como quieras. —Le entregó el trapo húmedo y se recostó en la cama. Se colocó un brazo debajo de la cabeza y la observó con los párpados semiabiertos.

Holly hizo un gesto de asentimiento y enjuagó el trapo en el agua antes de sentarse a su lado y comenzar a limpiarle la herida del hombro. El dolor le produjo tanto ardor, que cerró los ojos.

—Disculpa, ¿he sido muy brusca? —le preguntó y siguió limpiándole la herida con más suavidad. Einar sintió una ola cálida que se le extendía por toda la piel allí donde lo rozaba, a pesar de que el agua estaba fría. Anhelaba sentir ese tipo de caricias, una conexión del alma y el tipo de cuidados que conllevaba ese tipo de relación.

Aunque a Holly no le importaba él, podría pretender lo contrario.

—Y entonces ¿qué dices? Puedes dejar que un bote de pesca me lleve hasta la costa más cercana de Escocia. Sé que no queda lejos. Recuerdo los mapas.

Einar la observó.

—¿Mapas?

—Sí, mapas. Son dibujos de la tierra y el mar, como si estuvieran vistos desde arriba. ¿Sabes de qué hablo? —le preguntó.

—Sí, vi uno en Jorvik cuando fuimos de visita con Rögnvald. Ubba me mostró uno. Lo descubrió en la tesorería del rey luego de tomar la ciudad. Pero me pareció algo inútil.

—Hummm. Bueno, en el futuro son mucho más avanzados y ayudan a navegar…

—¿Sigues insistiendo con esa broma que me contaste el otro día?

Lo miró rápido y luego le cubrió la herida del hombro con un trozo seco y limpio de lino antes de hacerle un nudo. Se sentía bien tener a alguien que lo cuidara.

—No era ninguna broma, Einar. —Vació el agua usada en la bacinilla, vertió agua limpia en el cuenco y tomó otro trapo limpio. Tras humedecerlo, se lo colocó en el pecho y, con suavidad, le limpió la piel. Einar recibió de buena gana la sensación fría, pero ignoró los aguijonazos de dolor mientras Holly le recorría los cardenales que le habían dejado los escudos.

—Claro que no —repuso.

—Aún no has respondido mi pregunta. —Einar observó cómo se le oscurecían los ojos mientras le limpiaba el pecho. Ahora eran del color de un bosque de pinos en las montañas de Møre. Holly detuvo la mano en el centro del torso y miró más abajo del vientre, donde tenía un rasguño en el lateral derecho. Entreabrió los labios al tiempo que arrastraba los ojos por el estómago hasta el borde de los pantalones… y un poco más abajo.

Einar miró las suaves curvas de los senos que se ceñían sobre él, bajo la prenda ajustada que le envolvía el cuerpo. Le habían ofrecido un vestido más tradicional, pero lo había rechazado y había lavado y enmendado sus prendas tras asegurarles a todos que no se quedaría allí mucho tiempo más.

Se estaba endureciendo mientras le arrastraba el trapo de lino por el cuerpo hacia la cintura y tuvo que sofocar un gemido de placer al percatarse de que no era solo el trapo lo que le recorría el cuerpo, sino también las cálidas yemas de los dedos.

Oh, cómo deseaba que siguiera bajando hasta abrirle los pantalones y limpiarle todo el cuerpo. Y cómo la besaría y la reclamaría para él.

Reaccionó antes de poder detenerse. Estiró una mano y le acarició la mejilla. Era como se la había imaginado: lo más suave que había tocado en su vida. Las dulces pecas eran como arena dorada. Holly contuvo el aliento al sentir la caricia y lo miró a los ojos: los tenía del color del musgo, y Einar no pudo evitar hundirse en ellos.

La tomó de los antebrazos y se la acercó con delicadeza para rozarle los labios con los suyos. Y ese pequeño contacto le produjo una abrasante ola de deseo que le llenó las venas.

La giró en el aire y la acomodó sobre la cama antes de cubrirle el cuerpo con el suyo.

El dulce rostro quedó bajo el de él, y sus ojos reflejaron sorpresa y ardor. Cuando separó los labios, Einar vio la suavidad afelpada en ellos y anheló saborearlos, lamerlos y mordisquearlos.

Cuando de pronto lo envolvió en sus brazos y alzó el rostro hacia él, Einar le aplastó los labios con los suyos. El sabor de Holly, a miel que se derretía en su boca, espoleó su voracidad y lo hizo arder por más. El fuego bulló en su interior mientras le separaba los labios con la lengua y se adentraba en su boca. Enredó la lengua con la de ella, la provocó y la acarició en un juego hambriento que lo fue endureciendo cada vez más. Holly le respondió con una voracidad que lo igualaba y comenzó a mecer las caderas contra las de él. Si no se detenía entonces, no sería capaz de detenerse en absoluto.

Y cuando le pasó la mano por el pecho y la cerró sobre un seno, sintió que se congelaba y se apartaba para interrumpir el beso. Con una arruga en el ceño y sintiéndose desorientado, se inclinó para retomar el beso, pero Holly lo esquivó.

—No me vas a distraer, Einar —le dijo—. ¿Me puedes prestar un barco para ir al punto más cercano sobre la costa escocesa?

Einar respiró con dificultad y soltó un gruñido de frustración porque Holly se había apartado y de enfado consigo mismo por haber comenzado eso. Era evidente que lo único que quería ella era marcharse.

Antes de responderle, se incorporó y se sentó sobre la cama. Holly se irguió con el cabello enmarañado y los labios algo hinchados y oscurecidos. Einar ansiaba reanudar el beso y que ella se quedara. Cerró los ojos durante unos instantes para ordenar los pensamientos.

Y de pronto tuvo una idea. Quizás se debía a las palabras de Solver o quizás al hambre insaciable que le despertaba esa mujer.

—Sí —le respondió con la voz baja y ronca del deseo que le vibraba por las venas—. Creo que sí.

A Holly se le iluminó el rostro y le cubrió la mano con la suya.

—¡Oh, gracias!

—Pero tendrás que hacer algo por mí a cambio. Como te dije antes, tendrás que ganarte el pasaje.

A Holly se le borró la sonrisa.

—No me acostaré contigo a cambio de favores. ¡No soy ninguna prostituta!

—Bueno, qué pena. Pero no es lo que tenía en mente. ¿Te casarías conmigo?

Las cejas se le subieron prácticamente hasta el nacimiento del cabello.

—¿Qué has dicho?

—Cásate conmigo. Y, a cambio, te llevaré yo mismo al sitio que tanto deseas ir.

—¿Acaso has perdido la razón?

—El rey Harald solo me permitirá ser *jarl* y me dará estas islas como propiedad si expulso a todos los bandidos y me caso. Solver está aquí para ser testigo de mi casamiento antes de la próxima luna llena. Luego le llevará las noticias a Harald. Te podrás marchar luego de su partida. No hay ninguna otra candidata apta para el matrimonio. Todas las mujeres de por aquí son demasiado jóvenes, demasiado mayores o ya están casadas.

Holly puso los ojos en blanco.

—Vaya, gracias por esa propuesta tan encantadora. ¿Cuánto falta hasta la luna llena?

—Creo que cerca de diez días. Nos casaremos en cuatro. Solver debería quedar satisfecho.

Holly suspiró.

—¡Pero necesitaba marcharme ayer!

—Esto es lo más pronto que podrás marcharte.

Lo miró a los ojos durante unos instantes y apretó los labios.

—¿Y puedo confiar en ti? —le preguntó.

—Te doy mi palabra. Todo el mundo sabe que mi palabra es más fuerte que el acero. Te juro que te llevaré de regreso luego de que Solver se marche y te podrás librar del matrimonio.

Soltó un suspiro y lo siguió estudiando.

—Está bien, Einar. Siempre pensé que, si me casaba con alguien, sería por amor. —Tragó con dificultad y bajó la mirada para clavársela en las manos—. Pero no creo que eso me ocurra jamás. Así que, está bien, te tomaré como esposo temporal.

Einar asintió con la cabeza, tomó el trapo húmedo que Holly había dejado sobre la cama y comenzó a limpiarse la mano. Mientras su prometida salía de la habitación, sintió un ardor en la piel por que se quedara. El corazón se le hundió un poco cuando cerró la puerta a sus espaldas. Porque a pesar de que le había dicho que solo sería un matrimonio temporal, lo cierto era que le costaría mucho tiempo mantener las manos y la mente alejadas de ella.

Y, en algún momento, también le sería difícil dejarla marchar para siempre.

CAPÍTULO

SIETE

2 1 de mayo

—Aquí tienes, Holly, está lista. —Svanhild le entregó una corona de flores blancas.

La niña era encantadora, tenía el cabello ámbar, los ojos con forma de avellanas y las pestañas alargadas. Era probable que se pareciera a la madre; aunque Holly le veía cierto parecido a Einar en el rostro. La expresión de Svanhild reflejaba asombro y adoración, y a Holly se le estrujó el corazón.

Al igual que ella, la niña no tenía una madre biológica. Y Holly estaba a punto de convertirse en su madrastra, que era una forma de madre adoptiva. Aunque solo fuera algo temporal, durante un breve período de tiempo, estaba entusiasmada de tener una niña. Le entraron ganas de darle un abrazo.

A pesar de que varios criados y cocineros andaban por el vestíbulo ultimando los preparativos del banquete, Svanhild y Holly sintieron como si estuvieran a solas en el tenue salón. La mayoría de los habitantes de la aldea se encontraban afuera, reunidos en el embarcadero, aguardando a que Holly acudiera para dar comienzo a la ceremonia.

En la casa pendían los aromas a estofado, carne asada y pan recién horneado que provocaban que a cualquiera se le hiciera agua la boca. Todos los barriles de hidromiel que se habían almacenado durante varias lunas se encontraban en el salón. También habían llevado mesas y bancos de otras casas para que toda la aldea pudiera celebrar junta. Varias guirnaldas de flores blancas colgaban de las columnas y de las paredes.

—Gracias, Svanhild. —Holly le sonrió y le acarició la mejilla a la niña antes de colocarse la corona en la cabeza.

Se había puesto un atuendo de lino simple y blanco que le caía hasta los tobillos y un vestido con un delantal blanco con dos hermosos broches de plata que le sostenían los lazos. Los broches tenían una figura femenina en el centro de un círculo con las piernas separadas. Holly se preguntó si sería algún tipo de símbolo místico. Entre los dos broches, llevaba unos hilos con cuencas pulidas de vidrio blanco y grisáceo y piedras lunares.

Holly deseó poder verse en un espejo, pero no había ninguno allí.

—Serás mi nueva madre —le dijo Svanhild mientras la abrazaba—. No recuerdo a mi verdadera madre.

Holly sintió pesar en el pecho y le devolvió el abrazo con lágrimas en los ojos. Sabía cómo se sentía la niña que jamás había conocido a su verdadera madre. Esa había sido la gran sombra oscura que la había acechado durante toda la vida. ¿Qué podría haber tenido ella tan malo como para que sus padres biológicos la rechazaran?

De niña, siempre se había sentido una forastera, una cosa rota que pretendía encajar. Por eso había querido tener sus propios hijos, porque quería sentir lo que era pertenecer con alguien, y solo una conexión de sangre podía forjar ese vínculo. Desde los doce años, cuando sus padres le contaron que la habían adoptado, había sentido que algo invisible se había roto en su interior. Y quería que cualquier hijo que tuviera se sintiera normal y entero.

¿Sería que Svanhild sentía lo mismo? ¿Podría hacerle sentir eso a la niña? Probablemente no. No podía decirle que se marcharía en la primera oportunidad que tuviera.

—Este tipo de matrimonio —comenzó a decirle con la garganta tensa mientras luchaba por contener las lágrimas—, en el que las

dos partes no se conocen, puede acabar mal, tesoro. Pero sin importar lo que pase, tu padre te quiere mucho.

Svanhild parecía confundida.

—Pero casi todos los matrimonios se arreglan entre un hombre y una mujer que no se conocen.

Sin dudas, corrían tiempos muy diferentes a los de Holly. Si hubiera nacido en la época de los vikingos, la habrían casado con alguien, y su marido no habría tenido la opción de abandonarla. No se habría preguntado qué iba mal con ella como para que todos los hombres con los que tenía una relación cercana se marcharan.

Para bien o para mal, estaba a punto de casarse. Había esperado con ansias ese día desde que era pequeña. Pero ¿no era irónico que el único motivo por el que se casaba con Einar fuera para abandonarlo?

—Vamos —dijo Holly y se enderezó la corona en la cabeza con las manos temblorosas.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Svanhild mientras comenzaban a caminar hacia la puerta.

Holly tomó una profunda bocanada de aire y exhaló para intentar aliviar la tensión que le oprimía los pulmones y las vías respiratorias.

—Creo que sí.

—¿Por qué te gusta mi padre? ¿O porque le temes?

Holly sacudió las manos para que le dejaran de temblar. Era una buena pregunta. ¿Por qué estaba tan nerviosa? A lo mejor era una tonta, pero estaba nerviosa porque Einar la hacía sentir como si el sol brillara solo sobre ella. Cuando la rescató de Thorir, cuando se aseguró de que sanara, cuando hablaron y trabajaron juntos en el jardín y, también, cuando por fin la besó. Era amable, grande y valiente, y la hacía sentir como si el aire que respiraba tuviera más alegría y más vida que nunca antes. La hacía olvidar que había algo mal en ella. Estaba nerviosa porque se iba a casar. Estaba nerviosa porque en lo más profundo de su ser detestaba tener que tomar una decisión entre regresar a casa y casarse con el hombre que en realidad le gustaba. Tenía miedo de provocarse dolor a sí misma al abandonar a un hombre y una niña por los que se preocupaba mucho.

Einar era un padre soltero con una hija maravillosa, y no solo era un hombre apuesto que la hacía estremecer de la forma más deliciosa que se podía concebir, sino que también era una persona a la que admiraba: era fuerte y dedicado y estaba dispuesto a arriesgarlo todo por su gente. Era un hombre de honor y fortaleza. Un verdadero líder.

Y también estaba el beso… Nadie jamás la había besado de esa forma. Nadie la había hecho querer desnudarse y saltarle encima con tan solo un beso. ¿Qué ocurriría cuando estuvieran casados?

No, no podía acceder a acostarse con él. Tenía que controlarse. Sin importar lo bien que la besara, o lo cálida y moldeable que la hiciera sentir en sus fuertes brazos o lo excitada que se pusiera al tener su cuerpo apretado contra el suyo, jamás permitiría que fueran más lejos de lo necesario para mantener las apariencias sociales. Quizás se podían dar un beso o sostenerse la mano.

Holly enderezó la espalda.

—No le temo a tu padre, Svanhild. ¿Y tú?

La niña se encogió de hombros.

—Quizás un poco. Sé que jamás me haría daño, pero no lo conozco. Es como un extraño que me cuida y me dice qué debo hacer.

Holly quería decirle algo, pero en ese momento llegaron a la puerta y la abrieron. Afuera, el pequeño sendero que concluía en el agua estaba cubierto de las mismas flores blancas pequeñas que llevaba en la corona y decoraban la casa. Más adelante, en el embarcadero, varios hombres, mujeres y niños alzaron la mirada para verla avanzar hacia ellos.

Holly buscó a Einar y no tardó en encontrarlo gracias a su figura alta e imponente que se paraba orgullosa sobre un *drakkar*. A su lado se encontraba Solver, que probablemente conduciría la ceremonia. Pudo ver que el barco también estaba decorado con flores.

El corazón le latía tan fuerte que creyó que le podría romper las costillas para escaparse del pecho. Los pies le temblaban. Pero cuando los ojos de Einar se posaron en los suyos, todo lo demás dejó de existir. Fue como si la tierra hubiera dejado de girar, el

viento hubiera dejado de soplar y las personas hubieran dejado de respirar. Los nervios que había experimentado se le evaporaron del cuerpo y, en su lugar, se llenó de fuerza y confianza. Einar era una piedra, sus ojos se lo decían. Él la protegería. Siempre.

Holly no podía recordar cómo había llegado allí, pero pronto se detuvo frente al barco, y Einar la ayudó a subir. Sus dedos de piel cálida y callosa la envolvieron. Eran grandes y fuertes, y con una caricia le produjeron una ola de cosquilleos. Cuando se miraron a los ojos, Holly se dejó llevar hacia la profundidad tormentosa que guardaba su mirada.

En el momento en que se detuvieron frente al mástil, Solver les ofreció una sonrisa.

—¿Ves, Einar? Te lo dije. Escucha a Solver. Solver sabe.

—Hummm. —Einar produjo el sonido irónico y miró a Holly.

—Es tiempo de que los prometidos se sostengan las manos —instruyó Solver.

Einar tomó las dos manos de Holly. El bote se inclinó bajo sus pies, pero no supo si se debió a una ola o al roce de su prometido. Solver les envolvió las manos con una toalla de lino blanca bordada con runas y decoraciones vikingas.

—Esta toalla es el símbolo de los lazos que los unirán para siempre —comenzó el escaldo—. Frente a los dioses y a los hombres, bendigamos la unión de Einar y Holly y deseémosles un matrimonio largo, próspero y fértil.

¿Acaso había dicho fértil? Holly se ruborizó. Se le formó un nudo en el estómago. Lo más probable era que fuera una mujer infértil; aunque nada le habría gustado más que dar a luz. Einar debía volver a casarse luego de que ella se marchara si terminaba teniendo tres hijos. Pero cuando lo miró, todos los pensamientos se evaporaron. La conexión que se había formado entre ellos había desaparecido. Y los ojos de su prometido estaban fríos como el hielo y reflejaban pánico.

¿Qué había pasado? Holly negó con la cabeza. No debería importarle. Al fin y al cabo, ese matrimonio jamás sería largo ni fértil. Quizás, él también acababa de recordarlo.

—¿Tenemos una cerda a la que sacrificar para recibir las bendiciones de Freyja? —le preguntó Solver a Einar.

—No —repuso Einar con un duro tono de voz—. Eso no hace falta. Dudo que Freyja nos bendiga con niños.

El comentario fue como si la hubiera atravesado con un cuchillo. ¿Cómo sabía que no podía tener hijos?

—Como quieras —se limitó a reponer Solver—. En ese caso, pueden intercambiar los votos.

—No tengo ningún voto —dijo Einar.

A Holly se le hundió el corazón. A pesar de que el matrimonio sería corto, eso le dolía. Quería que a él le importara. Y eso solo le decía que, una vez más, un hombre no la quería. Solo era un medio para lograr un fin.

El dolor familiar del rechazo la aplastó. Oyó la voz de su madre diciéndole: «Te lo dije. Nadie se interesará en ti si te comportas de este modo. Si eres demasiado obstinada y fuerte. Ningún hombre quiere a una mujer terca e independiente».

—Yo tampoco diré ningún voto —repuso Holly intentando parpadear para contener las lágrimas.

Incómodo, Solver bajó la mirada a los pies.

—En ese caso, es el momento de intercambiar los anillos y casarlos. Creo que hay una espada, ¿no, Einar?

Einar tosió.

—Sí, así es. —Caminó hacia el banco más cercano y tomó una espada hermosa con las dos manos. Sobre la hoja, yacían dos anillos—. Esta espada les perteneció a mis ancestros —explicó cuando regresó frente a Holly—. Por lo general se le da a la novia para que se la dé a sus hijos cuando puedan sostenerla. Se quedará en la familia. La novia suele darle al novio la espada de su padre. Pero entiendo que has venido sin ninguna posesión, de modo que esta espada cumplirá los dos papeles.

Solver asintió con la cabeza y tomó los anillos mientras Einar le colocaba la espada sobre las palmas abiertas a Holly, que respiró con dificultad, abrumada por la importancia del momento.

—¿Qué hago? —preguntó en un susurro.

—Di: «Acepto esta espada para nuestros futuros hijos» —la instruyó Solver con un guiño de ojo.

A Holly le pareció oír que Einar apretaba los dientes. Alzó el mentón. Jamás tendrían hijos:

—Acepto esta espada para nuestros futuros hijos —dijo con la voz fuerte. Solver se rio. Parecía ser el que más estaba disfrutando de esa ceremonia.

—Déjala sobre el banco, Holly. Ahora intercambiarán los anillos.

Holly hizo lo que le dijo el escaldo y se volvió hacia Einar. Solver sostuvo los dos anillos en la palma de la mano. Eran anillos de plata sencillos con unos patrones vikingos grabados alrededor de la circunferencia. Einar tomó el más pequeño y sostuvo la mano izquierda de Holly. Con una delicadeza que la sorprendió, le deslizó el anillo en el dedo.

—Te tomo como esposa —dijo Einar con una voz aterciopelada, baja e íntima.

Le hizo eco en todo el cuerpo y le produjo un anhelo doloroso en el vientre. Se le aceleró el pulso en la sien. Holly tomó el anillo grande con las manos temblorosas. Sostuvo la palma gigante de Einar y sintió que el calor que manaba de ella le quemaba la mano fría de manera agradable.

—Te tomo como esposo, Einar —le dijo antes de deslizarle el anillo por el dedo.

Einar le tomó la otra mano y permanecieron de pie sin dejar de mirarse a los ojos.

—¡Delante de los dioses y de los hombres, los declaro marido y mujer! —tronó Solver. La voz viajó por el agua, y la multitud de personas irrumpió en vítores. Holly tenía la respiración tan acelerada que pensó que le iba a estallar el pecho. Estaba casada. Con Einar—. ¡Besa a la novia, Einar! —exclamó Solver con una sonrisa enorme en el rostro y alzando los puños en el aire.

—Será un placer hacerlo —repuso Einar. Le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia su cuerpo y le selló la boca con la suya.

Mientras se hundía en el mar de tortura deliciosa que le infligía la boca de su marido, a Holly le empezó a dar vueltas la cabeza y se le debilitaron las extremidades.

Acababa de cumplir uno de los sueños de toda su vida. Se había casado.

Pero no se parecía a nada de lo que pudiera haber imaginado. Y por más delicioso que fuera el beso de Einar, no podía dejar de pensar que ese sueño bien podría convertirse en una pesadilla.

CAPÍTULO

OCHO

—Ni se te ocurra pensar que deseo esto más de lo que tú lo deseas —le aclaró Holly hablando con los dientes apretados.

Estaba sentada al lado de Einar en la mesa de los novios. En el salón se oían las voces de los invitados y se sentían los aromas a comida e hidromiel. El banquete había durado todo el día y ya había caído la noche. Einar se alegraba de ver a su gente celebrando, con los rostros iluminados y los ojos un poco nublados.

—Oh, pues, yo pretendo disfrutar este matrimonio a pleno —señaló Einar.

Estaba enfadado por sentir alegría de haberse casado con Holly. La atmósfera que lo rodeaba era jovial, completamente todo lo opuesto al conflicto que rugía en su interior, y de vez en cuando alguien se ponía de pie y proclamaba un brindis para bendecir a los recién casados. Svanhild estaba sentada al lado de Einar y jugaba con el gato, dándole de comer pequeños trozos de carne asada de su plato.

—¿Qué quieres decir con eso? —Holly lo miró con una máscara de preocupación en el rostro.

—Hasta que te marches, eres mi esposa. Y yo tu marido. Y planeo saborear lo que ocurre entre una pareja casada en la habitación.

A Holly se le abrió la boca, y Einar tomó un momento para disfrutar de la expresión estupefacta.

—Te puedes ir olvidando de eso —le susurró.

—Ya veremos —repuso Einar. No la obligaría a nada, pero considerando que le respondía los besos como el fuego a la leña, sabía que lo deseaba. Y su cuerpo anhelaba continuar lo que habían comenzado la otra vez.

—Svanhild, deja de alimentar al gato en la mesa —regañó a la niña—. Le estás enseñando a pedir comida cada vez que comes.

—Pero tiene hambre.

—Debe aprender que tiene su propio lugar para comer —le dijo—. Allí, al lado de la puerta.

Svanhild bajó el rostro, y Einar sintió pesar y arrepentimiento por ser tan duro con su hija. Suponía que podría haberle dicho lo mismo de otra manera, pero la tensión que llevaba dentro lo había hecho explotar. Estaba enfadado por haber llevado a cabo un casamiento que no deseaba. Además, lo aterraba disfrutar tanto la idea de que Holly le perteneciera y estaba irritado por desearla. Todo eso le hervía en el interior y constituía una mezcla peligrosa. Movió un pie bajo la mesa y se bebió una copa de hidromiel tras otra porque no podía tolerar la idea de comer algo.

—Debes ser más estricta con él. Es por su propio bien —le dijo Einar intentando usar un tono de voz más suave.

—Sí, padre —respondió la niña antes de llevarse al gato.

Solver, que estaba sentado al lado de Holly, se puso de pie.

—Esta boda no es nada común —comenzó el escaldo—. Como la novia no tuvo a ningún familiar a su lado, no se hizo la tradicional carrera al gran salón. Nunca sabremos si tu familia habría servido hidromiel durante toda la celebración, Holly. Nunca sabremos cómo sabe el hidromiel de la novia que se habría servido durante todo el mes. Pero sabemos que, aunque no se conocen hace mucho, Einar está listo para iniciar la noche de bodas ya mismo.

Todos los presentes irrumpieron en risas y soltaron aullidos de lobos. Einar apretó los puños sobre la mesa, y Holly bajó la mirada.

—Pero como soy un escaldo —continuó Solver—, me gustaría contar una historia que podría inspirar algo de ánimo para su futuro.

Caminó de la mesa hacia el medio de la sala para que todos pudieran verlo y oírlo.

—A veces, las nornas tejen curiosos destinos para nosotros y, al principio, creemos que es lo peor que nos podría suceder. No hace mucho tiempo, visité a un *jarl* en Noruega, Sigurd Randversson. Está felizmente casado con una mujer que se llama Donna.

Einar vio que Holly se inclinaba hacia adelante.

—Tienen una fortaleza poderosa, una aldea próspera y dos hijas jóvenes. Las mujeres allí tienen el mismo derecho a expresar su opinión en todos los asuntos que los hombres. También luchan al lado de ellos si un enemigo ataca. Al principio, Sigurd pensó que Donna era una diosa, pero resultó ser que su esposa había viajado en el tiempo; una norna la había enviado del futuro.

Holly soltó un jadeo y, sin mirar a Einar, le sujetó la mano por encima de la mesa.

—Hay otras más —susurró con los ojos abiertos de par en par.

—Eso es solo un cuento —gruñó Einar, aunque sintió una agradable sensación en el punto en que le tocaba la piel.

—¿Hay otras? —preguntó Holly—. ¿Hay más mujeres que hayan viajado en el tiempo?

Solver la miró con ojos taimados.

—Sí. Conocí al *jarl* Kolbjorn y a su esposa, Rachel. Al *jarl* Hakon y su esposa, Mia. Y he oído rumores del *jarl* Andor y su esposa, Cathy, pero aún no los he visitado. —Esbozó una sonrisa simple—. Puede que conozca a más viajeras en el tiempo.

Holly se volvió hacia Einar.

—¿Ves? Te lo dije.

Einar negó con la cabeza.

—Solver es un escaldo. Su deber es contar historias para que la gente las recuerde.

Holly comenzó a decir algo, pero Solver la interrumpió.

—Y ahora creo que es el momento de acompañar a los recién casados a la cama matrimonial para asegurarnos de que consuman el matrimonio.

A Holly se le agrandaron los ojos de par en par y retiró la mano de inmediato.

~

Holly no lo pudo creer cuando Einar se puso de pie completamente sereno y la ayudó a levantarse. Solver y unos diez hombres más también se incorporaron. Sostenían copas de hidromiel en las manos y aullaban como lobos mientras seguían a Einar y Holly hacia la habitación.

—¿No estarán pensando que nos verán tener sexo en serio? —le preguntó Holly a Einar al tiempo que se soltaba de su codo.

—Claro que sí —repuso Einar sin siquiera mosquearse—. Si no ¿cómo se van a asegurar de que se consume el matrimonio?

En la recámara, todas las lámparas estaban encendidas y unas flores blancas cubrían las pieles. El aroma a lavanda y sábanas limpias permeaba el aire. Einar condujo a Holly al centro de la habitación y aguardó hasta que terminaron de entrar todos.

—Bueno, caballeros, no sé para qué vinieron porque no permitiré que ni él ni nadie más me toque —les aseguró Holly.

Los hombres irrumpieron en carcajadas.

—Tiene buen sentido de humor —le dijo Solver a Einar.

—No es ninguna broma —dijo Holly.

A Solver se le borró la sonrisa del rostro.

—¿Acaso no deseas este matrimonio? Entonces, ¿para qué accediste a la ceremonia?

Holly se puso pálida.

—¿Cómo dices?

—Si el matrimonio no se consuma, no es válido —le explicó Einar apretando los dientes—. Si me rechazas, todo esto será en vano.

Holly tragó saliva y tomó una profunda bocanada de aire.

—Ah.

No se iba a acostar con él. En especial si había gente mirándolos. No cabían dudas de que estaba muy fuera de lugar entre esos vikingos si todo eso les parecía bien. ¿Y las mujeres que había mencionado Solver antes? ¿Donna, Rachel, Mia y Cathy? Si habían viajado en el tiempo y se habían casado con vikingos, ¿también habrían tenido que hacer eso? No, no importaba. Ella no lo haría.

Se volvió hacia Einar con los ojos llenos de lágrimas y las mejillas sonrosadas y le susurró:

—Einar, si quieres que el matrimonio sea válido, por favor pídeles que se marchen. No bromeo. Por favor, hazlo por mí. No puedo…

Einar la miró a los ojos, y el granito que reflejaban los suyos se suavizó. Le alzó el mentón con suavidad y le dio un beso en la coronilla. El sorprendente gesto le resultó dulce y reconfortante.

—Está bien, Holly. No te preocupes. Todo está bien —le dijo, y la tensión que le había pesado como un peñasco sobre los hombros se disipó. Él la protegía. Aunque eso iba en contra de las reglas de su cultura, la protegía.

Luego se volvió hacia los hombres.

—Deben marcharse, Solver. El matrimonio se consumará, pero luego de que se marchen.

Los hombres protestaron algo ebrios.

—Mi esposa es de Sutherland. Allí hacen las cosas de otra manera. Y no consumará el matrimonio hasta que estemos a solas.

Solver asintió con la cabeza.

—De acuerdo. De todos modos, no hay nada típico en esta boda. ¿Me das tu palabra?

Einar le sostuvo la mirada durante un largo instante y luego asintió con la cabeza.

—Bueno, vámonos.

Solver condujo a los hombres afuera y cuando cerró la puerta a sus espaldas, Holly se quedó a solas con Einar.

Antes había sentido calor por la vergüenza y el temor que se habían apoderado de ella y hervido en su interior, pero ahora sentía como si la temperatura de la habitación hubiera subido a un nuevo nivel. Einar se cruzó de brazos y la miró con esos ojos poderosos.

—Nada ni nadie te hará daño ni hará nada en contra de tu voluntad mientras pueda evitarlo —le aseguró—. ¿Entiendes?

Holly se rio.

—Excepto que me mantendrás cautiva en tu isla.

—Ya sabes los motivos por los que lo hago. No es para retenerte aquí.

Holly asintió. Luego exhaló profundamente para intentar quitarse la tensión que le provocaba la presencia de Einar.

—Además, pronto te marcharás —añadió con la voz ronca.

A Holly se le cerró la garganta.

—¿Quieres un poco de hidromiel? —Con la cabeza, señaló la jarra y las dos copas que había sobre una mesa pequeña.

—No —repuso—. He estado bebiendo todo el día.

Einar se veía hermoso con la túnica blanca, que le caía por los músculos entallados del pecho y le envolvía los brazos fuertes. Un cinturón rojo le abrazaba la cintura y le resaltaba las caderas angostas. Tenía las piernas largas separadas, formando una pose orgullosa, y llevaba puestas unas suaves botas de cuero. Se había peinado el cabello. Tenía una mirada oscura e intensa. El aire en la habitación se tornó más denso, como si una nube invisible cargada de electricidad se hubiera materializado entre ellos. Holly no se podía mover ni decir nada. De lo contrario, corría el riesgo de ceder y salir volando hacia sus brazos. Y entonces estaría irremediablemente perdida…

—No te voy a mentir, Holly —dijo—. Te deseo. Eres mi esposa. Y tengo todo el derecho a hacerte mía esta noche.

Dio un paso hacia ella, y Holly abrió la boca anonadada, porque esas palabras hicieron que la mente le diera vueltas como un carrusel.

—No haré nada que no quieras —siguió—, pero déjame intentar persuadirte.

Dio otro paso y le sujetó la mano con la suya. La piel cálida y seca de los dedos la abrasó, el más mínimo roce le resultaba estimulante y hacía que el estómago le diera un vuelco.

¿Y si esa era la única noche de bodas que tendría? ¿Estaría tan mal acostarse con su marido? Considerando su pasado con los hombres, era probable que nunca más tuviera otra noche de bodas.

Y en ese instante se encontraba delante del hombre más apuesto que había conocido. No solo eso, sino que también era un hombre amable y responsable, un hombre cuyo cuerpo hacía que el corazón dejara de latirle en el pecho… Y la deseaba. Además, no había

ningún riesgo de que la abandonara porque ella lo dejaría a él pronto.

No podía negar que ella también deseaba eso. Lo deseaba tanto que los pezones le dolían de solo pensar en sentir sus labios y sus manos sobre su cuerpo, y a él en su interior.

—Está bien —le dijo—. Inténtalo.

CAPÍTULO
NUEVE

Las comisuras de la boca se le curvaron cuando soltó una carcajada relajada y pícara que a Holly le derritió las entrañas como si no fueran más que mantequilla. Le tomó la mano y se la acercó al cuerpo mientras le envolvía la cintura con el otro brazo para aplastarla contra su pecho. La presión del cuerpo duro contra el suyo hizo que se le endurecieran los pezones.

Oh, cielos, olía tan bien: a cuero, lino y piel limpia… y a Holly le comenzó a latir el corazón desbocado.

—Te vas a desvestir —le dijo—. Y luego te haré mía. Y me dirás si quieres que te lo haga despacio y suave… o duro. —La voz ronroneaba y le hizo eco en el pecho como el rugido distante de una tormenta que se avecina—. Di que sí.

—Sí —logró decir antes de quedarse sin aliento.

Entonces la besó. Al principio, sus labios fueron suaves e inquisitivos. Le mordisqueó el labio inferior, y lo sintió cálido y aterciopelado. Luego, con dulzura, utilizó la lengua para separarle los labios y comenzó a envolverla con caricias profundas y cálidas.

El beso era como un *whisky* escocés caro, añejo y ahumado. Tenía tantas notas de fondo y tantos sabores, que quiso más. Le pasó los brazos por el cuello y se lo acercó más. El sabor, el olor y la sensación de él le hicieron sentir un estremecimiento en todo el cuerpo.

Einar se la acercó aún más y le recorrió la espalda con las manos antes de enterrarle una mano en el cabello y hacerle ladear la

cabeza. Interrumpió el beso para recorrerle el mentón con los labios e ir bajando por el cuello sin dejar de darle besos suaves y húmedos. La barba corta le producía picor en la piel sensible.

Le sujetó el borde del atuendo, cerró el puño y le dijo:

—Quítatelo antes de que lo haga añicos.

A Holly se le infló el pecho. Nadie jamás se había mostrado tan autoritario con ella. Ella solía ser la que impartía órdenes todo el día, y eso podría haberse extendido a la habitación también.

La posesividad y el control de Einar, así como también la intensidad de su voz y su mirada de predador la aplastaron como una ola de desorientación agradable. Fue como si le hubiera desatado alguna especie de amarre en el interior. Holly comenzó a suavizarse y a abrirse.

Soltó los broches del atuendo y permitió que el vestido se le deslizara por el cuerpo y le cayera a los pies. Luego desató los lazos que mantenían la túnica interior en la base del cuello y se la bajó por los hombros.

Se detuvo. Estaba a punto de quedarse en ropa interior delante de Einar, y entonces no habría vuelta atrás. Sintió como si se encontrara en el borde del Gran Cañón, con el viento soplando a su alrededor, y la arena y las piedras moviéndose debajo de sus pies. Si daba un paso en falso, desaparecería.

Algo hueco y pesado le dolía en el centro del cuerpo. Algo anhelante y caliente. Lo deseaba mucho. Solo sería durante unos días. No le daría el poder de herirla o de rechazarla.

Decidida, tomó una profunda bocanada de aire y se bajó una de las tiras de la túnica y luego la otra. Observó los ojos de Einar que se oscurecían mientras se deslizaba la túnica por el cuerpo hasta dejarla caer sobre el vestido. Le recorrió cada centímetro de piel con la mirada brillante como quien acaba de ver un amanecer por primera vez en la vida.

—Qué hermosa eres, Holly —dijo casi en un susurro.

Tomó un paso hacia ella y le acarició los hombros con suavidad antes de recorrerle los brazos y hacerle sentir calor. Luego le tocó las caderas y, sin decir nada, le apoyó las manos en el trasero y la

levantó para que le pasara las piernas por la cintura mientras la llevaba hasta la cama.

El gesto fue muy candente e inesperado. A través de la tela delgada de la ropa interior, su sexo rozó el lino de la túnica y los músculos duros del estómago de Einar. Sintió el cuerpo ancho entre las caderas y pudo anticipar cómo sería tenerlo encima de ella, entre sus piernas.

Einar la recostó sobre la cama, y se hundió en la suavidad afelpada de las pieles.

—¿Cómo me quieres? —le preguntó.

Al oírlo, se quedó sin aliento. ¿Cómo podía ser tan posesivo y a la vez darle todo el control?

—Duro —le dijo. Quería sentir su peso sobre ella, sus muslos frotándose contra su cuerpo y a él enterrándose en su interior—. Te deseo…

—Estoy para complacerte —murmuró y se quitó la túnica. Holly se mordió el labio al tiempo que observaba ese cuerpo glorioso, alto, de hombros anchos y caderas angostas, hecho de músculos duros. Se arrodilló delante de la cama y se acomodó entre sus piernas. Le sujetó las caderas y la hizo volverse hacia él. Acto seguido, le acarició las caras internas de los muslos con las manos y se fue deslizando con lentitud al tiempo que le masajeaba la carne. Sintió una ola de calor y excitación que le recorrió toda la longitud de las piernas hasta los dedos de los pies.

Cuando llegó a la ropa interior, se detuvo.

—Qué prenda más extraña. —La observó con curiosidad antes de hacer la tela a un lado. A Holly se le estremecieron los músculos internos en anticipación a sus caricias. Con delicadeza le separó los pliegues y le selló el sexo con la boca.

Holly soltó un jadeo y arqueó la espalda. Cerró las manos sobre las pieles. Un escalofrío la recorrió entera. La piel le ardía como si se la hubiera prendido fuego.

—¡Einar, oh, Einar! —gimió—. ¡Oh, por Dios!

Einar siguió jugando con ella. Cuando le deslizó un dedo en el interior, Holly perdió la razón y se dejó llevar por el juego cadente que habían comenzado. Se le cerraron los músculos alrededor de él,

le hirvió la sangre, y sintió los pulmones demasiado pequeños como para poder respirar. No sabía si había empezado a gemir, porque solo oía los gruñidos de Einar que le hacían eco en todo el cuerpo.

Holly comenzó a frotarse contra su boca y a mover las caderas en un pequeño baile circular al tiempo que respiraba agitada y gemía. Estaba cerca. Estaba a punto de…

Pero Einar se detuvo y se apartó.

—Por Odín y Freyja, ¿qué me haces? —masculló al tiempo que se abría los pantalones.

Tenía un bulto enorme entre las piernas y cuando se bajó los pantalones, la larga y gruesa erección saltó hacia arriba. Se veía tan deliciosa, que a Holly le dolieron los músculos.

—Te haré mía —le dijo arrodillándose sobre la cama y acomodándose entre sus piernas. Le deslizó la ropa interior por las piernas y la arrojó al suelo—. Ahora mismo.

—Oh, sí, hazme tuya —le susurró. Su cuerpo pequeño y femenino estaba listo para recibirlo.

Le pasó las manos por el pecho duro, por el estómago y luego las volvió a subir para enterrárselas en el cabello… Tenía un cabello suave y algo rizado.

Einar la volvió a besar, la reclamó con voracidad, con el aliento entrecortado y la respiración agitada. Le frotó la erección contra la entrada humedecida. Holly le pasó las piernas por la cintura y le clavó los talones en las nalgas duras como piedras para instarlo a penetrarla.

Y entonces, con un solo movimiento, la invadió, la estiró y la abrió para enterrarse en lo más profundo de ella. Holly soltó un jadeo y se arqueó para sentir el placer que la recorría como la marea. Einar se retiró despacio y comenzó a embestirle las caderas hasta arrancarle un gemido de placer que le nació en el estómago y le subió hasta la garganta. La volvió a embestir una y otra vez. Sin cesar.

Se arrodilló y le tomó las caderas para no separarse de ella y se las subió hasta que le quedaron más elevadas que el pecho. Se volvió a hundir en su interior sin quitarle los ojos de encima. Era como si la estuviera devorando por completo, con los ojos y con el

cuerpo. Estaba disfrutando de tenerla para su placer, y, sin embargo, había algo en su mirada… una especie de dolor o preocupación. Era como si se estuviera conteniendo.

—No te contengas —gimió Holly al tiempo que alzaba las caderas para recibir otra embestida.

Le llevó una mano al clítoris y se lo acarició con delicadeza. Holly sintió una sacudida dulce, y cuando los músculos internos se tensaron alrededor del miembro, supo que estaba a punto de acabar.

—Te gusta eso, brujita —le gruñó ladeando la cabeza al tiempo que le acariciaba el clítoris con los dedos y se valía de la otra mano para mantenerla en su sitio.

La embistió más rápido y más fuerte, y Holly supo que él también estaba al borde del abismo.

La tensión y la pesadez aumentó hasta volverse casi insoportable, y el calor se le extendió por todo el cuerpo.

—Oh, Einar, estoy…

El orgasmo la arrasó como un tornado, la envolvió en una vorágine como si no fuera más que una hoja en el viento. Los músculos internos se le tensaron al tiempo que lo seguía albergando en su interior.

—Oh, Holly —susurró con la voz ronca—. Aguarda… Maldición…

La sujetó con las dos manos y la embistió hacia su cuerpo al tiempo que se retorcía y emitía gruñidos guturales y profundos.

Mientras Holly se seguía estremeciendo del placer, Einar se desmoronó sobre ella y continuó embistiéndola hasta derramar las últimas gotas de su semilla en su interior. Las olas de tensión que recorrían a Holly habían disminuido en intensidad, y lo envolvió con los brazos y las piernas para acercárselo más. Einar le enterró el rostro en el cabello, y Holly sintió la respiración agitada y cálida contra la piel. Los dos estaban sudados, pero a ninguno le importó. Holly aceptaría ese sudor todos los días, varias veces al día.

Exhaló despacio y sonrió deseando acurrucarse con su marido.

Su marido. Estaba viviendo un sueño extraño y conflictivo que de momento le producía felicidad. Era como si estuviera jugando un

juego de roles. Un juego de roles que había comenzado a disfrutar mucho. Acababa de hacer el amor con su marido…

Einar se incorporó sobre las rodillas, y Holly abrió la boca para decir que esperaba con ansias pasar cada noche del mismo modo hasta el último día que pasara allí, pero le vio el rostro y calló: llevaba una máscara de piedra, tenía los ojos oscuros y la boca apretada en una línea tensa. Ni siquiera la miró a los ojos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Holly.

—Tú —escupió. Y cuando la miró a los ojos, los de Einar echaban chispas.

Holly se sintió frágil y desprotegida y tuvo el impulso de cubrirse.

—¿Qué he hecho?

—Me has dejado derramar mi semilla en ti.

Holly se incorporó sobre la cama.

—No te obligué a hacerlo.

—Sí, fuiste demasiado dulce, demasiado buena en mis brazos. Me hechizaste. No he derramado mi semilla en ninguna mujer desde que mi esposa falleció. He jurado que no quiero más niños.

Holly se puso de pie y fue a buscar sus prendas. Como necesitaba protegerse física y emocionalmente, se colocó el atuendo. Había sido tan tonta. «Marido». No era más que un desconocido.

—No lo sabía. Me lo deberías haber dicho. Además, no te obligué a acabar en mi interior. Si lo hubiera sabido, te lo hubiera dicho o te hubiera ayudado de alguna manera.

Einar negó con la cabeza.

—Fue demasiado bueno. No me pude controlar. Siempre me controlo.

Holly se sentó sobre la cama deseando ofrecerle consuelo. Einar seguía desnudo, sentado sin vergüenza alguna en toda su gloria. Se le secó la garganta al verlo.

—Mira, Einar —comenzó—, si te preocupa que quede embarazada, olvídalo. Lo más probable es que no sea capaz de tener hijos.

Al decirlas en voz alta, las palabras le supieron como un peñasco que la aplastaba. La voz debió haber dejado traslucir su dolor,

porque Einar la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he intentado… muchas veces. Con inseminación, doctores y todo eso. Son técnicas más eficaces que el sexo. Y, a pesar de todo, no pasó nada.

Einar soltó un suspiro, se puso de pie y comenzó a vestirse.

—Puede que sea lo mejor —dijo antes de salir de la habitación.

—¿Qué? —preguntó Holly, pero la puerta ya se había cerrado.

CAPÍTULO

DIEZ

Tras dejar a Holly en la habitación, Einar le informó a Solver que el matrimonio había sido consumado. La información interrumpió la canción ebria del escaldo y causó una erupción de vítores y aullidos en la habitación.

—¡Su jefe será *jarl*! —exclamó Solver por encima del ruido—. ¡El *jarl* Einar de las Orcadas!

Su gente brindó con los cuernos y copas de hidromiel, soltó gritos y saltó de alegría. Sin embargo, Einar no se pudo unir a la celebración y salió del salón ignorando las protestas débiles que terminaron ahogadas por los festejos.

Lo cierto era que podía acabar de condenar a Holly a morir en un parto, al igual que a su futuro hijo, cuando se había prometido que jamás volvería a hacerlo.

Hacía una noche fresca, pero el aire frígido era justo lo que necesitaba para enfriar los pensamientos. Desde el oeste, la línea del horizonte que se veía sobre el mar aún brillaba con los tonos opacos de rosas, violetas y naranjas. Mientras Einar caminaba por la aldea en penumbras, inhaló los aromas a comida e hidromiel que se iban desvaneciendo al tiempo que en el aire empezaban a reinar los aromas a césped, mar y tierra húmeda. A una corta distancia de la aldea, vio un rebaño de ovejas que durante el día había estado pastando sobre la pendiente de una colina alta y ahora dormía. Un perro pastor le ladró mientras se aproximaba, pero comenzó a mover la cola al reconocerlo y volvió a descansar. Las ovejas

siguieron durmiendo sin percatarse de nada. A su alrededor, se oían los cantos de los grillos, y los zumbidos de varias moscas y mosquitos que volaban en círculos.

Esa compañía le haría bien. A lo mejor se quedaría dormido, pero lo dudaba. Se acomodó en el césped y miró el horizonte durante un instante prolongado antes de recostarse de espalda y clavar la mirada en el infinito cielo cubierto de estrellas.

¿Sería esa la ciudad de Asgard, el mundo donde vivían los dioses, donde el salón del Valhalla aguardaba a los valientes? ¿Podría Odín verlo desde allí? ¿Y Freyja? ¿Sería la diosa del amor quien lo había poseído esa noche para que acabara dentro de Holly?

Einar buscó otra explicación para entender por qué no se había podido controlar, por qué no había podido contenerse cuando durante los últimos ocho años lo había hecho sin ningún problema con otras mujeres. A menos que la respuesta no fuera la diosa Freyja, ni la magia de Holly, ni nada sobrenatural. La respuesta era que Holly era demasiado dulce, y él no había querido detenerse. Le había encantado sumergirse en ella una y otra vez. Le encajaba como una buena vaina. Y se había sentido como si estuviera haciendo el amor en el reino de los elfos y los dioses, y no en Midgard, en una cama de madera en una simple casa. Había sido como hacerle el amor a una diosa. Se sintió mejor que el hidromiel, mejor que un cerdo recién asado utilizando la receta de su madre. Había sido mejor que inhalar el aroma de una cosecha fresca. Y no se pudo detener.

A pesar de que había sido su error, Holly podría ser quien pagara por él con su vida.

Einar buscó los tres dijes que le colgaban del cuello. Uno era un Mjölnir de plata, el martillo de Thor que todos los nórdicos llevaban para protegerse. El segundo era un gato tallado en el colmillo de una morsa y era el dije que le había regalado Agdis. El gato era un símbolo del hogar, de una casa donde reinaba la paz. Agdis le había dicho que era para que siempre regresara a casa con ella. El tercero era una runa tallada en el centro de un círculo en el tronco de un abedul. Era ᚹ, *wunjo*, que significaba «alegría». La había tallado el

día en que nació Svanhild porque nunca en la vida había sentido una felicidad tan abrumante como cuando sostuvo a su hija envuelta en una pequeña manta. Fue como si hubiera estado listo para abrazar al mundo entero.

Al tocar el metal, el hueso y la madera con los dedos se tranquilizó. Fue como si pudiera absorber la fuerza y el apoyo que simbolizaban y despejarse la cabeza de Holly.

Detestaba saber que se marcharía y nunca sabría si había muerto o si tendría otro niño. Pero lo peor de todo era que no quería dejar de hacerle el amor. De hablar con ella. De observarla hablar con Svanhild. De mirarla a los ojos y sentir que todo a su alrededor dejaba de existir.

Einar se pasó toda la noche recostado intentando dormir con desesperación. Pero al igual que la mayoría de las noches en los últimos ocho años, el sueño lo evadía. Cuando por fin cerró los ojos antes del amanecer, los pastores llegaron para despertarlo con sus voces. Se incorporó para regresar a la casa y los sorprendió.

De seguro, la casa apestaría a hidromiel derramada y el sudor de la gente que dormía en una sala cerrada. Sin embargo, no llegó a la casa porque su esposa comenzó a marchar hacia él a un paso determinado y casi enfadado y con sus extrañas prendas de hombre puestas.

Se detuvo delante de él con el rostro pálido y hermoso y unos círculos oscuros debajo de los ojos. Era probable que ella tampoco hubiera dormido mucho más que él. Al verlo, frunció el mentón.

—Por fin te encuentro —espetó—. Te estuve buscando por todos lados. ¿Dónde estabas, marido?

Pronunció la última palabra con amargura, que la voz se le estremeció y casi se le quebró. ¿Acaso le había dolido que la dejara sola? El pensamiento le resultó perturbador, y apretó los labios para formar una línea tensa. No debería importarle si se sentía lastimada o feliz. Ese matrimonio no era real y acabaría pronto.

—¿Me echaste de menos en la cama, esposa? —le preguntó intentando ocultar el aguijonazo de la culpa.

—Sí —le respondió.

Einar parpadeó. No había esperado escucharla responder eso.

—Pero solo porque quería asegurarme de que estuvieras vivo, de que no te hubieras ahogado en hidromiel o de que los lobos no te hubieran devorado vivo.

Einar soltó un suspiro de alivio. Durante un instante, había pensado que en realidad deseaba que se quedara con ella como lo haría cualquier marido. Pero eso era mejor. Era mejor imponer cierta distancia entre ellos.

—¿Qué querías? —le preguntó.

Holly alzó el mentón e intentó ocultar el dolor apenas perceptible que reflejaron sus ojos.

—He cumplido mi obligación. Me casé contigo. Consumamos el matrimonio. ¿Me puedes enviar a casa ahora?

No era de sorprender. No veía la hora de escaparse de él.

—¿Ahora?

—Sí, hoy.

—Te he dicho que después de que Solver se marche.

—Pues, dile que se marche hoy.

Einar negó con la cabeza.

—No puedo echar a un invitado si quiero ser un buen anfitrión. En especial si es un hombre que envió el rey.

Holly parpadeó, se cruzó de brazos y se golpeó un dedo contra el brazo.

—Entonces miente. Busca un motivo.

Einar la estudió durante varios instantes.

—¿Qué ha cambiado? Ayer estabas dispuesta a esperar a que se marchara.

Holly se sonrojó.

—Ayer pensé que estaba haciendo un trato con un hombre decente. Pero anoche me dejó sintiéndome como una toalla usada sobre la que se masturbó.

Al decirle eso, los ojos se le llenaron de lágrimas, y Einar tuvo que contener el impulso de envolverla en sus brazos y besarla.

—Y lo cierto es que no necesito otro hombre que me trate de ese modo. Por más que nunca vuelva a verlo.

Si Loki se tragara un trol podrido y lo expulsara, Einar no hubiera podido sentirse peor que esa excreción. Se había comportado de

forma despreciable al abandonarla luego de lo que habían compartido. Un hombre honorable jamás hubiera tratado a nadie así, ni siquiera a una esclava. Mucho menos a su propia esposa.

Sin siquiera pensarlo, Einar alzó la mano para tomar la palma que Holly había escondido entre el brazo y el pecho. Tenía la piel fría y suave, como una piedra pulida.

—No fue mi intención hacerte sentir así, Holly. No eres ninguna toalla usada. Al ser mi esposa, me estás ayudado a mantener esta tierra y a esta gente a salvo. Te abandoné porque llevo un dolor en el corazón que no tiene nada que ver contigo.

Al oírlo, se le agrandaron los ojos y parpadeó varias veces.

Negó con la cabeza.

—Todos tenemos heridas en el corazón que no sanan bien.

Einar le cubrió la mano con las dos palmas.

—No puedo echar a Solver hasta que no decida marcharse. Y tú no te puedes ir antes de que se marche porque, de lo contrario, todo esto habría sido en vano.

Holly tomó una profunda bocanada de aire y se miró las manos que él le sostenía antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo. Pero debes prometerme que no volverás a comportarte como un patán. Y no te atrevas a desaparecer en medio de la noche.

Einar le soltó las manos. Las palabras le resultaron divertidas porque sonaba como una verdadera esposa.

—Mujer, aprende cuál es tu lugar —le dijo antes de darse media vuelta para dirigirse a la casa comunal. Holly lo siguió. La gente comenzaba a salir a la calle y los saludaba con rostros alegres y amistosos—. Te prometo que te trataré con honor mientras te lo merezcas. Pero no te daré ninguna explicación acerca de dónde me encuentro.

—¿Y dónde se supone que estabas? —le preguntó como si no hubiera oído las últimas palabras.

—Dormí con las ovejas.

—Pues, no duermas con las ovejas esta noche. Quédate en tu cama. Conmigo.

Einar asintió. En lo más profundo de su ser, añoraba estar en la misma cama que ella. Y se detestaba por eso.

CAPÍTULO

ONCE

2 5 de mayo

Holly se despertó enterrada bajo un brazo y una pierna cálidos como un horno y pesados como árboles. Aún estaba oscuro y tranquilo, por lo que debía de ser de noche, pero tenía la vejiga llena. Tenía que ir a la letrina que se encontraba en el exterior. Como no quería salir al frío, se acurrucó contra Einar, absorbió su peso e inhaló su aroma familia. Einar se movió en sueños y la abrazó.

Su marido. Bueno, en realidad solo estaba fingiendo. Jugaba al matrimonio como una niña. Oh, ¿estaba tan mal disfrutar tanto ese matrimonio?

Hacían el amor todas las noches, pero él nunca más acabó en su interior. Holly anhelaba que lo hiciera porque la satisfacción que le había producido el orgasmo compartido había sido trascendental. Quería más. Tenía comportamientos obsesivos, como el de terminar una caja de chocolates una vez abierta o el de mirarse una serie entera durante toda la noche a pesar de tener reuniones por la mañana. Pero ese deseo era mucho peor. Sin embargo, era su regla, y ella la respetaba.

Holly se retorció incómoda. Tenía que orinar. Miró a Einar, que dormía tranquilo, y con el rostro relajado y sin ninguna expresión

severa, se veía más joven. Se contuvo de estirar la mano y pasarle las yemas de los dedos por el rostro.

Le había contado que sufría insomnio, pero Holly no había notado ningún indicio de eso. Desde que comenzaron a compartir la cama, solía encontrarlo dormido cuando se despertaba por la mañana. Tras abrir los ojos, solía apretarle la erección contra la cadera y le hacía cambiar de parecer en cuanto a detestar el sexo por la mañana.

Holly rodó para apartarse de sus brazos y se puso de pie antes de colocarse el atuendo de lino y salir de la recámara al gran salón donde varias personas dormían y respiraban profundo en sueños. Acurrucados en sus rincones, los invitados, los criados y Svanhild descansaban.

Holly se apresuró a salir. El cielo había comenzado a aclararse en el horizonte, y la gente de la aldea se despertaría en unas horas.

Tras salir de la letrina, oyó un crujido en el césped que la hizo congelarse y volverse. ¿Sería el viento? Entrecerró los ojos y miró hacia la colina oscura, donde divisó las siluetas grises de las ovejas que dormían. El día anterior las habían llevado más cerca de las casas para que tuvieran césped más fresco en el que pastar. Oyó otra vez el mismo crujido y un gemido de dolor seguido de un silencio profundo.

Y entonces los vio y se le congeló la sangre. Eran siluetas oscuras que acechaban entre el rebaño de ovejas y avanzaban hacia la aldea. Y oyó los balidos molestos de algunos animales mientras las figuras los hacían a un lado.

Holly se agachó en el césped. Los hombres se estaban acercando a las casas. Veía las hachas y espadas que llevaban en las manos, y un destello de luz que se produjo cuando los hombres que encabezaban al grupo encendían unas antorchas.

Tenía que avisarle a Einar. Sin levantarse, se volvió y se escabulló hacia la casa rezando por que los atacantes no se percataran de su presencia.

Cuando llegó a la recámara, lo sacudió.

—¡Einar! ¡Einar!

Abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama sosteniendo una daga.

—¿Qué sucede?

—Creo que nos están atacando —le dijo en un susurro.

—¿Qué? ¿Qué has visto?

—Vi a un grupo de hombres muy cerca de la aldea. Van armados y llevan antorchas.

La expresión de Einar se endureció. Se incorporó de un salto y se subió los pantalones. Luego tomó el hacha y la espada.

—Son bandidos —dijo con los ojos grises casi negros en la penumbra de la habitación—. Les avisaré a los hombres. Quédate aquí.

Pero Holly no podía quedarse allí. Lo siguió con el corazón latiéndole desbocado y sintiendo el pulso en las orejas.

Einar se detuvo en el centro de la sala y dijo:

—Despierten. Nos atacan. —La voz sonaba alta pero tranquila y llegó a todas las esquinas. Todos se removieron y se despertaron—. Que las mujeres y los niños se queden dentro y los hombres tomen las armas y me sigan sin hacer ni el más mínimo ruido.

La habitación se llenó del susurro de las prendas y los roces metálicos de las armas mientras los hombres se vestían y se preparaban para luchar. Holly esperaba que las mujeres gritaran y los hombres maldijeran y escupieran. Pero esos vikingos no entraron en pánico. Hicieron lo que debían hacer, lo que el jefe les había instruido. La mayoría de las personas de su época hubiera temido un ataque. Pero ellos se mostraban tan fuertes y tranquilos como las piedras. Holly los respetó aún más.

Pero ¿Svanhild también estaba tranquila? Holly la encontró en su cama y se sentó a su lado. La niña estaba tensa y miraba a todos con los ojos abiertos de par en par. Era una niña fuerte y valiente. Holly le cubrió la mano con la suya para infundirle confianza.

Cuando los hombres salieron, Svanhild sacó las piernas de la cama y buscó el vestido.

—¿Qué haces? —le preguntó Holly—. Debemos quedarnos dentro.

—Mi gato, Loki —repuso la niña—. Debió haber huido. Tengo que encontrarlo.

—Svanhild, los hombres no están buscando robar un gato.

—Pero puede resultar herido en la batalla.

Ya vestida, se dirigió hacia la puerta sin volver a mirarla.

—¡Svanhild! —la llamó, pero la niña ya estaba afuera. Soltó una maldición por lo bajo y la siguió.

El día estaba mucho más claro, y Holly vio que los pastores llevaban a las ovejas al otro lado de la colina. Luego vio a Svanhild. En una parte alejada del camino, divisó a Einar acuclillado cerca de una casa rodeado de unos cuarenta o cincuenta hombres con los que hablaba en voz baja. Seguía con el pecho descubierto, y a Holly se le estrechó el corazón al ver la vulnerabilidad intrépida del cuerpo poderoso. Agachados, los hombres avanzaron hacia el pastizal. No veía a ninguno de los enemigos cerca. ¿Dónde se estarían escondiendo? ¿Habrían llegado a la aldea ya? ¿O habrían decidido llevarse a las ovejas? Sinceramente, lo dudaba.

Holly se agachó al lado de Svanhild.

—Mira, están a punto de luchar. Estoy segura de que Loki está en alguna parte de la casa. Regresemos adentro.

Pero Svanhild echó un vistazo entre las casas.

—¡Está allí! ¡Loki! —Echó a correr hacia una pequeña silueta que salió huyendo de inmediato.

—¡Oh, diablos! —maldijo Holly antes de seguir a la niña.

Veía al gato tonto que pasaba corriendo por delante de una casa y se escondía detrás de la esquina.

—¡Svanhild, detente! —gritó Holly con el corazón latiéndole desbocado por el temor y la preocupación. Si alguno de los atacantes se encontraba cerca… —¡El gato estará bien! Regresa.

Pero Svanhild siguió llamando a Loki y corriendo tras él. Colina arriba, detrás de las casas, se oían gritos, gemidos y los ruidos metálicos que cortaban el aire. Holly alzó la mirada. La batalla había comenzado. Vio la espalda descubierta de Einar al tiempo que le hacía un tajo a un enemigo. Y luego vio a Svanhild que se acercaba cada vez más a la batalla.

—¡Svanhild, detente! —le volvió a gritar.

—¡Aquí estás! —exclamó la niña arrodillándose—. ¡Te tengo!

Holly se detuvo a su lado con la respiración agitada. ¡Ay, gracias a Dios! La niña sostenía al diablo disfrazado de gato en los brazos y se lo apretaba contra el pecho.

—Bueno, regresemos a la casa —dijo Holly al tiempo que le echaba un vistazo a Einar para asegurarse de que se encontraba a salvo.

Los hombres se encontraban tan cerca que podía distinguir los rostros. A unos diez metros de distancia, vio a alguien que hizo que se le congelara la sangre. La cabeza afeitada con la trenza larga, los tatuajes y la barba tan tupida como el follaje de un árbol: Thorir Treebeard luchaba contra uno de los hombres de Einar y acabó matándolo.

Los primeros rayos de sol acariciaron el rostro de Holly en el momento exacto en que Thorir alzaba la vista hacia ella. El rostro del vikingo reflejó una expresión de sorpresa. Pero no tardó en entrecerrar los ojos como un predador y curvar el labio superior antes de bajar la cabeza para mirarla por debajo de las cejas. Dio unos pasos hacia ella y luego echó a correr como un lobo tras su presa.

—¡Corre, Svanhild! ¡Corre! —gritó Holly, y el miedo se le aferró a los músculos como un tornillo de banco frío. Si atrapaba a Svanhild… Si se enteraba de que era la hija de Einar… El terror le pesó en todo el cuerpo, le cerró las vías de aire y le oscureció la vista. Tomó a Svanhild por el cuello del vestido y jaló de la niña—. ¡Deprisa!

Entonces oyó un cuerno largo y sombrío, seguido de otro más corto. Holly miró hacia atrás. Thorir estaba de pie con la vista clavada en ella.

—¡Bruuuuuja! —rugió, y todos se volvieron a mirarlo.

Holly se tropezó y cayó. Se incorporó de un salto y jaló de Svanhild.

Con detenimiento, Thorir alzó el hacha ensangrentada y se la apuntó.

—Odín sigue esperando su sacrificio. Y se lo daré pronto.

Tras asegurarle eso, se volvió y echó a correr con todos los hombres de su banda. Einar y sus hombres los siguieron

arrojándoles hachas y lanzas, pero los enemigos se retiraron demasiado rápido.

Holly se inclinó y se apoyó las manos contra las rodillas. Sentía que los pulmones le iban a explotar de correr y del terror que le había producido ver a Thorir. Lo observó hasta que desapareció detrás de una piedra gigante.

La promesa de muerte pendía en el aire como una nube oscura. Qué vida más descabellada era esa. Nadie la había acechado en el siglo XXI.

—Ahora que sabe que estoy aquí, regresará por mí —dijo en voz alta—. Oh, cielos, te estoy poniendo en riesgo a ti y a Einar. Tengo que marcharme.

A Holly le dolía el pecho de saber que no se podía quedar más tiempo con Einar y Svanhild. Debía hacer lo que fuera necesario por regresar a su época.

CAPÍTULO

DOCE

2 8 de mayo

Luego del ataque, Einar se pasó todos los días recorriendo la isla en busca de Thorir y sus hombres, pero no encontró ningún rastro de ellos. Había visto a Thorir huir, y varios de los hombres de Einar le habían confirmado que el bastardo y algunos de sus guerreros no habían abordado los barcos. De modo que algunos bandidos seguían en la isla, pero era como si se hubieran disuelto en las colinas gigantes de piedras y arbustos perennes.

No había ningún indicio de fogatas ni de trampas para cazar ni tampoco de restos de animales. No había nada que pudiera ser un indicio de la presencia de algún forastero en la isla. Desde el ataque, había comenzado a llover, y eso no ayudaba, porque la lluvia lavaba cualquier huella. Todos los días, Einar regresaba a casa empapado, agotado y enfadado, pero el pensar que Holly lo aguardaba le infundía calor como el fuego en una fría noche de invierno.

Desde el ataque, Einar había puesto a más hombres a hacer guardias, y protegían la aldea de día y de noche. Les prohibió a todos salir de la aldea solos, y las mujeres solo podían ir si las acompañaba algún hombre. Las espadas y las hachas se volvieron el acompañante de todos.

La gente se tornó silenciosa, la alegría que le siguió a la boda quedó reemplazada por la preocupación y el temor. La gente estudiaba las calles y las colinas detrás de la aldea en busca de cualquier señal de amenaza.

Esa noche, en el gran salón no se oían casi voces. Los hombres apenas intercambiaron algunas palabras mientras comían. Einar observó a Holly sirviéndole hidromiel a Solver; ella estaba sentada cerca de Einar en la silla destinada a los invitados de honor. Solver alzó la mirada y le agradeció antes de hacer una broma relacionada con la felicidad matrimonial. Holly le devolvió la sonrisa y, a pesar de que Einar no tenía motivo alguno, sintió un aguijonazo de celos. Si tenía que ser sincero, no quería que le sonriera a ningún hombre que no fuera él.

Tan solo con su presencia, lo hacía sentir mejor. A su lado, podía dormir a la noche; había algo en ella que le resultaba tranquilizador y seguro. Quizás se debía a que sabía que la relación acabaría pronto y por eso podía ser él mismo a su lado.

Holly era la esposa perfecta. No quería niños ni podía tenerlos. Pero siempre estaba dispuesta a entregarse a él. Además, se había involucrado en las tareas del hogar, algo que Einar no esperaba que hiciera considerando que se marcharía pronto. Era una mujer lista y amable y sabía cómo instruir a los criados y darles instrucciones claras. Por su parte, los criados la respetaban y aceptaban su autoridad de buena gana. Se veía con claridad que no era la primera vez que lideraba a un grupo de personas.

La comida comenzó a saber mejor, las sábanas estaban más aireadas, y las prendas, más limpias. En ese momento, estaba actuando como una anfitriona, como una verdadera esposa. Había tomado a Svanhild bajo su ala, y las dos se entendían bien. Einar sospechaba que a Svanhild le agradaba más Holly que él. Desde la muerte de Agdis, los sirvientes y las mujeres que tenían algún tiempo entre manos habían criado a la niña.

Einar empezó a detestar la idea de que Holly se marchara. Si pudiera, la haría quedarse allí para siempre. Disfrutaba compartir la vida con ella, y el hecho de que no moriría durante el parto le resultaba reconfortante.

Einar siguió a Holly con los ojos mientras regresaba a su mesa, que se encontraba en el centro del salón, y le sonreía. Pero había cierta tensión en sus rasgos. Cuando le vertió más hidromiel en la copa y dejó la jarra sobre la mesa, soltó un suspiro y dijo:

—Solver me acaba de decir que disfruta mucho estar en las Orcadas y perseguir bandidos. —Negó con la cabeza—. ¡Y también disfruta la carne asada y los bollos que cociné! No se quiere marchar aún.

Einar se concentró en la arruga que se le formó en el entrecejo. Tenía los ojos opacos por la preocupación. Que Loki lo maldijera. Estaba molesta de que Solver aún se encontrara allí. Quería marcharse. De seguro no dejaba de contar los días para largarse de allí y se acostaba con él por diversión, así como se involucraba con las tareas del hogar para matar el tiempo. Y se relacionaba con Svanhild para disfrutar de la compañía de la niña. La epifanía hizo que se le retorciera el estómago hasta causarle dolor. No se quedaría. Jamás. Al comprenderlo, se le tensó el mentón y el vientre de ira.

—Los bollos están ricos —le dijo sin mirarla—. No me sorprende que quiera quedarse. ¿Es que tan ansiosa estás por marcharte?

¡Pero por todos los troles que habitan en el bosque, no debería haberle preguntado eso! Debería haber reprimido cualquier pensamiento relacionado con ese asunto.

Holly lo miró sorprendida y frunció el ceño. Bajo la luz acogedora de las lámparas de aceite, los ojos de color musgo se veían muy hermosos en contraste con el cabello rojizo.

—Eh… bueno, sí, tenía que marcharme hace un tiempo ya. He sido clara desde el principio. ¿Por qué lo preguntas? —El rostro se le suavizó y tragó con dificultad—. ¿O no quieres que me marche?

Einar tomó una profunda bocanada de aire. Algo en la pregunta hizo que se le disipara parte de la ira y le ardiera una sensación de esperanza en el pecho.

—Nunca dije eso —repuso con la voz ronca—. No… No pensaba que era posible que te quedaras. —Se detuvo con la garganta tensa—. ¿O me equivoco?

Holly abrió la boca y la volvió a cerrar como si intentara decir algo, pero no lograra hacerlo. No era un no. ¿Sería que lo estaba considerando?

Pero antes de poder responder, Svanhild se acercó a Holly con el gato en los brazos. La niña tenía los ojos rojizos, los párpados semicerrados, unos círculos oscuros bajo los ojos y el cabello de color miel enmarañado.

—¿Por qué no estás durmiendo, Svanhild? —le preguntó Einar—. Es evidente que estás cansada.

—No puedo dormir —respondió.

Se sentó en el banco al lado de Holly con el gato acurrucado en el regazo. Holly le sonrió con ternura y le frotó el hombro.

—¿Estás preocupada por algo? —le preguntó.

—Thorir Treebeard sigue suelto en algún lado.

A Einar se le tensaron los hombros. Era su culpa que su hija tuviera problemas para conciliar el sueño. ¿Por qué no había dado con Thorir aún? Holly intercambió una mirada con él. Ella sería quien tranquilizara a la niña, no él.

—¿Y si te lleva, Holly? —preguntó Svanhild—. ¿Y si nos dejas? He oído que eres de otra época. Que eres una bruja. ¿Es cierto?

Einar se tensó aún más.

—No es ninguna bruja —le aseguró.

De eso no tenía dudas. En cuanto a que venía del futuro… no sabía si se lo creía todavía. Parecía nórdica ahora que iba vestida como una mujer de la aldea con un vestido largo y un delantal con broches e hilos con cuencas; pero a menudo utilizaba su chaqueta. No obstante, había muchas cosas distintas en ella. Jamás había oído hablar de su manera de cocinar. Su manera de hablar le resultaba extraña en ocasiones. Las prendas con las que había llegado y el corte de cabello que tenía parecía más masculino que femenino. Todo eso podría significar que había dicho la verdad acerca de venir de otra época, pero él seguía sin creérselo del todo.

Holly se mordió el labio al tiempo que fruncía el ceño y se le formaba una arruga entre las cejas. Se obligó a sonreír y tomó la mano de Svanhild entre las suyas.

—Mira, tu padre no permitirá que Thorir te haga daño. Ni a ti, ni a mí, ni a nadie más.

Einar respiró con facilidad tras oír las palabras de Holly, que le quitaron parte de la tensión de los hombros. Se comportaba como una verdadera esposa.

—Y en cuanto a venir del futuro… sí, es cierto, pero no soy una bruja.

No mencionó la preocupación de la niña acerca de marcharse pronto, y Einar entendió por qué. Era la nueva madre de Svanhild, y si sentía algo por la niña, no quería que sufriera otra pérdida.

—¿Cómo es el futuro? —le preguntó Svanhild.

Holly sonrió.

—Bueno, es mucho más limpio, al menos en donde vivo. Soy de Orlando, Florida, que queda al otro lado del mundo. Es un sitio cálido, no tenemos inviernos, y siempre está soleado. Pero también hay unos animales grandes y peligrosos con mandíbulas gigantes llenas de dientes afilados. Se llaman caimanes y viven en los lagos. Pueden nadar y moverse en la tierra.

Svanhild soltó un jadeo.

—No te preocupes. Parecen aterradores, como una mezcla de lagartos y dragones, pero no hacen daño a menos que alguien quiera lastimarlos. Tu padre les daría una buena paliza —le aseguró al tiempo que le sonreía a Einar y hacía que se le derritiera el pecho. Einar soltó una carcajada suave, y su hija le regaló una sonrisa.

—¿Y cómo has llegado a dirigir la empresa grande de la que me hablaste? —le preguntó Svanhild a continuación—. Debes tener un gran ejército para haberla conquistado y poder protegerla.

Einar negó con la cabeza. Toda esa charla acerca de las empresas y los negocios que podía tener una mujer era de lo más extraña. Tanto así, que dudaba que Holly se lo hubiera inventado.

—No, tesoro, no usé ninguna fuerza para llegar a donde estoy, solo mi mente y el trabajo duro. Estudié mucho en la escuela y aprendí a escribir y a hacer cuentas. Luego fui a la universidad y estudié mucho más. Conseguí una pasantía y fui subiendo la escalera desde allí.

—Dices muchas cosas que no entiendo —señaló Svanhild—. Pero me gustaría aprender. Me gustaría leer, escribir y hacer cuentas. Ya sé contar.

—Si quieres, te puedo enseñar a escribir y hablar en inglés —le dijo—. Te puede resultar útil en el futuro, en especial aquí, en las Orcadas, tan cerca de los reinos donde se habla inglés… o al menos una versión del inglés.

Svanhild asintió con la cabeza entusiasmada. Que Loki lo condenara, pero tenía razón. Holly estaba siendo más práctica de lo que Einar hubiera deseado.

—¿Y tu familia? —le preguntó la niña—. ¿Tienes padres? ¿Has estado casada?

Einar se había preguntado lo mismo, pero no se había atrevido a preguntar por temor a sentir más cosas por ella de lo que había deseado.

—No —respondió Holly con voz temblorosa—. Nunca estuve casada, pero una vez estuve a punto de casarme. No he tenido suerte en el amor. —Se aclaró la garganta y miró a Einar—. Supongo que algo en mí no estaba bien o no era lo que los hombres deseaban en una mujer.

Einar no podía dar crédito a sus oídos. ¿Qué cosa en ella le podía parecer mal a un hombre? Era hermosa, fuerte, inteligente y capaz. Si decía la verdad, todos los hombres del futuro deberían estar dementes. Aunque no le gustaba pensar que en su vida pudiera haber otros hombres.

—Pero sí tengo padres —continuó Holly—. Pero al igual que tú, tesoro, no conozco a la madre que me dio a luz. Ni a mi padre. Mis padres me adoptaron cuando era bebé porque no podían tener niños.

Svanhild acarició a Loki.

—Ahora te tengo a ti, Holly —le dijo—. Para mí eres como la madre que te adoptó, ¿no?

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas mientras acariciaba la cabeza de Svanhild. Einar exhaló. Tenía suerte de que fuera tan bondadosa; cualquier otra mujer podría no haber sido tan amable con Svanhild. Ni siquiera deseaba imaginarse ese escenario.

—Supongo que sí —respondió.

Svanhild bostezó y apoyó la cabeza sobre la mano.

—¿Cómo viajaste en el tiempo, Holly?

Holly intercambió una mirada con Einar y sonrió.

—Te lo diré, pero luego debes ir a la cama, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Una anciana me llevó a un sitio en Escocia donde había un árbol con un huso tallado en él. Luego el huso se tornó dorado y cayó sobre mis manos. La mujer dijo que tenía que ayudar a un hombre. —Le echó un vistazo a Einar—. Así que supongo que aquí estoy, ayudando.

Einar se removió en el asiento. No le importaba que cuanto más contaba Holly, más verídica sonaba la historia. Si de verdad era del futuro, las posibilidades de que se quedara allí eran menores que si solo era picta.

—¿Ha sido una norna? —le preguntó Svanhild—. Las nornas tienen husos dorados.

—No lo sé —le respondió—. Quizás.

—Entonces tu destino es estar aquí. La norna te quiere aquí, con mi padre y conmigo.

Si era cierto que una norna la había enviado allí, Svanhild tenía razón.

—Supongo que sí, al menos por un tiempo.

A Einar le latió el corazón dolorosamente contra el pecho. «Por un tiempo». No para siempre.

—Bueno, jovencita, se ha acabado la hora de los cuentos. Es hora de irse a la cama.

Svanhild asintió con los párpados pesados.

—Está bien, Holly.

Holly le dio un beso en la mejilla, y Svanhild se fue a la cama con el gato acurrucado en los brazos.

Einar estudió a Holly mientras bebía un sorbo de hidromiel. ¿De verdad venía del futuro? Si hubiera sido de Sutherland, podría haberla persuadido para que terminara los negocios y regresara a su lado. Hubiera tenido esperanzas. Pero si había viajado en el tiempo, ¿consideraría quedarse con él?

—¿Te gusta tu vida allí? ¿En el futuro? —le preguntó.

Holly lo miró.

—Entonces ¿ahora me crees?

—Respóndeme, por favor.

Holly se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Sí, me gusta mi vida en el futuro. Es segura, y la medicina está muy avanzada. Hay doctores, curanderos, que pueden tratar muchas enfermedades y hacer cirugías increíbles. La gente vive con comodidad. Hay comida suficiente que se puede comprar en cualquier tienda durante todo el día. Tenemos automóviles y café. Se puede volar para estar en otra parte del mundo en poco tiempo. Las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres y hacen trabajos importantes. Como yo, que dirijo una empresa multimillonaria a la que debo regresar lo antes posible.

Einar la escuchó fascinado. Había cosas que no tenían sentido. ¿Volar? ¿La comida que se podía comprar todo el día? ¿Sanación avanzada? Todo sonaba como salido del reino de los dioses.

—¿Por eso quieres regresar? ¿Por la comodidad?

—Bueno, sí, claro. Pero también porque mi compañía se iba a fusionar con otra, y tenía que estar allí. Soy la directora de la empresa. He estado trabajando en la fusión durante tres años. Realmente, no he hecho más que trabajar durante este tiempo. No he tenido ninguna relación, no viajé… Estoy envejeciendo y no estoy ni en lo más mínimo cerca de tener una familia. Así que quiero ver los frutos de mi trabajo duro. Si no superviso la fusión, temo que no funcione. Sin mí, puede que todos estén con los pelos de punta. La policía me debe estar buscando. Mis padres deben estar locos de preocupación. Mis amigos…

Einar asintió con la cabeza. No se quedaría. Y saberlo, dolía.

—Además, Thorir me ha visto. Me está buscando. Creo que por eso se quedó aquí.

Einar apretó los dientes fuerte. No podía negar que debía marcharse. Que estaría más segura en su época, sin la amenaza de Thorir Treebeard. Bajó la mirada a la copa. Lo desgarraba pensar que pronto desaparecería de su vida. Tenía que volver a

acostumbrarse a estar solo. Tenía que dejar de engañarse y de aferrarse más a Holly.

—En ese caso, me aseguraré de que te puedas marchar lo antes posible —le dijo.

Y como no podía mirarla más a los ojos, porque le dolía demasiado, se puso de pie y salió de la casa. Esa noche dormiría en el pastizal.

CAPÍTULO

TRECE

30 de mayo

Los ojos de Einar... Los labios cálidos, suaves y duros al mismo tiempo sobre los de ella… El cuerpo grande, duro y cálido frotándose contra el de ella… El peso delicioso sobre ella… Holly sintió un estremecimiento al recordar los momentos íntimos, y el corazón le latió desbocado en el pecho. Cielos, echaba de menos a Einar. Había estado buscando a los bandidos durante varios días, y apenas lo había visto. Su ausencia era como un hueco oscuro que radiaba una sensación de vacío soso en su interior.

Holly chocó las manos para deshacerse de esos pensamientos y de la harina. Acababa de enseñarle al cocinero a hacer pan con levadura. Cuando había estado en pareja con Jack, había pensado que él sería el indicado. Y se había vuelto más doméstica; había tomado clases de cocina y nutrición para ponerse en forma para quedar embarazada, un deseo que creía que Jack compartía. Por eso había aprendido a hacer pan.

Los vikingos solo hacían pan sin levadura, ingrediente que solo utilizaban para hacer hidromiel y cerveza. La harina era bastante dura, no era el polvo fino al que Holly estaba acostumbrada. Había que molerla con una muela de molino y, para lograr que quedara lo

suficientemente fina, había que hacerlo varias veces. Ese era uno de los trabajos de los esclavos, pero Holly también lo había intentado no solo para ayudar sino para saber cómo era hacerlo, y los brazos le dolieron al día siguiente.

Admiraba a todas esas mujeres y esos hombres fuertes que hacían labores manuales todo el día sin la ayuda de ninguna máquina. Cortaban leña, fregaban las ropas en un arroyo cercano, molían harina, acarreaban agua y hasta tejían prendas. Holly quería ayudar. Esa gente había hecho mucho por ella, y sentía que podía agradecerles la amabilidad batiendo mantequilla, curando el queso, trabajando en el jardín o realizando otras tareas.

Además, eso la ayudaba a no pensar en Einar y en lo frío que se había mostrado desde la noche en que Svanhild le preguntó acerca del futuro. Desde esa charla, había dejado de dormir en la recámara y la evitaba por completo. El día anterior, se había marchado durante toda la jornada en busca de Thorir, y el anterior, había estado ocupado buscando más leña para almacenar. En la aldea escaseaba la madera porque ya habían utilizado casi todos los troncos que Einar había llevado, y en las Orcadas crecían muy pocos árboles.

¿Quién sabía dónde se encontraba ese día? No estaba en la casa comunal.

Holly intentó convencerse de que eso era lo mejor. Se estaba encariñando mucho con él. El sexo le volaba la cabeza, y cuando él se encontraba cerca, era como si todo el mundo girara a su alrededor. Como si fuera su eje y, sin él, todo fuera a desmoronarse. Y por encima de todo, lo echaba de menos. La necesidad de tenerlo a su lado le calaba hasta los huesos.

A través de la entrada al gran salón por la que se colaba la luz solar, se oyeron los gritos de los niños. Una de las voces era la de Svanhild, y algo en el tono de la niña iba mal. Holly se limpió las manos con una toalla y se apresuró a salir.

Cuando dio vuelta la esquina de la casa, vio a Svanhild con el rostro sonrosado, los puños apretados y las cejas fruncidas. A sus pies yacía una cesta con flores y plantas desparramadas por todo el suelo. Holly vio a dos niños de la misma edad parados al lado de ella. Uno era más alto y tenía el cabello como un nido de pájaros, y

el otro era más pequeño y con el cabello rojizo. Los reconoció a los dos. Los había visto en varias ocasiones en la aldea haciendo labores.

—¿Qué sucede aquí? —les preguntó.

Svanhild clavó la mirada en los zapatos.

—Nada.

Uno de los niños apretó los labios, y el otro frunció el ceño. Holly conocía esas miradas. Al fin y al cabo, la construcción y la urbanización era un mundo de hombres. Y los hombres a veces hablaban acerca de ella, la jefa, a sus espaldas, en especial los que ocupaban los puestos más básicos. Cuando entraba en la sala del personal y los encontraba con las manos en la masa, le resultaba satisfactorio y un poco doloroso a la vez. Le recordaba su secreto más oscuro: que en el fondo era diferente a ellos. Que era defectuosa al punto de que su propia familia la había rechazado. También sabía que esos hombres estaban celosos de que una mujer hubiera tomado lo que ellos creían merecer.

Y, en ese momento, los niños tenían la misma expresión en el rostro. Holly sintió la ira bullendo por dentro. Podían decir lo que quisieran de ella, pero no de Svanhild.

—Svanhild, ¿han hecho algo para que se te cayera la cesta? —le preguntó Holly.

La niña negó con la cabeza sin mirarla a los ojos.

—¿Qué han hecho?

Svanhild se rehusó a responder, y Holly se volvió hacia los niños.

—¿Qué le han hecho?

—Si dice que no hicimos nada, no hicimos nada —repuso el rubio—. Quizás es atolondrada y se le cayó la cesta.

Holly apretó los puños contra los laterales del cuerpo.

—Si no me dicen ya mismo lo que le han dicho, les soltaré una maldición.

Los niños se pusieron pálidos.

—¿Una maldición? —preguntó el más alto.

—Sí, los voy a maldecir para que se pongan verdes como un trol y ninguna niña quiera casarse con ustedes. Jamás.

—No nos puedes maldecir —señaló el de cabello rojizo, pero entonó la oración como si fuera una pregunta.

—Oh, te equivocas. Puedo. Y lo haré. He viajado en el tiempo para salvar al *jarl* y la aldea. ¿Así es cómo me lo agradecen? ¿Mintiéndome?

Como estaba acostumbrada al clima de Florida y siempre tenía frío allí, llevaba puesta la chaqueta de cuero. Se metió las manos en los bolsillos y buscó algún objeto moderno para asustarlos. De pronto rozó algo duro.

—¡Ajá! —exclamó, y los ojos de los niños se agrandaron de terror mientras rebuscaba en el bolsillo. Extrajo un objeto de plástico y se los apuntó como si fuera una espada—. Díganme la verdad. ¿Qué le han hecho a Svanhild?

Los niños miraban el objeto aterrorizados. Holly lo miró y se dio cuenta de que era una prueba de embarazo cerrada envuelta en un papel de plástico azul. El pecho se le tensó al pensar que probablemente jamás la utilizaría. Había comprado muchas pruebas de embarazo al comenzar los tratamientos de inseminación artificial y siempre solía tener algunas encima. Como tenía mucha ansiedad por saber el resultado, las había utilizado en el trabajo, en el hogar e incluso en el lavabo de algún restaurante. Esa prueba no era más que un último recordatorio. Aunque ahora quizás también sirviera para asustar a los niños.

—¿Me van a responder?

—Le dije que no era más que una niña tonta. Que no sabe hacer nada, excepto recoger flores y jugar con las muñecas. Nosotros hacemos todo el trabajo y debería mostrarse más agradecida y hacer algo por nosotros.

El enfado le produjo ardor en el estómago.

—¿Algo como qué? —preguntó sin perder los estribos—. ¿Qué querían que hiciera?

El niño más alto tragó con dificultad sin apartar los ojos aterrorizados de la prueba de embarazo.

—Que nos diera un beso por el trabajo arduo que hicimos.

Sintió que Svanhild se encogía. Holly estaba a punto de jalarles de las orejas a los niños y arrastrarlos hacia la casa de sus padres

cuando una sombra se ciñó sobre ellos.

—¿Querían que les diera un beso? —bramó una voz por encima de Holly.

Era Einar. Si antes había pensado que los niños le temían, no había visto nada. Los rostros se les tornaron blancos como el algodón y parecían a punto de caer muertos al suelo. Svanhild tenía un aspecto similar.

Einar tenía una expresión de furia desacatada con el labio superior curvado hacia arriba, las cejas unidas en una línea firme, y las fosas nasales dilatadas. Además, le latía una vena en la sien.

—¡Es la hija de su jefe! —gruñó—. Si se atreven a ponerle un solo dedo encima sin su permiso, si se atreven a decirle una sola palabra que la moleste, tendrán que lidiar conmigo. Ella no tiene por qué responder ante ustedes. ¡Ustedes responden ante ella! Si les pide que limpien el suelo con sus traseros, lo harán. Si les pide que caminen sobre las palmas de las manos, lo harán. Si quiere recolectar flores, recolectará flores. Ya les enseñaré a respectar a mi hija, a mi esposa y a todas las mujeres. Vengan conmigo, tontos.

Con una zancada, los sujetó de los cuellos de las camisetas y los condujo hacia una casa de la aldea. Sin embargo, se detuvo un momento y se dio media vuelta.

—Gracias por protegerla, Holly —le dijo con la voz dura, pero más suavizada—. Svanhild, si algo como esto vuelve a ocurrir, ven a decírmelo, ¿de acuerdo? Por Odín y Thor, qué rápido que estás creciendo.

Tras decir esto último, se alejó a paso acelerado arrastrando a los niños. Holly soltó el aliento y miró a Svanhild. La niña miraba a su padre con la boca abierta.

—¿Te encuentras bien, tesoro? —le preguntó Holly.

Cuando por fin le devolvió la mirada, asintió con la cabeza.

—Sí. —Se arrodilló y comenzó a juntar las flores y las hierbas para meterlas en la cesta. Holly se agachó para ayudarla—. No he hecho nada, ¿sabes? —le confesó Svanhild—. Fui a recolectar las hierbas porque Bera me lo pidió.

—Oh, tesoro, ya sé que no eres perezosa. No tienes que justificarte conmigo. Esos niños son unos tontos.

—Quizás, pero no quería delatarlos. Sabía que no estaban siendo justos, pero no sabía qué decirles para que me dejaran sola. No sé qué está mal conmigo.

Holly la detuvo y la obligó a mirarla.

—No hay nada malo en ti, Svanhild. Tu padre tiene razón. Eres la hija del jefe. Y pronto, serás la hija del *jarl*. Tendrás voz y voto. Si alguien quiere lastimarte o hacer algo en contra de tu voluntad, les dirás que tu padre y sus hombres les arrancarán las orejas. O lo que sea que les hagan a sus enemigos.

Svanhild sonrió y enderezó la espalda.

—Está bien.

—Sí, está bien —repitió Holly—. No olvides quién eres. Tu padre pondría el mundo patas para arriba si llegara a pasarte algo.

Svanhild se acercó y la abrazó.

—Gracias. Si mi madre estuviera viva, me habría recomendado qué decirles a los bravucones. Mi padre solo me mira con el ceño fruncido. ¿Cómo se supone que aprenda estas cosas?

Holly abrazó a la niña y le dio un beso en la coronilla. Deseaba que su madre hubiera tenido ese tipo de discurso motivacional con ella en lugar de siempre señalar lo que había hecho mal.

—Simplemente no sabe cómo hablar contigo, tesoro. Te quiere mucho, aunque no sepa cómo demostrarlo.

Svanhild se volvió a arrodillar y continuó juntando las hierbas.

—Quizás. Pero sé que los dioses te trajeron a mí. Eres mi nueva madre y me enseñarás todo lo que me he perdido.

Holly se obligó a sonreír, aunque por dentro el dolor y la culpa le clavaron un aguijonazo. Porque, aunque a Einar no le importara si se quedaba o se iba, sabía que su corazón no sería el único en romperse cuando se marchara.

CAPÍTULO

CATORCE

I de junio

Era un atardecer tranquilo. El sol colgaba como el ojo rojo de un dragón entre las nubes rosadas y anaranjadas. El mar casi estaba calmo, e Einar inhaló una bocanada de aire fresco. A su lado, se encontraba su esposa sentada con la piel dorada a la luz del crepúsculo y los ojos brillantes. La había visto descender por la colina pequeña hacia el acantilado y la había seguido para asegurarse de que se encontrara a salvo. Holly se había sentado sin decir nada y había clavado la vista en el atardecer, por lo que decidió sentarse a su lado. Abajo en la distancia, el mar acariciaba la arena blanca con la misma suavidad con la que Einar deseaba acariciar a Holly.

—Gracias, Holly —le dijo—. Lo que has hecho por Svanhild… Debería haberla protegido. Debería hacer estado allí.

—Es una buena niña. —Holly sonrió—. Esos tontos necesitaban aprender una lección. Lo has hecho mucho mejor que yo.

—Y, sin embargo, has protegido a mi hija. Eres una mujer fuerte. Una loba.

Holly lo miró y se rio.

—¿Una loba? ¿Yo? Mi madre encontraría al menos veinte cosas para corregir en esa afirmación. Y, en esta ocasión, tendría que estar de acuerdo con ella.

—Y yo me aseguraría de que tu madre jamás pudiera decir nada en lo que a ti respecta. Por lo que dices, no parece que tenga una opinión que valga la pena de ti.

—Es la crítica más dura. —Holly soltó un suspiro—. Me pregunto cómo era mi madre biológica. Supongo que por eso vine a Escocia y comencé a investigarlo. Porque jamás sentí que estuviera completa. En el fondo, siento como si tuviera algún defecto del que me es imposible librarme y que por eso no tengo a mis padres biológicos. Como si hubieran tenido que deshacerse de mí. —Apretó los labios y bajó la mirada—. Y otras cosas.

—Si piensas eso, debes estar loca. Todo lo que has tocado desde que llegaste ha mejorado la vida aquí. Ha mejorado mi vida.

Sorprendida, lo miró. Y, de repente, se le formó una expresión de pérdida. Einar quiso pasarle la yema de los dedos por la frente para alisarle las arrugas que se le formaron y hacerla sonreír de nuevo.

—Solo estoy pagando mi deuda, Einar. No me puedo sentar y esperar a que me sirvan la comida. Pero si quieres mi opinión personal, tu gente podría trabajar de manera mucho más eficaz.

Einar alzó las cejas y se rio.

—¿Qué dices?

—Los criados podrían hacer muchas más cosas en menos tiempo.

—¿Cómo?

—Bueno, tienes a mucha gente trabajando en la cocina y, en este momento, todos hacen todo. Pero si creas una especie de sistema, todo iría más rápido. Por ejemplo, una persona podría pelar verduras, la siguiente las cortaría y la tercera trozaría la carne. Y ese principio lo podrías aplicar a todo lo demás: la huerta, la cosecha y el tejido.

Al comienzo, Einar pensó que era lo más extraño que había oído en su vida, pero cuando se lo imaginó, se dio cuenta de todo el tiempo que ahorrarían.

—Por todos los dioses, tienes razón —le dijo—. ¿Esa es una de tus ideas futuristas?

—Sí. —Holly le ofreció una sonrisa demostrándole alegría por el cumplido—. También podrías construir una chimenea.

—¿Una chimenea?

—Sí. En este momento, las fogatas llenan el salón de humo. El pequeño agujero en el techo es lo único que permite que salga el humo. Una chimenea es como una torre grande encima de la fogata y canaliza el humo de la fogata hacia el techo. Es segura y habría mucho menos humo en el interior.

Einar la miró atónito.

—Tienes que enseñarles a mis hombres cómo construirla antes de marcharte.

Una expresión de tristeza le atravesó el rostro al oír la última palabra, pero se desvaneció pronto.

—Claro que sí, Einar.

Einar no quería pensar en el momento que lo dejaría.

—¿Qué más puedes recomendar?

—Bueno, tienes un problema al no tener demasiados árboles por aquí, y necesitas el fuego. He oído que en Irlanda hay mucho césped y turba. ¿Sabes lo que es?

Al oírla se quedó perplejo. ¿Cómo no se le había ocurrido a él mismo?

—Sí, lo sé. En Noruega utilizamos la turba de los pantanos. Debo enviar a algunos hombres a recolectar turba en las islas. Tus consejos, tu ayuda… valen más que el oro para mí. Ojalá… —se detuvo al ver que los ojos de Holly se encendían y ardían con esperanza.

—¿Ojalá qué? —le interrumpió.

Ojalá nunca tuviera que marcharse.

—Ojalá nunca hubiera dejado de besarte —le dijo y se acercó. El deseo caliente y codicioso que sentía por ella se le asentó en el vientre. Le cubrió la boca con la suya, y Holly lo recibió con un calor y un deseo que igualaban al suyo.

Más temprano, Solver le había dicho que se marcharía al día siguiente. A Einar se le había hundido el corazón hasta los pies al oír las noticias porque solo le quedaban unos pocos días con Holly, y la necesitaba más de lo que un barco necesitaba el agua.

—He sido un tonto al alejarme de ti —le susurró contra los labios—. Debería haber aprovechado cada oportunidad de estar contigo.

Holly frunció el ceño. ¡Oh, no! Estaba muy feliz sumergiéndose en su aroma delicioso y bebiendo el dulce hidromiel de sus labios.

—¿Por qué? —le preguntó.

¡Pero por las axilas apestosas de Loki! Había esperado poder hacerle el amor antes de compartirle las noticias.

—Solver se marcha mañana —le dijo permitiéndole deslizarse sobre el césped.

A Holly se le agrandaron los ojos y volvió a concentrarse en el mar.

—Ah —fue lo único que dijo.

Sin embargo, no se movió.

—¿No estás apurada por ir a reunir tus pertenencias y estar lista para marcharte lo antes posible? —le preguntó.

Holly negó con la cabeza como si intentara despejarse un sueño.

—No sé cómo despedirme de Svanhild.

Sin dudas, su pobre hija quedaría devastada. Holly habría sido una madre maravillosa para la niña. El pensamiento le produjo un aguijonazo en el corazón.

—Tendrás que hablar con ella —agregó Holly—. Apoyarla. No tiene a nadie con quien hablar.

Era cierto, y Holly estaba dándole donde más le dolía.

—Mujer —le dijo jalándola hacia él—, en este momento lo último que tengo en la mente es hablar.

La volvió a besar con más profundidad. La necesitaba. Sentía un hambre voraz por ella. Con la lengua, le separó los labios y se deslizó en su boca. Holly lo recibió con la lengua juguetona. Lo provocó y lo mordisqueó hasta encenderle el deseo y esparcírselo por la sangre como un incendio forestal.

—Te deseo, Holly —gruñó—. ¿Sientes cuánto te deseo?

La levantó en el aire para acomodársela sobre el regazo de modo que el sexo de ella quedara apretado contra el suyo. Holly movió la pelvis y le generó una ola de deseo ardiente al rozarle el miembro. En respuesta, Einar soltó un largo gemido.

—Mmm… —Oyó el sonido que le salía de la garganta.

—Te gusta eso, ¿no? —le preguntó antes de mirar hacia la aldea. Se encontraban lo suficientemente lejos como para que nadie los viera a menos que fueran a buscarlos. Pero Einar se rehusaba a permitir que nadie viera a su esposa desnuda. Su cuerpo era solo para él.

—Tengo que tenerte ya mismo —le dijo.

—Qué atrevido. —Holly sonrió—. Pero me gusta que seas atrevido.

Einar sonrió y bajó la cabeza a los senos. Le tomó uno en cada mano y los masajeó con suavidad antes de llevarse un pezón a la boca y succionarlo a través de las dos capas de tela y humedecerle el vestido.

—Oh, cielos, qué excitante… —gimió echando la cabeza hacia atrás.

Einar continuó con el juego de seducción. La succionó, la recorrió con la lengua, le mordisqueó el pezón y la volvió a succionar. Holly gimió y gruñó; emitía los sonidos más excitantes que había oído y lo instaba a repetir el proceso con el otro pecho. Luego le enterró las manos en el cabello y le produjo un placer que le recorrió todas las venas.

Con una mano, le recorrió la pierna larga y esculpida que tanto adoraba y, cuando llegó al sexo, le apoyó la palma allí. Le separó los pliegues con delicadeza arrancándole un jadeo y encontró el punto más sensible de su cuerpo. Holly tuvo dificultades para respirar y le enterró los dedos en la espalda al tiempo que él le dibujaba círculos sobre el capullo, y así Holly comenzó a mover las caderas contra él y a retorcerse de placer. Einar le introdujo un dedo en la profundidad cálida y notó satisfecho que estaba húmeda y lista para él. Acto seguido, se abrió los pantalones y liberó el miembro duro.

—Estás lista para mí —le dijo.

—Oh, sí —le aseguró con un gemido.

Se levantó un poco para permitirle acomodar la erección contra su entrada. Mirándola a los ojos verdes, la penetró. La sintió dulce y estrecha. Holly jadeó al tiempo que el cuerpo se le tensaba de placer

y comenzaba a montarlo. Einar se hundió en la profundidad de sus ojos sin dejar de embestirla y moverse al ritmo de sus caderas.

Eran perfectos: su sexo estrecho le envolvía el miembro, el cuerpo de senos suaves y redondeados lo deseaba. Y Einar estaba feliz de complacerla. Le daría todo lo que quisiera todos los días de su vida.

Aceleró el ritmo. Las cuatro noches sin ella habían provocado que no pudiera saciarse. Holly también aceleró el ritmo, y los gemidos se convirtieron en súplicas mientras lo envolvía en su interior estrecho y cálido.

Pronto, oyó los sonidos dulces y agudos que hacía antes de llegar a la cima del placer, y supo que llegaría con ella. Necesitaba tener cuidado y salir a tiempo.

Una embestida. Dos. Tres…

—¡Aaahh! —exclamó, y los músculos se convulsionaron a su alrededor al tiempo que el orgasmo lo invadía como una ola gigante.

Tenía que salir… Un momento más. Aún tenía tiempo… Pero el cuerpo se le estremeció mientras se aferraba a ella, y ella a él. Y volvió a derramarle su semilla en el interior.

Detestaba perder el control. Pero, por todos los dioses, qué bien se sentía cuando se convulsionaba en sus brazos y él la seguía embistiendo en busca de su propio placer.

Más tarde se sentiría de lo más enfadado consigo mismo. Ya podía sentir la tensión oscura de la ira creciendo en algún punto de su interior.

Pero por ahora, por ese momento, lo hizo a un lado.

Y mientras se mecían en los brazos del otro como las ramas de un árbol bajo una suave brisa, Einar le susurró:

—Ojalá pudieras quedarte.

Esperaba que no lo hubiera oído, pero el corazón le dolió al oírla susurrar:

—Sí.

CAPÍTULO

QUINCE

2 de junio

El muelle estaba atestado de gente. El viento soplaba fuertes ráfagas contra el rostro de Holly, y le aliviaba las náuseas que había sentido desde la noche anterior. De seguro, el arenque grillado le había caído mal. No había querido comerlo. Olía demasiado fuerte y no se veía fresco. Pero tenía que comer algo, y era el arenque o *skyr*. Y detestaba el sabor intenso del yogurt noruego.

Inhaló el aire fresco y frío y se sintió mejor en el acto. Tenía que mantener la compostura y verse como la esposa perfecta del jefe. Esa sería la última ocasión que tendría de hacerlo porque, al final del muelle, varios hombres arrojaban las bolsas y los cofres con comida y las pertenencias personales de Solver a un barco, junto con el tributo que Einar le enviaría al rey Harald. Por fin Solver se marchaba.

Einar estaba de pie al lado de Holly mientras Solver examinaba las bolsas que le colgaban del cinturón en busca de algo y le decía palabras sabias a Einar. Al futuro *jarl* no parecía importarle nada de lo que el escaldo le dijera. Tenía el ceño fruncido y los ojos ensombrecidos. Se veía tan gris y temperamental como el cielo. Cerraba y abría los puños, y, cuando Holly le colocó una mano

encima, notó que tenía la piel fría por primera vez desde que lo conoció.

La miró e inhaló profundo y mientras soltaba el aire, el rostro se le relajó un poco.

—Aquí tienes —dijo Solver—, lo encontré.

Le entregó un colgante con un pendiente, y Holly lo tomó para observar la cadena gruesa de plata y el Mjölnir. Era evidente que era una pieza masculina.

—¿Es tuyo? —le preguntó.

—Sí, pero tengo uno del rey. Acéptalo. Es para la suerte. Eres una viajera en el tiempo que se ha casado con un *jarl* nórdico. —Se rio—. Vas a necesitar la protección de Thor, en especial mientras Thorir siga suelto.

Holly le ofreció una sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora. Tengo que caerle en gracia a la esposa del *jarl* de las Orcadas. Además, quiero agradecerte por los bollos y todos los bocadillos excelentes que has preparado.

—Muchas gracias, Solver. —Quería abrazar al hombre de rostro joven y alegre que la observaba con mucha bondad. El escaldo hizo una reverencia y acto seguido se arrodilló delante de Svanhild, que estaba de pie al lado de Holly.

—Cuida a tu padre —le dijo— Te necesita. Ten —añadió y le colocó algo en la palma—, es una antigua moneda gruesa de plata que proviene de la península ibérica. La obtuve en una misión comercial muy rentable. Es para que saborees la aventura. A lo mejor un día vayas a conocer la península.

—Ya es suficiente, Solver —lo interrumpió Einar—. Las únicas aventuras que tendrá serán seguras.

A Svanhild se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Que Odín te acompañe en el viaje.

El escaldo se detuvo delante de Einar. Era más bajo que el futuro *jarl*, pero más alto que Holly. Sin embargo, eso no era de sorprender. Todos tenían estatura más baja que Einar.

Solver le apretó los hombros con las dos manos.

—Te deseo suerte, Einar, *jarl* de las Orcadas. La vas a necesitar. Atrapa al bastardo de Thorir. Lamento tener que marcharme y no poder ayudarte en la misión, pero Harald me está esperando, y no quiero darle ningún motivo para venir aquí en persona. La mujer que tienes a tu lado es algo bueno. Que Freyja y Frigg los bendigan con muchos niños. Le diré a Harald que se ha cumplido su voluntad en cuanto a las Orcadas.

Holly casi podía oír los dientes de Einar rechinar. Los dos hombres se dieron un abrazo de oso y se dieron unas palmadas fuertes en la espalda. Luego Solver dio un paso hacia atrás.

El barco estaba cargado y listo para zarpar.

—Relataré un buen poema acerca del *jarl* de las Orcadas y su esposa.

—Que Ran y Aegir te brinden un buen viaje —le deseó Einar mientras Solver avanzaba hacia el barco.

A Holly se le estrujó el corazón. Era difícil despedirse de Solver porque eso significaba que pronto ella misma tendría que despedirse de todos. Incluida Svanhild. Y Einar. ¿Por qué sería que el pensamiento le dolía como si una pared de hormigón la estuviera aplastando?

Al cabo de unos instantes, el barco se encontraba lejos y la gente comenzó a regresar a la aldea. Los centinelas no dejaban de arrojar miradas alertas alrededor.

—Te llevaría a Escocia en persona —dijo Einar con un tono tan suave que la sorprendió y tan triste que hizo que el estómago se le tensara de dolor—, pero con Thorir acechando cerca, no puedo dejar a mi gente. Sin embargo, lo más seguro será que te marches lo antes posible. El barco estará listo en tres días. Tu deseo se cumplirá.

—¿Tres días? —repitió. Pero lo que en realidad quería decir era: «¿Tan pronto?».

—Sí —le confirmó antes de comenzar a andar a paso acelerado hacia la casa.



A LA GENTE le agradaba Solver. Era una buena fuente de entretenimiento, por lo que Einar supuso que no era de sorprender que muchos anduvieran con expresiones tristes en el rostro durante el resto del día.

Einar y Holly estaban pasando por el vestíbulo, que se encontraba calmo y oscuro mientras la gente se preparaba para dormir. El olor de la cena aún pendía en el aire.

—¡Holly! —la llamó Svanhild desde la cama. Einar se detuvo al igual que Holly, y los dos miraron a la niña. Le dolió darse cuenta de que, a pesar de ser el padre de la niña, ella nunca lo llamaba a él.

Holly le tomó la mano y lo condujo hacia la cama. Svanhild tenía la manta apretada contra el mentón y se veía preocupada.

—¿Qué sucede, tesoro? —le preguntó Holly—. ¿Está todo bien?

Svanhild se sentó en la cama.

—Disculpa, padre. Solo quería hablar con Holly.

Eso le dolió aún más, como si un puño le estuviera estrujando el corazón. Pero era su culpa. Asintió y se volvió para marcharse, pero Holly lo detuvo y lo hizo girar hacia su hija.

—Aguarda, quizás tu padre también pueda ayudar. ¿Qué sucede?

Svanhild se clavó la mirada en las manos.

—Te quería pedir si te podías quedar conmigo hasta que me duerma. Los bandidos siguen sueltos, Solver se ha marchado y estoy triste.

A Einar se le rompió el corazón. Su pobre hija. Debería protegerla mejor.

—Claro. Nos quedaremos hasta que te quedes dormida, ¿verdad, Einar?

Einar frunció el ceño. Jamás en su vida había puesto a dormir a su hija. Su esposa nunca le había enseñado cómo hacerlo, y se sentía como un oso gigante y torpe al lado de un ratón.

—No, será mejor que lo hagas tú —repuso.

—No, será mejor que te quedes. Svanhild quiere que te quedes, ¿no, tesoro?

Svanhild le ofreció una sonrisa.

—Sí, padre. No pensé que querrías quedarte, pero claro que puedes hacerlo. Será mejor si te quedas. Tú tienes un hacha.

Holly se rio, y Einar no pudo evitar sonreír. Asintió con la cabeza, y los dos se acomodaron en el suelo al lado de la cama.

—Recuéstate, tesoro —le dijo Holly—. Tu padre te contará un cuento para dormir.

—¿Qué has dicho? —preguntó Einar alarmado.

—Que le contarás un cuento. Ustedes, los vikingos, tienen muchos cuentos. Muchos mitos y leyendas de Thor, Loki, Freyja y otros dioses. Escoge uno que la calme y cuéntaselo. ¿Te gustaría oír un cuento, Svanhild?

La niña asintió con la cabeza entusiasmada.

—Oh, sí. Uno sobre Loki.

Einar se rascó la cabeza. Nunca antes había contado ninguna historia, se limitaba a oírlas. De seguro se sentiría incómodo, y Svanhild lo detestaría. No era un buen escaldo. Pero ¿dónde estaba Solver cuando lo necesitaban?

Soltó un suspiro. Siempre había disfrutado la historia acerca de cómo Loki logró que el poderoso dios Thor se vistiera de mujer y se casara con un gigante.

—Un día, el martillo de Thor, Mjölnir, desapareció —comenzó con voz nerviosa—. Thor era un guerrero muy poderoso, pero no sabía qué hacer. Necesitaba acudir a alguien inteligente. De modo que cuando descubrió que su martillo había desaparecido, fue a buscar a Loki.

—Loki —susurró Svanhild y acurrucó al gato. Einar solo divisó la nariz del animal asomando por debajo de las pieles.

Holly le sonrió y le apretó la mano.

—Loki le pidió a Freyja el abrigo de plumas que le permitía volar. Se lo puso y voló hacia el reino de los gigantes, donde descubrió lo que había ocurrido. El señor de los gigantes, Thrym, había robado el martillo y se rehusaba a devolverlo.

»—¿Qué quieres a cambio? —le preguntó Loki sabiendo que de alguna manera debía convencerlo.

»—A Freyja —respondió el gigante—. Me quiero casar con ella, la diosa de la belleza y el amor.

Svanhild soltó un jadeo, y Einar tuvo que suprimir una sonrisa. Por algún milagro, le daba alegría contar la historia. La voz se le

suavizó y comenzó a utilizar diferentes voces.

—Tras oír eso, Loki regresó a Asgard con las noticias, y Freyja se negó a casarse con el gigante. Pero Loki sabía que de alguna manera debía convencerla. Los dioses de Asgard se reunieron y sugirieron que Thor se disfrazara de Freyja y se pusiera un vestido de novia.

»—¡Qué buena idea! —exclamó Loki—. Y yo me disfrazaré de doncella. Recuperaremos el Mjölnir y mataremos al gigante que se lo robó.

»—¡No! —se negó Thor—. No me disfrazaré de mujer. Eso no es nada varonil.

Svanhild se rio.

—Loki es tan listo. —Acarició al gato. Como era la primera vez en su vida que la niña se reía o sonreía por algo que decía él, algo se le derritió en el pecho.

—Pero, por supuesto, Loki sabía que debía convencerlo, y pronto él y Thor se vistieron como mujeres y fueron a la casa comunal de Thrym.

»—¿Estás enferma, diosa? —le preguntó Thrym—. Te estás ocultado detrás de un velo, y tienes las cejas muy tupidas y… ¿Te ha crecido la barba?

»—Solo es un disfraz para protegerla de cualquier peligro en el camino —le aseguró Loki.

»—Me gustaría dar comienzo a la ceremonia —dijo Thor intentando que la voz le sonara lo más chillona posible—. Trae el Mjölnir para bendecir la boda.

»—Como desees, mi amor —accedió Thrym.

»Luego veinte gigantes trajeron el martillo. Mientras que Thor lo podía blandir con un solo brazo, ellos necesitaban muchos hombres para poder cargarlo. Y cuando el precioso martillo le cayó a los pies, Thor se inclinó para levantarlo y lo sintió dulce y familiar.

»—¡Esto te enseñará a no robar mi martillo! —exclamó al tiempo que se arrancaba el velo y le asestaba un golpe en el rostro horrendo al gigante.

»A continuación, volvió a blandir el martillo y mató a diez gigantes más. Con un movimiento más, el resto de los enemigos

yacía muerto. Thor se enderezó y soltó un suspiro de felicidad. Luego apuntó el Mjölnir a Loki, que miraba la escena con una sonrisa orgullosa.

»—Y más te vale que nunca más me hagas vestir como una mujer.

»Pero, a decir verdad, hasta un guerrero poderoso como Thor a veces necesita la ayuda de un Loki.

Svanhild soltó un suspiro y una sonrisa alegre le iluminó el rostro al tiempo que se le cerraban los ojos.

—Gracias, padre. Me encantó esa historia.

Einar le devolvió la sonrisa. Luego él y Holly se pusieron de pie y estaban a punto de marcharse, cuando le dio un codazo.

—Bésala —le dijo en un susurro.

—¿Qué has dicho?

—Dale un beso de buenas noches.

Einar tragó con dificultad. ¿Por qué sería que se ponía tan tenso y cavilaba tanto cuando se trataba de mostrarle a su hija cuánto la quería? Pero ese día algo había cambiado, como si el hielo se hubiera roto. Dio un paso hacia la cama, se inclinó y le depositó un beso en la coronilla por primera vez en ocho años. La niña olía a lavanda, a infancia, a algo inocente y querido. Algo que Einar creía haber perdido. Pero allí estaba. Lo había vuelto a encontrar, al igual que Thor con su martillo.

Le acarició la cabeza, y la respiración de la niña se tornó más profunda. Soltó un suspiro en sueños y se le suavizó el rostro.

Con cautela, Einar y Holly se dirigieron a su recámara. A Einar le dolió el corazón como si se le estuviera expandiendo hasta cobrar el tamaño de Midgard.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

4 de junio

MIENTRAS HOLLY CLAVABA la mirada en la ventana blanca, le temblaba la mano con la que sostenía la prueba de embarazo que en uno o dos minutos le indicaría si su vida cambiaría para siempre. Era un día cálido y radiante, pero hacía frío. Se estremeció y se acurrucó contra la chaqueta de cuero. Estaba detrás de la esquina de la casa comunal porque no quería aguardar el resultado en la letrina, pero quería privacidad.

Las náuseas no habían desaparecido. Por el contrario, el estómago se le daba vueltas con cualquier comida, excepto con el pan. A la vez, le habían empezado a doler los pezones y se le habían hinchado un poco los senos. Tenía dolores menstruales, pero eso era normal antes de tener la regla. Sin embargo, no la había tenido. No solía tener ciclos regulares, y ese era uno de los motivos por los cuales no podía concebir un bebé. A lo largo de los años, había leído todos los artículos, hilos en foros y libros de embarazo disponibles. Por eso sabía que los dolores parecidos a los menstruales eran uno de los síntomas del embarazo.

Tenía los pies helados y exhalaba estremeciéndose. Una de las líneas de la prueba apareció indicando que funcionaba bien. La

pregunta ahora era si la segunda línea vertical también aparecería para formar un signo de adición.

No podía mirar. No podía aguardar más. Tenía todo el cuerpo tenso y tembloroso. Cerró los ojos y se dejó caer contra la pared hacia el césped cálido por los rayos del sol. Tomó una profunda bocanada de aire y la soltó estremecida.

¿Y si estaba embarazada? ¿Acaso eso cambiaría el hecho de que se marcharía al día siguiente? ¿Cómo reaccionaría Einar? El *jarl* no quería más niños; era probable que perdiera los estribos.

¿Estaba lista para ver el resultado? ¿Había transcurrido un minuto ya? Sin lugar a dudas, se sentía como una eternidad.

Abrió los ojos y vio una línea celeste pálida que cruzaba la primera. Un signo de adición.

Holly jadeó y dejó caer la prueba sobre el césped. Con los dedos temblorosos, la recogió. Los ojos le ardían y se le nubló la vista, pero se apresuró a secarse las lágrimas para asegurarse de que no había alucinado. Miró con más cautela, se alejó la prueba y la giró para poder verla a la luz del sol. En efecto, allí estaba; el signo de adición no había desaparecido.

Se apoyó la mano en el vientre al tiempo que las lágrimas le caían de los ojos y se le formaba una sonrisa de oreja a oreja. Ya no estaba más sola. Estaba embarazada.

El pecho se le expandió como si le estuvieran inflando un globo dentro de los pulmones. El corazón le daba brincos de alegría, y sintió como si todo el cuerpo estuviera a punto de alzarse hacia el cielo y salir volando.

Aunque Einar no quisiera tener más niños, de todos modos, debía decírselo. A lo mejor cambiaba de parecer.

La idea la hizo ponerse de pie y echar a correr. Tenía que decírselo. Qué irónico que en Orlando no hubiera habido medicina moderna que la ayudara a lograr ese objetivo y que allí solo hubiera bastado una noche con un vikingo.

Sabía que ese día estaba de guardia al otro lado de la aldea.

—¡Einar! —lo llamó—. ¡Einar!

Al oírla, el enorme gigante apareció por detrás de una de las casas y echó a correr hacia ella sin cavilar al tiempo que los ojos

buscaban una fuente de amenaza.

—¿Lo has visto? ¿Dónde está? —le preguntó al tiempo que estiraba la mano para extraer el hacha del cinturón.

Holly se lanzó a sus brazos y le enterró el rostro en el pecho de modo que las lágrimas le empaparon la túnica blanca de lino. Einar la abrazó con un brazo sin bajar el hacha que sostenía con el otro.

—¿Qué sucede? ¿Quién te lastimó? —La soltó y le colocó un dedo sobre el mentón para alzarle el rostro—. ¿Quién se atrevió? Dímelo y le cortaré los testículos.

Holly negó con la cabeza.

—Nadie. Es solo que… —Respiró profundo—. Durante toda mi vida pensé que había algo mal en mí. Que era defectuosa. Mis padres biológicos no me quisieron y me pusieron en adopción. Mi madre siempre señalaba todo lo que podía hacer mejor. Y los hombres… todos acabaron dejándome.

Einar suavizó la mirada, y el sol le iluminó el cabello con mechones rubios oscuros y cobres.

—¿Qué dices? Esos hombres fueron unos tontos. Si fueras mía… —Se interrumpió y bajó la mirada—. Si no te marcharas mañana, jamás te dejaría ir.

Holly parpadeó con el corazón lleno de dolor, el cuerpo a punto de derretírsele y las lágrimas rodándole por las mejillas.

—¿Qué estás diciendo?

—Confieso, Holly, que hace dos días que no puedo respirar. Que la sola idea de que te marches para siempre… es como si Odín me estuviera perforando el corazón con su lanza. —Exhaló alto—. Quiero que te quedes. Que seas mi esposa. Todo es mejor contigo aquí. Svanhild es más feliz. —Tragó con dificultad—. Yo soy más feliz. No podría desear una esposa mejor que tú. Quiero construir las Orcadas contigo.

Era como si la estuviera llenando de vida. La cabeza le daba vueltas, el estómago se le llenó de algo liviano, y unas burbujas de alegría le produjeron cosquillas en el corazón.

¿Podía considerar quedarse? ¿Podía abandonar la vida que tenía en Orlando? ¿A sus padres? ¿A sus empleados? ¿A sus amigos? ¿Y qué había del hecho de que había un psicópata suelto en la isla que

la estaba buscando para asesinarla en nombre de Odín? No sería solo ella quien muriera, sino también su bebé. En Orlando, nadie quería verla muerta.

A pesar de todo, el corazón le susurraba que le encantaría quedarse, ser la esposa de Einar y criar dos niños con él: a Svanhild y a ese bebé que venía en camino. Le tomó el rostro en las manos y le dijo:

—Creo que me quedaría, Einar.

Einar dejó caer el hacha, la tomó en los brazos y la giró en el aire enterrándole el rostro en el cabello. Al cabo de unos instantes, la depositó sobre el césped.

—Te prometo que ese desecho de trol de Thorir no te tocará ni un pelo de la cabeza. —Se aferró al pendiente de Mjölnir.

—Pero aguarda, hay más —le dijo. Oh, cielos, estaba a punto de decirle al padre de su bebé que estaba embarazada. Sabía que Einar no iba a estar encantado con la noticia, pero quería que se quedara. De seguro, estaría bien con el embarazo. Era un hombre amable. Jamás la abandonaría por un embarazo.

—¿Qué sucede?

Extrajo la prueba de embarazo del bolsillo, se aseguró de que el signo de adición siguiera estando allí y se volvió para mirar a Einar.

—¿Qué significa esa runa? —le preguntó.

—Que estoy embarazada —le respondió casi en un susurro.

Tras oír la respuesta, la sonrisa se le desvaneció del rostro y quedó reemplazada por una expresión de confusión y luego, enfado. Rápidamente se transformó en furia pura, pero Holly también avistó un dejo de temor.

—¿Qué has dicho? —bramó.

—Esto es una prueba de embarazo. La he traído de mi época. Acabo de hacérmela, y demuestra que estoy embarazada.

Con el rostro cenizo y el labio superior curvado, Einar dio un paso hacia atrás.

—No —dijo.

—Sí.

—¿Cómo puedes estar embarazada? No puede ser mi hijo.

—Por supuesto que lo es. No he tenido sexo con nadie más que tú.

—Pero nos casamos hace dos semanas. Necesitas dos meses para saber…

—No, esta es una prueba de embarazo temprana y muestra…

Einar rugió y cerró las manos en puños al tiempo que se le oscurecían los ojos como si algo terrorífico lo acechara desde lo más profundo.

—No, no me puedes hacer esto —determinó—. Dijiste que no podías tener hijos.

—Estaba equivocada —susurró—. Solo te necesitaba a ti. Es un milagro, Einar.

Pero el *jarl* negó con la cabeza, con la mirada salvaje de un animal acorralado. El mundo de Holly se hizo añicos, y la liviandad, la calidez y la felicidad se evaporaron. El cuerpo entero le dolía.

—No quiero más niños. No quiero una esposa que quiera tener niños. He perdido al amor de mi vida en el parto, y hace mucho tiempo juré que jamás volvería a soportar eso. Pensé que eras perfecta. Dijiste que no podías quedar embarazada, y, aun así, no me quise arriesgar a derramar mi semilla en tu interior. Y ahora esto… —Se pasó los dedos por el cabello—. No puedo soportar que mueras dando a luz a ese niño.

Holly se estremeció, pero en esta ocasión no fue de nervios, sino de dolor avasallante.

Al final, el hombre que más le importaba en la vida, el que le acababa de decir que era perfecta, le había encontrado una falla. Y la falla era lo mejor que le había pasado en la vida.

Einar recogió el hacha y negó con la cabeza.

—Acabas de abrir las puertas del Helheim para mí.

Sin decir más nada, se marchó. Y Holly se deshizo por dentro. Se había equivocado. La felicidad que había compartido con Einar había sido una ilusión. Y, una vez más, la volvían a dejar y se sentía rechazada.

Pero en esta oportunidad no estaba sola. Tenía un bebé al que proteger, y el sitio más seguro para ese niño sería en su propia época, lejos de Thorir y todos los peligros del mundo de los vikingos.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Más tarde ese mismo día, Einar iba de camino a casa con las manos llenas de liebres y el corazón, de dolor. Había salido luego hablar con Holly, desesperado por distraerse de lo que más lo aterrorizaba en el mundo: conocer a una mujer que le importara. Y que esta corriera el riesgo de morir porque él la había dejado embarazada.

No quería pensar en Agdis ni en Holly, pero mientras colocaba las trampas y aguardaba la llegada de los animales, se le aceleró la mente, y los recuerdos más dolorosos salieron a la luz como las fresas más maduras en el bosque.

Recordó la alegría de sostener a Svanhild por primera vez, y el temor que lo embargó mientras Agdis daba a luz. Recordó cómo, durante el segundo parto, los dolores de su esposa habían sido mucho más intensos, tanto así que toda la aldea la oyó gritar. A pesar de las protestas de la partera, había entrado en la recámara. No había nada que lo asustara más que aguardar al otro lado de la puerta sin saber qué estaba ocurriendo, luchando contra un enemigo invisible sobre el que no tenía ningún poder: el destino.

Le había sostenido la mano a Agdis y le había secado la frente con un trapo frío y húmedo.

—El bebé es demasiado grande —había dicho la partera—. No logrará pasar.

El significado de esas palabras le cayeron encima como un árbol gigante y lo aplastaron hasta provocarle dolor en todos los músculos

y todas las extremidades con la agonía de mil muertes.

Si hubiera podido, hubiera muerto en su lugar. Hubiera llevado la carga, el dolor y la desesperación de estar atrapado en un cuerpo que no podía hacer lo que debía hacer. Pero lo único que pudo hacer fue permanecer a su lado, oír los gritos de dolor lacerante y aguardar a que muriera.

Y cuando por fin la perdió, tuvo que salir de la habitación con el cuerpo entumecido, el mundo en penumbras y mirar a su hija de dos años.

—Mamá… —comenzó la niña mientras masticaba la muñeca de madera que le había tallado ese año—. ¿Dónde está mamá?

A pesar de que era muy pequeña, pudo jurar que comprendía que jamás volvería a ver a su madre. Vio algo opaco en sus ojos antes de que rompiera a llorar. Y Einar se marchó. No soportó mirarla a los ojos. La niña necesitaba a su madre, no a él. Jamás lo necesitaría.

De ninguna manera podría volver a atravesar por eso con Holly ni permitir que Svanhild lo hiciera. Ese sería su fin.

Sería mejor que Holly se marchara, que regresara a su época. A juzgar por lo que le había contado, los curanderos podrían ayudarla. Ella y el bebé vivirían. Y Einar prefería saber que se encontraba bien y a salvo en otra época, con su hijo, a que se quedara a su lado y corriera peligro en el parto, algo de lo que jamás podría protegerla.

El sol se estaba ocultando en el horizonte cuando se acercó a la aldea.

—¡Einar! —lo llamó Lofarr, que hacía guardia en la aldea—. Por fin has regresado. No sabíamos dónde estabas.

—¿Qué sucede? —preguntó Einar desechando sus pensamientos y dejando que la furia y el temor de la batalla lo embargaran—. ¿Alguna novedad de Thorir?

—Hemos encontrado el sitio donde se esconden. Hay una cueva al otro lado de la isla. Habían salido a pescar, pero van a regresar pronto y podemos tenderles una emboscada.

—Por fin buenas noticias —dijo Einar—. Preparemos los caballos y vayamos a acabar con esos bastardos.

~

Holly observó cómo Svanhild tejía una suerte de croché con una aguja. El vestíbulo estaba en silencio, los criados limpiaban la cocina, barrían el suelo y guardaban los platos y cubiertos limpios en su sitio. La escena del hogar ordenado y las manos de Svanhild haciendo movimientos repetitivos la calmaba y le aliviaba el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Esa era su última noche con la niña que se había convertido en su hija… su última noche con Einar. La última noche en el lugar que la había aceptado con los brazos abiertos. En el lugar donde se sintió parte de una familia por primera vez en la vida.

Holly recordó la primera vez que había visto a Einar, cuando la salvó de Thorir. Luego recordó la boda, el beso apasionado que la había hecho arder de deseo. Y pensó en Svanhild y en lo mucho que quería a esa niña pequeña, amable y encantadora. Atesoró todos los momentos. Los iba a echar mucho de menos. Cuando regresara a casa, tendría que criar al bebé sola. Sus padres la ayudarían, pero jamás volvería a experimentar esa sensación de familia: de tener un marido e hijos. Solo podría contar con el trabajo y su bebé.

—Mira, Holly, no es difícil. Se llama «*nålbinding*», o red sin nudos. —La aguja que sostenía en la mano era gruesa y grande, hecha con algún hueso o marfil, y la niña movía las manos rápido—. Envuelves el ovillo en el pulgar, pasas la aguja por el hueco y formas uno nuevo, pero no lo cierras. Luego colocas la aguja en el nuevo hueco. Y así se forma esta cadena.

—Oh, tesoro, eres muy buena tejiendo. ¿Qué estás haciendo?

—Guantes para el invierno para mi padre. Luego le tejeré medias y un gorro para cuando vaya a cazar.

Holly sonrió, pero unas lágrimas le llenaron los ojos. «Para cuando vaya a cazar…». Las palabras de la niña le hicieron comprender que jamás lo vería cazar en el invierno. En ese momento, había partido en búsqueda de Thorir. Por fin habían encontrado el escondite del psicópata. Y al menos sabría que Svanhild no correría tanto peligro luego de que lo capturaran.

Einar había dejado a algunos guardias en la aldea, pero casi todos los hombres habían ido con él. Todos querían terminar con eso de una vez por todas.

Holly tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Estará muy fe…

De repente, la puerta se abrió de par en par, y se oyeron unos gritos femeninos que atravesaron el aire. Varios hombres se encontraban de pie en el marco. Eran figuras altas, con los rostros sucios y las barbas enmarañadas. Llevaban hachas y espadas cubiertas de sangre. Thorir.

Holly se puso de pie de un salto para escudar a Svanhild. Sintió el cuerpo pesado como el plomo y frío como una escultura de hielo.

—Dame la aguja, Svanhild —le dijo Holly sin perder la calma al tiempo que estiraba la mano por la espalda. La niña le hizo caso. Holly no solo tenía que protegerse a sí misma y a su bebé, sino también a Svanhild.

Thorir le clavó la mirada de predador.

—Te encontré, bruja. —Avanzó hacia ella con el hacha en las manos—. Por fin Odín tendrá su sacrificio.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Einar y sus hombres se escondieron detrás de los arbustos sobre la cima de las colinas durante mucho tiempo. Cada vez que las olas oscuras rompían contra las arenas blancas debajo de ellos, y nadie aparecía, la preocupación le formaba más nudos en la boca del estómago. Cuando la luna estuvo alta en el cielo estrellado y aún no vieron que nada se moviera en la costa, Einar supo que Thorir y sus hombres no regresarían esa noche. Lo que significaba que…

—Que Thor me embista con su martillo —maldijo Einar y se incorporó de un salto—. ¡La aldea! Están atacando la aldea.

Los hombres soltaron gritos de preocupación y enfado y salieron corriendo hacia los caballos. Se encontraban en el extremo opuesto de la isla. Jamás llegarían a tiempo, pero debían intentarlo.

«Tonto. Tonto. Tonto», parecían decir los cascos del caballo al tocar el suelo.

Se había dejado engañar con demasiada facilidad. Era como si no fuera un hombre adulto, un líder templado en las batallas, sino un niño. Un niño tonto e ingenuo que estaba a punto de perderlo todo, incluidos sus seres queridos. Svanhild, su única hija. Holly, la mujer por la que le dolía el corazón, la que su cuerpo demandaba, la que le nutría el alma. Y otro niño que aún no había nacido.

—¡Arre! —exclamó Einar clavando los talones en los laterales del caballo—. ¡Vamos, amigo!

Su bebé. ¿Sería un niño? Holly le había dicho que tendría tres hijos. Los ojos se le humedecieron. ¿Estaba lloviendo? No, el cielo

estaba despejado. Eran lágrimas. Apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que los sentiría partirse. Las sensaciones de impotencia, desesperación y furia le rugían en el interior, convirtiéndole los músculos en piedras mientras algo caliente y doloroso se le arremolinaba en el vientre. Debería haber enviado a Holly a casa ese mismo día.

¿Había alguna posibilidad de que los doce hombres que había dejado en la aldea pudieran proteger a todos? Si Thorir le hacía daño a alguien, Einar consideraría torturarlo con el método del águila de sangre.

En la aldea reinaba el silencio, los techos de paja y las casas de piedra se veían plateadas bajo la luz de la luna. En el aire pendía un olor a sangre apenas perceptible. Cerca de las primeras casas, dos de los hombres de Einar yacían muertos. Encontraron al resto muertos en la aldea y detectaron algunos indicios de batalla. En las calles, había heno, frascos destrozados, granos desparramados, huevos rotos y prendas hechas añicos y desparramadas entre los edificios. No cabían dudas de que los hombres de Thorir habían atacado y se habían marchado.

Con el hacha y el escudo preparados, Einar corrió hacia la casa. Tenía las extremidades rígidas del temor.

En el interior estaban las criadas de la cocina con cuchillos y horquetas en las manos. Una yacía en una cama con un golpe en la cabeza. La casa parecía como arrasada por una tormenta: las mesas y los bancos estaban dados vuelta, la comida y los utensilios de cocina desparramados por doquier y el aire lleno de olor a hidromiel derramada.

No había ninguna señal de Svanhild. Ni de Holly. Einar sintió que la tierra desaparecía debajo de sus pies, como si los gigantes hubieran cavado una cantera en el suelo y se hubiera caído en el abismo de la desesperanza.

Thorir se había llevado a sus chicas: a su mujer embarazada y a su única hija.

—Estaban vivas cuando se las llevó —le dijo Bera—. Me pidió que te dijera que puedes ir con oro para rescatar a Svanhild.

A Einar le temblaron las manos.

—¿Y mi esposa?

Bera bajó la mirada.

—Dijo que no fueras por ella, *jarl*.

De pronto, se encontró mirando en lo más profundo de un abismo eterno, oscuro y profundo. Era la locura que lo aguardaba si perdía a todos sus seres queridos.

Se volvió hacia sus hombres.

—Al barco. Ya. ¡Ya! No regresaremos hasta no encontrarlas, vivas o muertas.

Los hombres asintieron con expresiones sombrías.

—Y hasta no enviar a Thorir al Helheim.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Navegaron durante mucho tiempo. El viento hacía flamear las velas del *drakkar* que Thorir le había robado a Einar. Holly se acurrucó con Svanhild cerca del mástil y la abrigó con el tapado de piel que les habían dejado llevar. A pesar de que era junio, hacía frío en el mar.

—Todo estará bien —le susurró Holly a Svanhild, a pesar de que no creía sus propias palabras—. Tu padre vendrá a rescatarnos.

Le echó un vistazo a Thorir, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Has oído, Thorir? —le gritó con desprecio—. Vendrá a salvarnos.

Esperaba que corriera hacia ella y le diera una bofetada, como lo había hecho en la tienda de campaña. Pero continuó mirándola casi con pereza y le dijo:

—Eso espero.

Los hombres remaban a ambos lados del navío y le arrojaban miradas solemnes y cargadas. Holly guardó silencio. No había nada que pudiera hacer para liberarlas en ese momento. Aún tenía la aguja de Svanhild y tenía la certeza de que llegaría el momento de utilizarla.

Cuando llegaron al destino ya había amanecido. La isla era igual que cualquier otra de las Orcadas. Había una granja de tamaño considerable, una aldea con edificaciones redondas de piedra desparramadas entre las colinas verdes. Varias vacas y ovejas pastaban en lo alto de las pendientes. Pero como habían navegado

durante toda la noche, ¿podían encontrarse todavía en las Orcadas? Debían de estar en otro lado. ¿Sería parte de las islas Shetland? ¿Se encontrarían mucho más al norte?

Varios hombres y algunas mujeres caminaban alrededor del asentamiento con expresiones serias en el rostro y prendas desgarradas. Miraron a Thorir con temor y evitaron hacer contacto visual. ¿Qué sucedería si Einar no encontraba a Holly y Svanhild a tiempo? Holly se estremeció de solo pensarlo.

La encerraron con Svanhild en un cobertizo de piedra. No había ventanas, solo heno desparramado por doquier. Olía a tierra y animales.

Mataría a Thorir antes de permitir que le hiciera algo a ella o a Svanhild. Le atravesaría un ojo con la aguja… o quizás la garganta. Se volvió a estremecer. ¿Acaso estaba planificando un asesinato? Bueno, una madre hacía lo que fuera necesario para proteger a sus hijos. Lo que fuera necesario. Y ahora que tenía el regalo más precioso que había, un bebé creciendo en su interior, no permitiría que nadie lo lastimara mientras le quedaran fuerzas para luchar.

Svanhild y Holly golpearon la puerta y pidieron ayuda a los gritos, pero por supuesto que no ocurrió nada. Pasaron el primer día a solas. Recorrieron la puerta y cada esquina del cobertizo, pero no encontraron ninguna salida. Para distraer a la niña de la situación, Holly le contó más acerca del futuro. Le habló de los aviones, los coches, la televisión, las películas y la música. Svanhild le contó historias acerca de Einar y de su vida con el tío Rögnvald. Le habló de los primos que eran sus amigos, cómo había encontrado a Loki lastimado y abandonado en el bosque y lo había curado, y cómo el tío Rögnvald le enseñó a jugar *hnefatafl*.

Luego Holly perdió la noción del tiempo. Al final del primer día, la lámpara se había quedado sin aceite, pero al poco tiempo llegó una mujer con otra lámpara, comida y agua. A partir de entonces, acudió una vez al día para llevarles más suministros y vaciar las bacinillas. Holly intentó hablar con ella, pero era evidente que tenía miedo y mantenía la boca cerrada. Por eso, se movía con prisa y se marchaba lo más pronto que podía.

Debió de ser el quinto día cuando Holly oyó unos pasos pesados detrás de la puerta. No se trataba de los pasos de la criada que ya se había acostumbrado a oír. Holly y Svanhild se enderezaron, y Holly cerró los dedos sobre la aguja que llevaba en el delantal del vestido. Alguien quitó la barra que trababa la puerta, y cuando la puerta se abrió, vieron a un guerrero de pie en el marco.

El hombre entró y depositó dos cuencos con comida y una jarra de agua en el suelo. Luego se volvió hacia Holly. Siguiendo un instinto, Holly dio un paso hacia atrás, pero la mano fuerte le sujetó el brazo y la jaló hacia él. Svanhild se incorporó de un salto con una expresión aterrorizada en el rostro.

—Vienes conmigo. Thorir quiere verte —le informó el guerrero.

—Regresaré, Svanhild —le dijo a la niña por encima del hombro al tiempo que el hombre la arrastraba hacia el exterior—. No te atrevas a tocarla, ¿me oyes?

El hombre se limitó a soltar un gruñido. Una vez fuera, miró desesperada alrededor en busca de ayuda, pero nadie le prestó atención. Era como si fuera una cabra o una oveja a la que estaban conduciendo a algún sitio. Sin dudas, estaban acostumbrados a los esclavos. A lo mejor, esas personas eran esclavas.

—¿Qué quiere conmigo? —le preguntó mientras intentaba liberarse el brazo—. Suéltame. Ayúdanos a escapar. Le diré a Einar que nos has ayudado y te dará un tesoro y mucha plata. Jamás tendrás que ver a Thorir de nuevo.

—Cierra el pico —le ordenó.

La arrastró hacia la casa más grande, que tenía la mitad del tamaño de la de Einar. Thorir debía de encontrarse en el interior, de seguro rodeado por sus hombres. Si quería hacer algo para escapar, debía de ser en ese instante.

—Te voy a maldecir —le advirtió—. Ya sabes que soy una bruja, ¿no? Te voy a maldecir. Le pediré a la norna que teja en tu destino que tus partes masculinas se vuelvan verdes y se sequen. Nunca podrás…

El golpe que le asestó en la nuca hizo que le sonaran los dientes. Holly se frotó la cabeza. Al parecer, pretender que era una bruja solo

funcionaba con niños pequeños. Pero ¿dónde estaba la prueba de embarazo cuando la necesitaba?

Ingresaron en la casa, que estaba tenuemente iluminada y, al igual que todas las casas de las Orcadas, no tenía ventanas. La habitación estaba llena de hombres que comían. En el aire pendía el olor acre a cuerpos sucios mezclado con el aroma fuerte y dulce del hidromiel.

Al otro lado de la habitación, Thorir estaba sentado en una silla grande de madera que parecía un trono. La silla estaba decorada con huesos de todos los tamaños y con las calaveras de algunos animales. Hasta donde podía ver, no había ninguna calavera de seres humanos, pero, aun así, sintió un escalofrío en la columna vertebral. Thorir se apoyaba contra el brazo de la silla y sostenía un cuerno con hidromiel en la mano. En cuanto entró, le clavó la mirada y esbozó una sonrisa lenta y perezosa.

Holly enderezó los hombros. No le daría la satisfacción de verla con miedo.

Thorir se puso de pie, le hizo un gesto de asentimiento al guardia, y caminó hacia la parte trasera de la casa. Al igual que en la de Einar, había una pared de madera y una puerta. Si quería estar a solas con ella…

Cuando la puerta se abrió, volvió a sentir un escalofrío. Ya había estado a solas con él, y Einar la había rescatado. En esta ocasión, habían pasado cinco días, y era probable que no las encontrara o que no llegara a tiempo. Pero todavía tenía la aguja.

Adentro había una cama grande, un hogar, varios baúles y una mesa pequeña con una silla. A Holly le dolían el cuello y los hombros de obligarse a mantener el mentón erguido. Sentía los pies pesados como el plomo, los pulmones se le contraían en búsqueda de aire y se le cerraban los puños.

El guardia se marchó de la habitación y la dejó a solas con Thorir, que llevaba una espada y un hacha. Además, había dos hachas y un escudo colgados de la pared. ¿Qué podría hacer una aguja de hueso contra esas armas y un sujeto que tenía el doble de su tamaño? Aunque podía tomar una de las hachas y… hacer lo que fuera necesario para salvar a Svanhild y a su bebé.

La idea le infundió fortaleza. Era una loba, se recordó. Einar se lo había dicho. Tenía que creer que su marido estaba en lo cierto.

—Bastardo —le dijo—. ¿Qué quieres de mí?

—Necesito que me cuentes algunas cosas. —Se acercó a ella e intentó sujetarla del brazo, pero Holly se apartó. Thorir la sujetó con fuerza, le hundió los dedos en la carne y la obligó a sentarse en una silla. Holly se llevó la mano al muslo, donde ocultaba la aguja, en el interior del delantal—. ¿Por qué tengo la sensación de que no me lo vas a poner fácil? —se preguntó.

Le tomó la mano y no se la soltó. Se la apoyó contra el brazo de la silla y le pasó una tira de cuero por la muñeca. Holly sintió la presión dolorosa contra la piel.

—¡Pero qué diablos! ¡Suéltame! —exclamó.

Ignorando las protestas, repitió el proceso con la otra muñeca, y Holly le asestó una patada en la espinilla. Thorir se cayó sorprendido y un pequeño hilo de sangre le manó de la boca. Sonrió entretenido, y cuando estaba a punto de incorporarse, Holly se puso de pie con la silla pegada a los brazos y movió el cuerpo para golpearlo. Thorir dio un salto hacia atrás y sujetó una pata de la silla y la sacudió. Al caer, la muñeca de Holly quedó en un mal ángulo bajo la silla pesada. Un dolor cegador se le expandió por todo el brazo.

Thorir volvió a acomodar la silla para que quedara sentada.

—Estoy disfrutando este adorable acto de desafío —le aseguró, y, a pesar de que la sonrisa se le había desvanecido, aún se veía relajado—. Pero estás empeorando las cosas para ti. No tendré piedad alguna para ti, bruja. Y no puedes ganar. Has perdido desde el momento en el que te vi. Me perteneces. Y haré lo que me plazca contigo.

Extrajo una espada corta y se la apuntó a la garganta hasta que la hoja fría se le clavó contra la piel. Tenía el rostro tan cerca del suyo, que inhaló el aliento a hidromiel. Los ojos celestes la perforaban. Sin quitarle la espada de la garganta, alzó la otra mano para quitarle un mechón de cabello del rostro con suavidad, y le produjo un escalofrío.

—Ahora me darás las respuestas que quiero. Y luego te enviaré de regalo a Odín. —Le tomó el rostro entre las manos—. Casi me

siento tentado de quedarme contigo. Mmm, eres una mujer hermosa y apasionada. Si te disciplino, solo puedo imaginar las noches que compartiría contigo.

Se arrodilló y comenzó a sujetarle los tobillos a la silla.

—Si mueves la pierna, tendrás una herida tan profunda que te desangrarás como una cabra. Primero vamos a hablar, y luego puede que me permita un bocado de ti antes de que Odín te tenga entera para él.

—Vete al infierno —le escupió.

—Hummm, no, prefiero ir al Valhalla. —Terminó de sujetarle las piernas a la pata de la silla y se enderezó—. Pues, bien. He visto mucho mientras me ocultaba en Mainland. Vi la cantidad de hombres que tiene Einar y las armas. Sé qué barcos tiene. Ahora tengo toda su plata y la mayoría de sus posesiones de valor, incluidas tú y su hija. Lo que aún no sé es qué tipo de acuerdo tiene Einar con el rey Harald. ¿Harald le enviará refuerzos? El enviado del rey, Solver, se ha marchado. Pero ¿va a regresar con más hombres?

Holly apretó los dientes.

—No te diré nada.

Cuando Thorir la abofeteó, la cabeza le salió disparada hacia la derecha. Los oídos le ardieron y sintió un dolor lacerante en la cabeza.

—Te equivocas —afirmó.

Holly se volvió hacia él.

—Púdrete en el infierno.

Esa contestación le costó otra bofetada en la otra mejilla. La golpeó con tanta fuerza, que la cabeza le dio vueltas del dolor punzante. Oh, cielos, ese dolor y ese estrés no podían ser buenos para el bebé. Pero no podía callarse la boca. Además, algo en ella le decía que, si se mostraba amable, guardaba silencio y actuaba de forma sumisa, empeoraría las cosas. Si quería proteger a su bebé y a sus seres queridos, tenía que hacerle perder los estribos para poder intentar matarlo. Si lograba escapar, Thorir jamás dejaría de perseguirla mientras viviera.

—¿Por qué se marchó el hombre del rey? ¿Ha ido a buscar más hombres? —gruñó Thorir. Estaba perdiendo la paciencia y se estaba

enfureciendo.

—¡Sí, por el amor de Dios! —exclamó—. Regresará con un gran ejército y…

—Mentirosa. ¿Crees que será mejor decirme lo que quiero oír?

Tomó la silla y la arrojó al otro lado de la habitación, con Holly incluida, como si no fuera más que un saco pesado. Holly salió volando, y el corazón se le subió a la garganta. Luego se estrelló contra una pared de piedra y se golpeó la cabeza y el lateral. El impacto la dejó sin aliento y ensordecida. La silla se rompió, y algo afilado le atravesó un lateral.

—Es inútil —oyó que mascullaba Thorir antes de abrir la puerta—. Tráiganme a la niña para que la bruja empiece a hablar.

CAPÍTULO VEINTE

9 de junio

En el transcurso de los últimos días, Einar y sus hombres habían recorrido cada centímetro de tierra de las Orcadas luchando contra los bandidos que Thorir había abandonado tras escapar. El día anterior, uno de los hombres a los que había herido, le informó con malevolencia que Thorir había encontrado una nueva base en una granja en las islas Shetland.

Einar era un tonto. Debería haber ido a las Shetland desde el comienzo. Las islas quedaban al norte de las Orcadas y de Bretland y, por ende, era menos probable que alguien las rigiera. Einar aún no había llegado allí. No le sorprendería que las islas estuvieran llenas de bandidos y de otras bandas, además de la que lideraba Thorir.

Ahora veía la isla en cuestión en la distancia. Einar divisó el barco que Thorir le había robado, el Oso Marino, anclado en el muelle.

—¡De prisa! —ladró, y los hombres remaron más rápido. La gente en la isla echó a correr para prepararse para luchar contra Einar y sus hombres.

—Atrapemos a estas porquerías —dijo Einar—. Encontremos a mi esposa y a mi hija.

El barco se golpeó contra el muelle. Los hombres recibieron una lluvia de flechas y alzaron los escudos para protegerse. Algunos soltaron gritos de dolor cuando las puntas afiladas les perforaron el brazo, pero, aun así, avanzaron.

Mientras se abrían paso entre las fuerzas de Thorir, perdieron a varios hombres. Los bandidos los superaban en número, pero iban desaliñados y mal alimentados en comparación con los hombres de Einar. En el aire resonaron los estrépitos metálicos del hierro contra la madera.

Einar tomó a un hombre del cuello.

—¿Dónde están mi esposa y mi hija? Si me lo dices, no sufrirás una muerte dolorosa.

El hombre señaló hacia la casa, y Einar le cortó la garganta como quien sacrifica a un animal intentando minimizar el sufrimiento lo más posible.

—¡A la casa comunal! —exclamó Einar, y los hombres avanzaron.

La puerta se abrió de par en par. En el interior, los hombres de Thorir formaban una pared protectora detrás de la cual se encontraban Thorir, Holly y Svanhild.

A Holly le sangraba la cabeza y tenía la mitad del rostro cubierto de sangre. Einar cerró los puños al ver la escena, y se llenó de ira y venganza. Svanhild se encontraba bien, solo asustada, y tenía los ojos abiertos de par en par. Thorir le apuntaba un *seax* y, al verlo, Einar sintió punzadas de temor como si le estuvieran clavando miles de agujas en el cuerpo.

—Solo tú, Einar —dijo Thorir sin apartar la espada de la garganta de Svanhild—. Debes entrar solo.

Einar escupió el suelo y miró a sus hombres.

—Mantengan los oídos alerta. Si oyen el más mínimo inconveniente, si me mata, entren. Deben proteger a Svanhild y Holly.

Tras decir eso, entró en la casa, y la puerta se cerró a sus espaldas.



A Holly le latía el corazón desbocado al ver a Einar en el marco de la puerta, con el rostro y la armadura de cuero manchados de sangre, el cabello húmedo, y una mirada que le prometía la muerte a Thorir. Había ido a buscarlas. Había luchado por ella y por Svanhild. La plegaria para volver a verlo, aunque solo fuera por un momento, se había vuelto realidad. Solo esperaba que se tratara de la sangre del enemigo y no de la suya.

Cuando la miró a los ojos, los de Einar reflejaban dolor, temor, esperanza y ternura. Todo se detuvo y le transmitió un mensaje invisible. Había ido por ella, por las dos, y no permitiría que nada malo les ocurriera. Pero debían actuar como un equipo, debía confiar en él. Al comprenderlo, Holly le hizo caso. El corazón le cantó en el pecho, se le expandió y se le aceleró.

Sin que nadie lo notara, se metió la mano que ya no tenía sujeta a una silla con una cuerda de cuero en el delantal. Con cautela, extrajo la aguja larga y gruesa. La guardaba en el delantal a la espera del momento indicado.

—Devuélveme a Svanhild y Holly —dijo Einar cuando la puerta se terminó de cerrar.

Thorir soltó una carcajada.

—¿Has traído el oro?

—Sí, está en el barco.

—Gunnar, ve a ver —instruyó Thorir, y uno de los hombres abandonó la formación—. ¿Cómo me encontraste?

—Uno de tus hombres te traicionó. Pero este debería haber sido uno de los primeros sitios donde buscar.

—Sí, pero supongo que no eres tan sabio como algunos creen. No eres tan sabio como lo sería un verdadero descendiente de Odín.

—Supongo que no —acordó Einar—, pero al menos no huelo a mierda de trol ni vivo en un chiquero.

El rostro de Thorir se tornó serio.

—Ya basta de bromas. Desármenlo.

Holly observó horrorizada cómo uno de los hombres de Thorir se acercaba a Einar, quien le entregó el escudo y la espada de buena gana.

—¿Solver regresará con el ejército de Harald? —le preguntó Thorir—. Tus mujeres se rehúsan a decírmelo.

Einar apretó la boca para formar una línea delgada.

—¿Tú le has hecho eso a Holly?

—No quería comportarse de manera amistosa.

—Pagarás por eso. ¿Quieres que Odín repare en ti? Pues, yo haré que lo haga. Un águila de sangre te llevará volando hasta él.

La sonrisa arrogante se desvaneció del rostro de Thorir, que ahora fruncía el ceño.

—No me amenaces. Tengo a tu hija y a tu esposa aquí.

Le apretó la hoja contra el cuello de Svanhild, y Holly cerró el puño sobre la aguja. No estaba lo suficientemente cerca como para hacer algo sin atraer la atención del bandido.

El rostro de Einar era una máscara de temor y furia. Se lanzó hacia adelante en vano, pues uno de los hombres que formaban la barrera protectora lo detuvo con un golpe seco en el pecho.

Siguiendo un instinto, Holly avanzó y sintió una punzada en el lateral herido. De pronto, la puerta se abrió, y Gunnar volvió a entrar.

—No hay oro, señor —informó.

El rostro de Thorir se transformó en una máscara roja de furia.

—¿Dónde está el oro, Einar? —gritó.

—La aguja —susurró Svanhild al tiempo que buscaba la mano de Holly.

Holly sintió que la sangre le abandonaba el rostro. ¿Svanhild estaba lista para hacer eso?

—Ahora —susurró.

Holly le pasó la aguja con las manos temblorosas. Oh, pero qué niña más valiente. Era toda una guerrera.

—El oro está escondido. —Einar dio un paso hacia adelante, casi apretándose contra los hombres que formaban la barrera protectora.

—¡Maldito mentiroso! —gritó Thorir, luego se acercó más a Svanhild y le apretó la espada contra el rostro.

Y entonces ocurrió todo. Con un movimiento rápido, Svanhild se volvió hacia él. Echó el brazo hacia atrás, le clavó la aguja en el antebrazo y se la hundió en la carne. Thorir soltó la espada y se

sostuvo el brazo sangrante. La niña debió haberle perforado una arteria, porque el bandido se apretaba la herida con la otra mano y se veía conmocionado y desorientado.

El momento había llegado. Era en ese entonces o nunca. Holly tomó la espada pequeña que había soltado y se la clavó en el borde del cuello. A Thorir se le formó una mueca de ira por la sorpresa y la sangre le fluyó de la herida como una pequeña catarata. Luego se cayó y no se movió más.

Los hombres de Thorir miraban al líder muerto como si hubieran sido testigos del fin del mundo.

—¡Lofarr! —gritó Einar al tiempo que pateaba el escudo de uno de los guerreros—. ¡Entren!

La puerta se abrió de golpe, y, cuando los hombres de Einar entraron en la casa, se desató la batalla, que ocupó todo el espacio y lo llenó de gritos y de estrépitos de escudos, espadas y hachas. Sin embargo, los bandidos habían perdido las ganas de luchar, se dieron por vencidos rápido y suplicaron piedad.

A Holly le temblaron las manos mientras observaba el cuerpo sin vida sin poder dar crédito a lo que había hecho. Sintió como si se estuviera viendo desde afuera. Acababa de matar a un hombre. Bueno, en realidad se lo había buscado. Jamás permitiría que nadie lastimara a su bebé, a Svanhild o a Einar.

Cuando Einar la envolvió a ella y a Svanhild en sus brazos, inhaló el querido aroma familiar y se hundió en el consuelo de la persona que se sentía como su hogar.

—Están vivas —susurró y besó a Svanhild en la cabeza y luego a Holly—. Las dos están vivas. Vamos a casa. Nunca permitiré que nada malo les vuelva a suceder.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

10 de junio

Einar tenía los brazos fuertes y cálidos envueltos en la cintura de Holly y le apretaba el cuerpo contra la espalda. Holly sentía cómo se le inflaba y desinflaba el pecho al respirar al mismo ritmo que ella mientras yacían en la cama. Inhaló el aroma familiar a polvo que siempre estaba presente en la casa, el de la leña, el cuerpo y el hierro, así como también el de la comida que siempre llegaba a la habitación gracias a las paredes delgadas. Las penumbras le resultaban agradables, con las llamas que bailaban contra las paredes y los sonidos de la gente que cocinaba y comía en el salón principal y la hacían sentir como en casa. Como si por fin hubiera llegado a casa.

Pero no quería pensar en eso en ese momento. A pesar de que ni la fusión ni su trabajo eran lo que más le importaba en la vida, tenía que marcharse por el bien del bebé.

Aún sentía como si le hubieran partido la cabeza en dos, tenía el estómago acalambrado y experimentaba un dolor punzante en el lateral. Durante todo el trayecto de regreso de las islas Shetland se había sentido como un charco de alguna sustancia viscosa. Pero

ahora que se encontraba en los brazos de Einar, comenzaba a recuperar las fuerzas.

—Has dejado de temblar —señaló Einar—. ¿Te sientes mejor?

Hasta su voz le resultaba reconfortante. Como si fuera su hogar. Como el cuenco con caldo de pollo y fideos que le había hecho la cocinera especialmente para ella y se encontraba sobre el taburete que había al lado de la cama echando humo. Holly soltó el aliento relajada. La gente allí era muy amable. Les había enseñado a las cocineras a hacer fideos simples el día anterior a que la secuestraran, y habían recordado que le gustaba comer sopa de pollo con fideos cuando se encontraba enferma o necesitaba consuelo.

Cuando vieron que Einar la llevaba en sus brazos, Bera dijo:

—Vayan a sacrificar una gallina. —Y, como Holly supo que iban a hacer sopa, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se apretó más contra Einar.

—Me haces sentir mejor —le susurró—. ¿Svanhild se fue a dormir bien?

—Sí, se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza contra la almohada.

—Qué bueno.

—Todo ha sido mi culpa, Holly. Si hubiera tenido más cuidado…

—Has tenido cuidado. Y no ha sido tu culpa. Fue culpa de Thorir. No podrías haber sabido…

—No, te equivocas. Pero ha pagado por lo que te hizo a ti y a Svanhild.

Holly se estremeció al pensar en Thorir y en cómo la espada pesada se le había hundido en la piel. Recordó la expresión de sorpresa y dolor. Y la sangre.

A pesar de todo, ahora se encontraba a salvo y, al parecer, el bebé también. Y, dadas las circunstancias, lo volvería a repetir todo. Quizás sí era una loba.

—Debería haber buscado mejor —siguió Einar—. Así habría descubierto la cueva en la que se escondía. Y, aunque no lo hubiera encontrado, no debería haber dejado solo a doce hombres para proteger la aldea. O debería haber pensado en buscarlas en las islas

Shetland de inmediato. Debería haber supuesto que escogería las islas más remotas con la menor cantidad de gente. Pero no podía pensar. Fue como si me hubiera quitado todo el aire del cuerpo, toda habilidad de pensar con claridad. Como si mi alma me hubiera abandonado. Tomar a Svanhild y a ti…

Se enterró en lo más profundo de su cuerpo cálido. De haber sido posible, se hubiera envuelto con él como si fuera una manta. Las palabras le llegaron a lo más profundo del alma y le produjeron una alegría cosquilleante tan grande que le vibró y resonó en todo el cuerpo. Y la sanó.

Einar la hizo volverse hacia él y le tomó el mentón entre las manos. Los ojos grises ardían con tal intensidad que Holly sintió que se le estrechaba el pecho y la cabeza le daba vueltas. Pero quizás solo se debía al golpe que había recibido estando con Thorir.

—Me has llenado el corazón, Holly —le dijo—. De solo pensar que estás de pie sobre la misma tierra que yo y respiras el mismo aire que yo siento que me das un regalo que jamás podré devolverte. Como si… —Se le quebró la voz por un momento. A Holly el corazón le latía desbocado en el pecho. Einar soltó el aliento algo tembloroso—. Es como si hace mucho tiempo hubiera perdido la habilidad de respirar y tú me estuvieras ayudando a aprender a hacerlo de nuevo.

A Holly se le llenaron los ojos de lágrimas. Nadie jamás le había dicho ese tipo de cosas antes. Sonaba como si la amara… El estómago se le estremeció de excitación. Sin embargo, una voz en el interior de la cabeza que sonaba como su madre o como alguien a quien conocía demasiado bien, le decía: «Puede que solo se sienta culpable. Ten cuidado. Los hombres no suelen enamorarse de ti. No suelen escogerte».

Se puso tensa y cerró los ojos al tiempo que una lágrima le rodaba por la mejilla. Ese día, escogería ignorar esa voz. Ese día, escogería guardar esperanzas.

—Einar… —Abrió los ojos para decirle que era lo mejor que le había pasado en la vida, pero una contracción grave la hizo retorcerse de dolor y gritar. Sintió un borbotón de algo cálido entre las piernas.

—¿Holly? —Einar se sentó y la pregunta reflejó la preocupación que sentía.

Holly alzó la manta y las faldas y vio que tenía las caras internas de los muslos cubiertas de sangre roja.

—¡No, no, no! —gimoteó al tiempo que unas lágrimas le recorrían las mejillas y sentía como si algo le desgarrara el pecho. Sintió una nueva ola de dolor que le partió el vientre en dos.

—¡Aaahhh! —gimió—. ¡Bera! ¡Einar, ve a buscar a Bera! ¡Algo va mal! ¡Algo va mal!



—Aún tiene al bebé dentro, pero podría estar perdiéndolo —le dijo Bera a Einar—. Si quieres mi opinión, es probable que lo pierda. La cantidad de sangre… y las heridas…

La curandera negó con la cabeza al tiempo que se le formaron unas arrugas de preocupación alrededor la boca. Bera y Einar estaban afuera de la recámara. Holly por fin descansaba en la cama. Los dolores intensos que había experimentado se habían reducido tanto que por fortuna había dejado de gritar.

—Le di un té con valeriana para que se tranquilice —le informó Bera—. Lo que hizo Thorir… Ha sido demasiado para ella.

Einar se secó el sudor que le cubría la frente. Tenía todo el cuerpo tenso como las sogas de un barco en medio de una tormenta.

Era como hacía ocho años atrás. Estaba esperando afuera de la recámara y, al otro lado de la puerta, la mujer a la que amaba estaba siendo torturada, sangraba y posiblemente acabaría perdiendo la vida y la del bebé. Cuando fue evidente que su esposa no lo lograría, lo habían dejado entrar. El dolor que lo embargó al recordar la sangre en la cama y en los muslos de Agdis, los gritos insoportables que no se podían curar con nada, el aire húmedo y espeso en la habitación con aroma a hierro y sudor.

Bera había dibujado unas runas en las muñecas y el vientre de Agdis con carbón. Eran las mismas runas que llevaba ahora Holly. ᛈ,

perthro, era la runa de la suerte y la tenía dibujada en el vientre. ᛒ, *berkana*, era la runa de la fertilidad, y la tenía en la muñeca derecha. Y, por último, ᚹ, *wunjo*, era la runa de la alegría, la risa y la felicidad y la llevaba en la muñeca izquierda.

—Les recé a las tres diosas, Freyja, Frigg y Eir —dijo Bera—. Ahora está en sus manos.

—¿Se va a morir? —le preguntó Einar.

Bera soltó un suspiro, suavizó la expresión seria en el rostro y le tomó las manos.

—No es probable que muera —respondió—. Le limpiaré el vientre si pierde al bebé. Es muy pequeño, de modo que, si no pasa solo, se lo quitaré.

Einar asintió con la cabeza. Las paredes, el cielorraso y el suelo se le venían encima. No podía respirar, el dolor intenso le molía la cavidad del pecho como la hoja de un *seax* nuevo.

—Iré a hacerle otro té —dijo Bera.

Cuando se marchó, Einar colocó la mano en el pomo de la puerta y vio que le temblaba. Cerró el puño y tomó una profunda bocanada de aire para quitarse de la mente las imágenes de una Holly muerta. Acto seguido, entró en la habitación, y la encontró mirándolo. Estaba pálida y tenía los ojos abiertos de par en par.

—Esperaba que estuvieras durmiendo —le dijo.

Se detuvo en el borde de la cama y no logró acercarse más. Tenía miedo de lastimarla de solo tocarla. Tenía miedo de hacer algo que la hiciera empeorar de alguna manera. Que volviera a gritar de dolor.

—No puedo dormir —le dijo—. Tengo mucho miedo de perder al bebé

Einar tragó con dificultad para deshacerse del ardor de los ojos. Tenía un pensamiento impronunciable, cobarde y terrible en lo más profundo de la mente.

—Quizás sería lo mejor —le dijo.

Holly se sentó en la cama con el rostro tan pálido como el algodón.

—¿Qué has dicho?

Alzó el mentón con los labios tensos y distorsionados. Oyó su propia crueldad y se detestó por ella. Pero el temor, la desesperación de enfrentarse al único enemigo del que no podía protegerla, el parto, lo dejaba sintiéndose indefenso.

—Quizás sea lo mejor, que se acabe ya —le dijo—, en lugar de aguardar, albergar esperanzas y terminar perdiéndote a ti y al bebé cuando no hay nada que pueda hacer para ayudarte.

Holly exhaló temblorosa y apretó las manos contra la manta que le cubría el vientre.

—No lo dices en serio, Einar. No deseas que el bebé muera, ¿no?

El cuerpo le ardía, se le reducía a cenizas. Sintió como si los cuervos lo estuvieran desplumando.

—No deseo que tú mueras —le dijo—. Te necesito. Ese bebé… si te mata…

Se le quebró la voz. No le salieron las palabras; se las obstruía la piedra que se le había formado en la garganta. A Holly se le ruborizaron las mejillas y se le llenaron los ojos de lágrimas que le cayeron por el rostro.

Si el bebé la matara, quedaría reducido a nada. Estaría mejor muerto.

—¿Te das cuenta de que todo lo que hago es defectuoso? —le preguntó—. Siempre cometí un error o me equivoqué en algo en todas las relaciones que he tenido. Primero, no podía concebir. Y ahora no puedo tener al bebé. ¿Será que alguna vez haré algo bien?

Le temblaba el mentón y la voz. Einar quería marcharse. Estaba empeorando las cosas.

—Te estoy haciendo daño —le dijo—. Necesitas descansar.

Pero Holly rompió en llanto.

—Ni siquiera puedo hacer lo único que deben hacer las mujeres. Lo único que no depende de la educación, el ingreso o el intelecto. La tarea más física del mundo: la procreación. Hasta en eso tengo que fracasar.

Bajo la cabeza a las rodillas, se abrazó y se largó a llorar. Como Einar no la podía dejar de ese modo, se sentó en la cama a su lado, la envolvió en sus brazos y la estrechó contra su pecho. Pensó que lo

iba a empujar, pero se aferró a él como si pudiera salvarla de ahogarse.

—No tienes ningún defecto, Holly —le susurró—. Te tomaría como eres. Te tomaría con cada detalle de ti que consideras defectuoso. Y no te cambiaría nada.

Lo único que necesitaba era que se mejorara. Holly necesitaba un pilar, y él lo sería. Sería lo que fuera para que ella pudiera seguir viviendo.

Aunque eso significara subirla a un barco que la llevara de regreso a su época.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

I 5 de junio

—Creo que aún lleva al bebé —dijo Bera.

Luego de realizarle un examen pélvico, extrajo los dedos, y Holly se cubrió. No pudo evitar que los labios se le curvaran para formar una sonrisa por primera vez en mucho tiempo.

—¿De verdad?

Tras cinco días de temor intenso, de estremecerse ante cada punzada de dolor y temer despertarse en un charco de sangre, recibir esas noticias fue como si le quitaran una manta pesada y fúnebre de encima.

—Sí —dijo Bera—. No has vuelto a sangrar. El útero se ha cerrado. Por ahora, parece que tendrás un bebé.

Holly inhaló profundo y miró a Einar. Su esposo se había mostrado muy comprensivo durante los últimos días y no la había dejado sola ni un momento. Quería abrazarlo, besarlo y sentir sus brazos fuertes alrededor de ella. Pensó que como la había apoyado tanto quizás se había dado cuenta de que deseaba al bebé…

Pero la sonrisa se le desvaneció pronto. Einar la miraba como si lo estuviera torturando. Tenía el rostro sombrío y los labios apretados en una línea tensa y triste.

Oh, todo lo que había pensado había sido una ilusión. Estaba embarazada, y él no quería que lo estuviera. Holly sintió un ardor en el pecho, como si le hubieran arrojado agua hirviendo.

Cuando quedó a solas con su marido, se enderezó en la cama y pensó con detenimiento qué decir.

—Me has cuidado tan bien durante los últimos cinco días que llegué a pensar que podrías haber cambiado de parecer acerca del…

Einar estaba tan tenso que parecía una estatua gigante.

—Necesitabas todo el apoyo disponible —dijo.

Ahora que lo que más apreciaba en el mundo iba a estar bien, el hombre del que se había enamorado se estaba apartando de ella.

La puerta se abrió de golpe, y entró Svanhild, que se subió a la cama con Holly y la abrazó.

—¿Voy a tener un hermano o una hermana?

Los ojos le brillaban. Los ojos de su padre eran muy distintos a los de la niña: reflejaban un cielo tormentoso. Holly enderezó la espalda y se obligó a tragar el nudo que se le había formado en la garganta. Los ojos le ardían por las lágrimas que intentaba contener con desesperación.

—Parece que sí, Svanhild. Pero debemos aguardar y ver. Es demasiado pronto.

Svanhild abrazó a Holly por la cintura y le apretó la oreja contra el vientre.

—Hola —le susurró la niña—. No te vayas a ningún lado. Les rezaré a Freyja y a Frigg por ti.

Holly le acarició el cabello a la niña. No pudo contener una lágrima que le cayó por la mejilla y se apresuró a secársela.

—Padre, ¿quieres un hijo? —le preguntó Svanhild.

Con el cuerpo rígido y una agonía oculta en los ojos, Einar dio un paso hacia atrás.

—Svanhild, no metas las narices en los temas de los adultos —le ordenó con un tono de voz que azotaba como un látigo.

La niña abrió los ojos de par en par y, por un momento, dejó de respirar. Luego se bajó de la cama despacio.

—Disculpa, padre —le dijo antes de marcharse de la habitación.

A Holly le dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué tienes que ser tan duro con ella? No ha hecho nada. No es su culpa que seas tan…

—¿Tan qué?

—Tan cruel. —Al concluir, vio que se le tensaba el mentón y que cerraba los puños.

—Es mejor ser cruel ahora a permitir que se haga ilusiones durante nueve meses y termine destrozada. No quiero que acabe como yo.

Holly se movió para salir de la cama y pararse al lado de él.

—¿Cómo tú? —le preguntó.

—Quiero que sea feliz.

—¿Acaso no eres feliz?

—Lo era —respondió mirándola con tanta ternura que sintió como si sus ojos la acariciaran—. Pero en dos días no lo seré.

Holly frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque en dos días el barco estará listo para llevarte a Escocia o a donde debas ir.

Holly se quiso encoger en una bola y cubrirse por todos lados.

—¿Es porque estoy embarazada? —le preguntó en un susurro.

—Porque no perteneces en mi vida —le dijo—. No debería haber cedido. No debería haberte mirado. No debería haberte besado. Todo lo que pasó entre nosotros ha sido un error. Una broma de los dioses. Siempre dijiste que tenías que regresar a casa. Ese fue el trato desde el comienzo.

Todas las palabras la azotaron y dieron en el sitio que más le dolía. Era lo mismo que le pasó con Jack y con todos los novios que tuvo antes. Todos pensaban que no era lo suficientemente buena. Todos creían que había algo mal en ella.

Y ahora Einar no la quería. El que más la lastimaba. El que más le importaba. El que amaba.

El que era el padre de su futuro bebé.

EINAR SABÍA que la estaba lastimando. Como si no hubiera sufrido suficiente dolor en los últimos días. La habían secuestrado, la habían maltratado y casi había perdido al bebé… Y ahora esto.

Pero era mejor hacerlo pronto. Ahora que el bebé aún era pequeño. Ahora que sabía que Holly y el niño tendrían mejores oportunidades de sobrevivir bajo el cuidado de los curanderos del futuro. Ahora que sabía que la amaba y que dejarla ir era la mejor manera de mantenerla a salvo.

—De acuerdo —le dijo Holly—. No puedo creer que llegué a considerar quedarme contigo, abandonar mi carrera, mi vida y a mis padres…

¿Había considerado quedarse? Las palabras se sintieron como un puñetazo en el vientre.

La mente se le llenó de imágenes de los dos juntos con un bebé saludable, o incluso con los tres hijos que había mencionado; un reino próspero en las Orcadas; Svanhild casada con un hombre decente que Einar aprobaba; noches largas llenas de pasión; conversaciones y momentos compartidos con Holly… Y se llenó de paz.

Pero no eran más que sueños. Lo cierto era que probablemente moriría, tanto ella como el bebé, y él quedaría destrozado. Sin embargo, Svanhild lo necesitaba.

—No deberías haberlo considerado. Y yo no debería habértelo pedido. De haber sabido que quedarías embarazada, jamás hubiera compartido una habitación contigo. Los dioses saben que me es imposible mantener las manos alejadas de ti.

—Soy una tonta. De pies a cabeza. ¿Sabes qué, Einar? Estás aterrorizado de perder gente, y lo entiendo. Pero tu hija está creciendo sin el amor y el apoyo que necesita. No tiene una madre, y por como te comportas, bien podría no tener un padre.

Eso le provocó ira. ¿Cómo se atrevía a decirle eso? Sin embargo, en el fondo, una parte de él sabía que decía la verdad. Y le había dado donde más le dolía.

—Tiene a su padre —soltó con la voz tensa—. Todo lo que hago es para mantenerla a salvo.

—No la puedes mantener a salvo de todo. Una vida desperdiciada evitando cosas que nos lastiman… no es una vida que valga la pena vivir. Has perdido a tu esposa y a tu bebé, pero los amaste. ¿Y ahora intentas vivir el resto de la vida sin correr ningún riesgo? Ese no es el hombre que conozco. No es el Einar del que me enamoré.

Al escucharla, se le secó la garganta.

—¿Te enamoraste?

—Sí, Einar, deléitate todo lo que quieras. Me enamoré de ti. Estoy feliz de tener un hijo tuyo. Has ganado. Como todos los hombres, ves las cosas que no están bien conmigo y me has usado. No has podido mantener las manos apartadas de mí, pero no puedes correr el riesgo de sufrir por mí. Sí, si me quedo aquí podría morir. Pero preferiría morir luego de ser feliz, de tener una vida creciendo en mi cuerpo y pasar los nueve meses más felices de mi vida contigo y con Svanhild, que regresar a la seguridad de mi apartamento en Orlando.

A Einar se le cerró la garganta. La observó meterse en la cama y acurrucarse debajo de la manta. Deseó poder cubrirle el cuerpo con el suyo.

—Estaré lista en dos días —le dijo—. En lo que a mí concierne, estaré lista mañana mismo. No pierdas más tiempo aquí, no sea que los preparativos se demoren.

—Holly… —comenzó. El dolor que le oyó en la voz, las palabras, la distancia… Le generaron un torbellino en el alma.

—No —lo interrumpió—. No quieres estar conmigo. Y yo no quiero estar con un hombre que es egoísta y cobarde y se niega a vivir la vida que desea, con una esposa y con hijos. Eres un guerrero, te enfrentas a la muerte casi todos los días. ¿Qué diferencia hay con esto?

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

I 7 de junio

TODOS LOS HABITANTES de la aldea se habían reunido en el embarcadero para despedirse de Holly y desearle un buen viaje con expresiones tristes en los rostros. Holly estaba de pie en el muelle, y las olas rompían contra el *drakkar* a sus espaldas. No había visto a Einar desde la noche anterior. Ahora buscaba su figura alta entre la multitud y el paisaje. Tenía que hacer lo más difícil del mundo: despedirse de él. Un movimiento entre los aldeanos le llamó la atención, y la multitud se abrió paso. Para su asombro, Einar se acercó a ella con la armadura puesta y el abrigo de piel de oso.

Cuando se detuvo ante ella, se le formó un nudo en el estómago al ver el rostro hermoso y serio que tanto había llegado a querer.

—Te llevaré a tu destino. Debo asegurarme de que estés a salvo —le informó—. Tanto tú como el bebé.

Holly volvió a experimentar náuseas tras oír eso. O quizás era pena porque al demostrar lo mucho que le importaba, Einar también le había demostrado lo que había perdido. Lo que ambos habían perdido. ¿Cómo podía demostrar lo mucho que le importaba y obligarla a marcharse al mismo tiempo?

—Vamos a estar bien —le aseguró, pues la idea de pasar otro día con él, de verlo sin poder tocarlo, besarlo ni hablar con él como lo hacían antes era una tortura—. Quédate aquí. No te sientas obligado a…

—Voy, y eso no se discute —la interrumpió y le pasó por delante para subirse al barco.

El pecho se le encogió del dolor, pero se volvió hacia Svanhild. Los ojos de la niña estaban rojos y llenos de lágrimas, pero tenía la espalda erguida y el mentón en alto mientras avanzaba hacia Holly.

—Por favor, no te marches, Holly —le pidió.

Holly se arrodilló delante de la niña para mirarla a los ojos. Los suyos estaban nublados mientras luchaba por contener las lágrimas. Con cariño, le pasó una mano por el cabello dorado.

—Debo marcharme, Svanhild —le dijo—. Si pudiera quedarme, lo haría, pero es imposible. Siento mucho tener que dejarte. Te quiero mucho, tesoro. —Le dio un beso en la frente—. Cuida a tu padre, ¿de acuerdo? Parece un cascarrabias, pero en el fondo no hay nadie más importante que tú para él. Todo lo que hace es por ti. El único motivo por el que está administrando las Orcadas es por ti. Recuérdalo.

Svanhild la abrazó, y unas lágrimas cálidas le humedecieron las mejillas a Holly.

—Por favor, regresa. O llévame contigo al futuro.

A Holly se le hizo añicos el corazón como si le hubiera explotado una granada en el pecho. Le ardía el rostro, y las lágrimas no dejaban de fluir.

—No puedo, tesoro. Tu lugar está aquí, y el mío allí. Dejarte es una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida. Pensaré en ti todos los días durante el resto de mi vida. Y le contaré muchas cosas de ti a tu hermano o hermana. Rezaré porque encuentres un buen marido o tengas una gran aventura si eso es lo que deseas.

Se inclinó para tomar el rostro de Svanhild entre las manos y la miró a los ojos avellanados.

—Hagas lo que hagas, sé fuerte. Sé tú misma. Y no permitas que nadie te diga que no eres lo suficientemente buena, porque lo eres. Eres increíble. Me has salvado la vida a mí, a tu padre y al bebé.

Svanhild asintió con una expresión seria y el rostro lleno de lágrimas.

—Creo que mi madre te ha enviado a mí —le dijo.

Holly le sonrió y sintió tanta gratitud que se le expandieron los pulmones.

—No, tesoro, alguien te envió a mi vida para mejorarla. —Tras decirle eso, le dio un beso en la mejilla y la abrazó por última vez—. Cuídate, Svanhild.

Luego se incorporó y avanzó hasta el barco. Tuvo la sensación de que unas bandas elásticas invisibles la jalaban hacia la aldea, y unos cuchillos cortaban esos lazos y causaban explosiones de dolor por doquier. Dejaba una parte del alma en esa isla. Con Svanhild. Con Einar. Y con los aldeanos.

Abordó el *drakkar* secándose las lágrimas de los ojos e ignorando la mirada dolorosa de Einar, y se sentó en la proa. Al poco tiempo, zarparon. Holly miró la isla Mainland e intentó grabarse cada curva verde y cada acantilado gris en la memoria. Solo apartó la vista cuando la tierra se convirtió en una línea delgada en el horizonte.

Durante todo el día, Einar se mantuvo en su parte del barco, y Holly, en la opuesta; a pesar de que juraba de que podía sentir la mirada pesada de él encima. Al caer la noche, se acercó y se sentó a su lado.

—Te vas a congelar —le dijo—. Déjame darte calor.

Tenía razón, se estaba congelando. No debería hablar con él, pero anhelaba sentir su tacto como una planta anhelaba el agua y el sol. Se dijo que lo hacía por el bebé, aunque en el fondo sabía que era porque probablemente sería la última noche que pasaría con él.

—Está bien —acordó—, pero solo porque me estoy congelando.

Einar se apoyó contra el borde del barco y abrió los brazos para que Holly se abrazara a él e inhalara el querido aroma de su piel: la mezcla masculina con notas de mar, madera y cuero. Los cubrió a los dos con el abrigo de piel de oso, la rodeó con los brazos fuertes y le permitió apoyar la mejilla sobre su cuerpo duro. Al sentirlo cerca, se relajó de inmediato y dejó de temblar.

Un último momento de alegría. «Debes pretender que estás bien. Deja que esta noche dure una eternidad. Escucha el latir acelerado

de su corazón. Grábatelo en la memoria para recordarlo en las noches solitarias que tendrás en Orlando».

Sintió que movía el rostro hasta la coronilla y creyó que inhaló el aroma de su cabello. A lo mejor, aún la deseaba. A lo mejor disfrutaba compartir tiempo con ella, pero nada de eso importaba, porque por muchos motivos no había futuro para ellos. A pesar de todo, tenían el momento presente. Aún les quedaba esa noche.

En la oscuridad, bajo las estrellas, el aire fresco del mar le producía un cosquilleo en la nariz. Y él estaba cerca. Él era su hogar. Le tomó el mentón entre las manos, y Einar cerró los ojos. Tenía una arruga en el entrecejo y una expresión de agonía en el rostro.

—¿Qué haces, Holly? —le preguntó.

—No lo sé —le respondió—. Es solo que… No puedo creer que nunca más te volveré a ver. Que es la última vez que me abrazas. Que…

A Einar se le escapó un gruñido bajo, casi animalesco. Abrió los ojos que destellaban apasionados.

—La última vez —dijo—. Te tendré por última vez. Los dioses me lo deben. ¿De acuerdo?

Holly se estremeció excitada ante la idea de sentir sus brazos rodeándola al tiempo que lo albergaba en su interior. Debía de estar loca como para hacer el amor con un hombre que no la quería en su vida. Pero estaba lastimada, y el único bálsamo que le podía quitar el dolor era él.

En lugar de responderle, lo besó, y Einar la devoró como si hubiera pasado hambre durante cien días y ella fuera un banquete. La estrechó contra su cuerpo con tanta fuerza que creyó que le pudo haber roto las costillas. Sintió calor en cada punto en que los cuerpos se fusionaban, donde se rozaban los labios y se enredaban las lenguas en un juego desesperado.

Einar la apartó de su cuerpo para ponerse de lado y tomarle los senos en las manos. El roce le hizo sentir una explosión de deseo tan fuerte, que se tuvo que morder el labio para contener un gemido. Le pasó las manos por la cintura y se detuvo en el vientre plano, acariciando el sitio donde crecía su bebé. Holly contuvo el aliento.

Luego Einar la acercó aún más, bajó la cabeza y comenzó a besarle el cuello. Le acarició toda la pierna hasta llegar al tobillo y comenzó a subirle el vestido hasta las caderas. Tenía las manos cálidas y la piel callosa.

Oh, cielos cómo iba a echar de menos esas caricias. Apretó el trasero contra él para sentir el miembro largo y duro listo para ella.

—¿No nos oirá nadie? —le preguntó. El resto de la tripulación dormía alejada de ellos a lo largo del *drakkar*.

—Si no gritas, no —le respondió con la voz ronca y llena de promesas.

Le acarició el sexo con delicadeza para humedecerle la entrada. Acto seguido le separó los pliegues con los dedos. Holly soltó un jadeo al tiempo que la embargaba un placer intenso. Uno de los dedos de Einar dio con el clítoris, que ya conocía muy bien, y comenzó a acariciarlo con suavidad. Holly arqueó la espalda y ocultó el rostro en el abrigo de piel para contener un gemido.

—Eso es, amor —le susurró—. Guarda silencio.

—Aaahhh —gimió con suavidad sintiendo el placer que crecía en su interior.

Cuando Einar le pasó la otra mano entre las piernas y le introdujo un dedo en el sexo, soltó un gemido más alto y tensó los músculos alrededor del dedo. Pero no le bastaba.

—A ti —le dijo—. Te quiero a ti. Te necesito. Tómame.

Einar apartó las manos, y oyó cómo se bajaba los pantalones. Luego le apoyó la erección dura y cálida contra el cuerpo, y Holly se retorció para acomodarlo donde lo quería: en lo más profundo de su ser. Einar condujo la erección a la entrada y con un movimiento lento la penetró. Holly dejó escapar un gemido de satisfacción al sentir que la estiraba, la llenaba y le saciaba un hambre carnal y voraz.

Durante un momento, no se movió, y Holly se apretó más contra él. Fue como si los envolviera un capullo invisible, como si no fueran dos personas distintas, sino una sola. Como si no solo le llenara el cuerpo, sino también el corazón y el alma.

Luego comenzó a moverse, a embestirla con cautela al principio y luego más fuerte. Le apoyó una mano en la cadera y la otra en el hombro y le provocó una sensación de éxtasis que nunca antes

había sentido. La embistió sin cesar dándole placer con cada movimiento y empapándola con una dulce agonía. Holly amortiguó los gemidos contra el abrigo, pero sentía que estaban meciendo el barco tanto que todos debían estar al tanto de lo que estaban haciendo.

Y de pronto llegó. Se encontró de pie al borde de un precipicio mirando la oscuridad brillante del mar debajo y con la luna y las estrellas destellando encima de ella. Con una embestida más, se dejó caer.

Se estremeció y, en esta ocasión, no pudo contener los gemidos, pero dejó que el abrigo de piel se los tragara. Einar también estaba gimiendo; con el cuerpo duro y tenso, le gruñía al oído. En esa oportunidad, le acabó dentro. Y se sintió muy agradable y celestial; cuánto había echado de menos sentirlo llegar al orgasmo en su interior.

Cuando los dos se recostaron entre jadeos, la acurrucó contra su pecho sin salirse de ella, y Holly no recordó la última vez que se sintió tan en calma, tan bien y tan querida. Y sin darse cuenta, se quedó dormida.

Holly se despertó cálida y con el cuello algo dolorido. Einar no le quitaba la mirada de encima, y quiso sonreírle porque le encantaba despertarse y verle el rostro. Pero los ojos reflejaban tanta tristeza y agonía que recordó todo de inmediato. Se encontraban en el barco, y, en breve, regresaría a su época.

Se aclaró la garganta para decir algo, para rogarle que le permitiera quedarse.

—Estamos en tierra —le dijo Einar antes de sentarse y quitarle el abrigo con cuidado—. Hemos llegado.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

Cerca de la aldea de Tongue, Sutherland, norte de Escocia

EINAR se encontraba de pie sobre la pendiente cubierta de césped con el estómago tenso como si alguien acabara de apuñalarlo en el vientre con un *seax*.

Habían llegado al sitio en que perdería a la mujer que amaba para siempre; un sitio de colinas verdes que se extendían por encima de acantilados implacables hasta el horizonte.

—Creo que es por aquí —dijo Holly, y el viento jugó con sus rizos cortos y le flameó el pelo por el hermoso rostro.

Señaló la colina sobre la que Einar divisó una edificación carbonizada.

Reanudó la subida, y Einar se detuvo de decirle: «No te marches. No me dejes». La noche que había pasado con ella le había mostrado todo lo que iba a perder para siempre: la sensación abrumadora de paz, como si por fin hubiera llegado a casa.

Verla marcharse era como perder una preciada parte de sí mismo. Pero la decisión estaba tomada. Y si quería que viviera, su lugar estaba en el futuro, donde los curanderos podrían asegurarse de que sobreviviera al parto.

Le había mencionado a tres hijos. ¿Y si ese era uno de los tres? Sintió como si los pies hubieran echado raíces en el suelo, pero se obligó a seguir a Holly.

Observó todos los movimientos de las piernas bajo el vestido, y el balanceo de los brazos mientras andaba con la esperanza de detectar algún indicio de duda… una señal de que se daría la vuelta para informarle que no se marchaba a ningún lado y que no le importaba lo que él dijera al respecto. Pero Holly no caviló.

Cuando por fin llegó a la cima de la colina, Einar se detuvo a unos metros de distancia. El mar se veía vasto y oscuro más allá del acantilado, y Holly se quedó de pie anonadada sobre el césped y las piedras al tiempo que miraba alrededor. Había mencionado un árbol, pero Einar no veía ningún árbol por allí. ¿Qué significaba eso? Se atrevió a albergar esperanzas.

La aldea a la izquierda se veía vacía; aunque a Einar le había parecido detectar algunos movimientos detrás de la esquina de una casa. Esa debía de ser la aldea que Thorir había saqueado cuando tomó a Holly de rehén.

—No hay ningún árbol —señaló Holly.

Einar abrió la boca para decirle que podían seguir buscando, aunque una parte de él esperaba que nunca lo encontraran. Pero, por el rabillo del ojo, vio a alguien de pie a unos pasos de Holly. Era una anciana de cabello blanco trenzado en una corona alrededor de la cabeza. Llevaba puesto un vestido común y unos dijes de cuencas coloridas que le colgaban entre los broches. Tenía el rostro arrugado, pero los ojos no eran los de una anciana; estaban muy llenos de vida y ardían de curiosidad.

Einar apoyó la mano sobre el mango del hacha. Fuera norna, diosa, duende u otra entidad, no conocía cuáles eran sus intenciones, y estaba determinado a defender a Holly de cualquier ser: ya fuera humano o sobrenatural.

—Hola, Holly —la saludó la mujer—. Hola, Einar.

—Hola —respondió Holly y asintió hacia Einar—, te presento a la norna, la señora Verdandi.

Verdandi era la norna responsable de lo que ocurría en el momento presente. Einar sintió un cosquilleo en la piel y abrió la

boca. ¿De verdad se encontraba en presencia del ser más poderoso de todos los mundos, el ser que no solo definía su destino y el de todos los hombres, sino también el de los dioses? ¿El ser más poderoso de los nueve mundos?

Como no confiaba en la mujer, no apartó la mano del hacha. A lo mejor era una impostora, y la seguridad de Holly era su prioridad.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, ella ha sido quien me envió aquí.

Einar cerró la boca y tragó con dificultad. La norna le sonreía serena y caminó hacia ellos. Algo dorado destelló en sus manos.

—¿Has venido aquí para regresar a casa, Holly? —le preguntó la norna al detenerse delante de los dos.

—Sí —respondió Holly—, pero no hay ningún árbol.

—No —asintió la norna—. Pero estoy yo. Quiero que sepas que, si decides marcharte, será muy difícil regresar aquí.

Holly asintió.

—Es lo mejor. Aquí no hay futuro para mí.

La norna clavó la mirada en el vientre de Holly.

—Pues, eso lo dudo y mucho, querida.

Holly miró a Einar, que no podía apartar la mirada de la norna. A pesar de que lógicamente sabía que lo mejor era que Holly se marchara, detestaba que la norna estuviera a punto de arrebatarle a la mujer que amaba. Bien podría ser un dragón a punto de escupir fuego.

—No, es mejor que me marche. Einar no me quiere aquí, y debería regresar a mi vida. Mi familia y mis amigos deben estar muertos de preocupación.

—Es lo mejor para ti —afirmó Einar con un dolor lacerante en el pecho—. Y es lo mejor para el bebé. Allí hay buenos curanderos. Eso es lo que importa.

La norna exhaló y se rio.

—*Jarl* Einar de las Orcadas, el destino te ha dado a una mujer perfecta, y tú la apartas de tu lado. Y tú, Holly, tienes tanto miedo de que ningún hombre te quiera que vas a abandonar al que te quiere.

Si apartaba a Holly, era por su propio bien y el suyo. Escogía la vida para ella y no la muerte. La estaba protegiendo tanto a ella como a él. No sobreviviría si moría en sus brazos.

—Se equivoca —repuso Holly con los ojos llenos de lágrimas—. Marcharme es lo mejor para todos.

A Einar se le tensó el cuerpo y le dolió oír la agonía en su voz. Debía marcharse. La idea le resultaba tan agradable como detestable. Holly estiró la mano para tomar el huso.

—Entréguemelo, por favor.

No, aún no.

—Holly… —comenzó Einar con la voz ronca y el pecho desgarrado de preocupación y dolor.

—Como gustes, querida —dijo la norna—. Como dicen, eres la dueña de tu destino. —Tras esas palabras, colocó el huso dorado sobre las manos de Holly.

Einar dio un paso hacia adelante por instinto, impulsado a hacerle la mano a un lado y dejar que el huso cayera. Pero fue demasiado tarde porque Holly había comenzado a desaparecer, a disolverse como una nube en el viento. ¡No!

Holly miró hacia Einar. La agonía le carcomía el corazón. Estiró la mano para tocarla, para aferrarse a ella, pero acabó atravesando el aire vacío, justo donde debía haber estado su brazo.

—¡Holly! —exclamó.

Aún la veía a los ojos, la última parte de ella a la que se pudo aferrar antes de que desapareciera por completo.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Orlando, Florida, 19 de junio de 2019

—¡Oh, Holly, has venido! —exclamó Kenny, su asistente.

Se puso de pie de un salto desde el escritorio con una expresión que reflejaba alivio y preocupación en el rostro.

Holly atravesó la puerta de cristal que conducía a su oficina, a través de la cual veía a Alan Murphy, el jefe de operaciones, sentado en el escritorio de ella y hablando por teléfono. Tenía un poco más de cuarenta años, era bastante arrogante y le podía vender una herradura a un caballo. A pesar de que era muy bueno en su trabajo, sus ambiciones iban más allá de su puesto.

Holly se había vestido como para ir a la guerra: una blusa de color rojo sangre, un traje de color borgoña hecho a medida, y los tacones más altos que tenía. Así como Einar contaba con armadura de cuero y hierro, ella se valía de sus trajes. Y había regresado a donde pertenecía.

El día anterior, había tomado un vuelo de Edimburgo a Orlando. Todo el trayecto desde Tongue le resultaba neblinoso. Llevaba tanto dolor dentro que no se había percatado a dónde iba. Se había sorprendido de encontrar el coche que había arrendado; la llave se había materializado como por arte de magia en el momento en que

llegó. Quizás la norna había demostrado piedad por una mujer embarazada y con el corazón roto y había decidido no ponerle las cosas tan difíciles.

Cuando entró en el apartamento, sintió como si estuviera en un sueño. Como si todo a su alrededor fuera producto de una alucinación. Las ventanas que iban del suelo hasta el cielorraso, los impecables muebles cromados de color blanco, los candelabros de cristal que parecían demasiado intensos luego del entorno de piedra, césped y tierra en el que había pasado varias semanas en las Orcadas. Había bajado las persianas y se había dado una ducha. Luego se había hecho otra prueba de embarazo y, como había salido positiva, acabó llamando a la ginecobstetra ese día para hacer una cita, pero no consiguió una hasta dentro de dos semanas.

Con una taza de té de frutos rojos en la mano, ordenó tacos en su restaurante mejicano favorito y por fin reunió las fuerzas que necesitaba para llamar a su madre.

—¿Holly? —había respondido su madre con la voz baja y débil—. ¿Eres tú?

—Hola, mamá —la saludó Holly tensa y preparada para discutir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mamá, estoy bien. ¿Cómo están tú y papá?

—¡Paul! —lo llamó a los gritos—. ¡Es Holly!

Su padre habló desde otro teléfono.

—¿Holly? ¿Te encuentras bien? —le preguntó hablando rápido en voz alta.

—Hola, papá. Sí, estoy bien. Acabo de regresar.

—¿Dónde diablos te habías metido? —la regañó su madre—. ¡Estábamos muertos de preocupación! Estaba a punto de volar a Escocia para ir a buscarte. ¡No te has contactado en un mes entero! ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Gemma… —comenzó su padre—. Holly, está bien, pero estábamos preocupados. ¿Dónde estabas?

—Lo siento, papá, me dejé llevar en mi aventura por Escocia. No era mi intención preocuparlos o hacerlos enfadar. Estoy bien. Supongo que el estrés y la presión me hicieron comportarme de

forma poco característica y… bueno, simplemente desaparecí. Lo siento mucho, mamá.

—¡No, lo has hecho a propósito! —la acusó su madre—. Querías hacerme daño. Querías huir…

Holly soltó un suspiro con los ojos nublados por las lágrimas. No tenía la capacidad emocional de lidiar con eso. Pero necesitaba calmar a la gente que tanto la quería.

—No, mamá, nunca tuve la intención de lastimarte. No podía contactarte, ¿de acuerdo? De haber podido, lo hubiera hecho. Por favor, discúlpame. Lo siento mucho. Y estoy muy cansada. Pero quería avisarles que he regresado y que me encuentro bien. En este momento, no puedo hablar. Nos podemos ver mañana y les contaré lo que pueda. ¿Sí?

—Déjame ir a verte ahora —le pidió su madre—. Te haré una lasaña y podremos hablar.

—Mañana, mamá. Iré a verlos para la cena, ¿de acuerdo?

—¿Y Sunnybeach Developments? —le preguntó su padre—. ¿Pudieron cerrar el trato?

—Estoy a punto de enterarme.

—Está bien, Holly —le dijo—. Te queremos. Descansa un poco. Y llama a la policía para avisarles que te encuentras bien. Te están buscando.

—Pero, Paul… —protestó su madre antes de que cortaran la comunicación.

Holly dejó el teléfono a un lado y se quedó sentada sin moverse durante varios segundos. Ahora comprendía cómo se sentía su madre. Lo destrozada que debió haber estado sin saber si su hija estaba viva o muerta, si la estaban maltratando o si se encontraba en problemas. Detestaba no saber nada de Svanhild. Detestaba pensar que algo podría ocurrirle a su bebé. Pero ¿y si les decía la verdad a sus padres? Nadie le creería. Su madre probablemente la metería en un manicomio. Bebió té y exhaló. Luego llamó a Kenny para enterarse de lo que estaba ocurriendo en la empresa.

Y ahora se encontraba en su oficina enfadada, lista para la batalla y desgarrada por el dolor sin fin que le aquejaba el corazón.

Alan alzó la mirada al tiempo que atravesaba la puerta de cristal; su rostro reflejó una expresión de conmoción seguida de una de autoprotección hasta que logró esbozar una sonrisa amable. Se puso de pie y ladró al teléfono:

—Te llamo en un rato. —La sonrisa falsa se extendió—. ¡Hola, Holly! Qué bueno verte. ¿Dónde habías estado? ¿Qué te pasó?

Holly entró en la habitación y se detuvo delante de él. Colocó el portafolios sobre el escritorio de cristal con un golpe seco.

—Tuve algunos problemas en Escocia. No podía regresar, pero ya estoy aquí.

Alan asintió con la cabeza.

—Pues, me alegra comunicarte que, durante tu ausencia, me hice cargo de las cosas aquí. Aunque, como desapareciste, el trato aún no se ha cerrado. Pero he estado trabajando en eso.

—Muy bien —dijo Holly mientras se cruzaba de brazos—. He oído que eso no es en lo único que has estado trabajando.

Alan se aflojó un poco la corbata.

—¿De qué hablas, Holly?

—Estás intentando quedarte con mi trabajo.

Su mirada se endureció.

—Mira, desapareciste. No oímos ni una palabra de ti. Creímos que jamás regresarías. Alguien tenía que hacer algo.

Holly apretó los dientes. La furia rugía en su interior. Le había hecho frente a Thorir en dos ocasiones y había salido con vida. Estaba lista para engullirse a Alan de desayuno.

—Claro —dijo—. Y tú has estado más que feliz de tomar la oportunidad y postularte para tomar mi trabajo frente a la junta de los directores.

—Nadie sabía si ibas a regresar. La compañía necesita seguir operando.

Holly soltó un suspiro. Tenía razón. Alguien tenía que dirigir la empresa. ¿Acaso ella no habría hecho lo mismo en su lugar? ¿Por qué estaba tan enfadada con él?

Porque necesitaba desquitarse con alguien o con algo en lugar de pensar en Einar, en Svanhild y en las islas Orcadas, en lugar de permitir que el dolor negro como la noche la absorbiera por

completo. Necesitaba distraerse de cuestionarse si había tomado la decisión correcta al marcharse. Sin embargo, la había tomado. Einar no la quería. Pertenecía allí. Y le daría al bebé el mejor futuro posible al continuar haciendo lo que mejor hacía: dirigir una empresa.

—Bueno, pues, ya estoy de regreso —le dijo e inspiró una profunda bocanada de aire—. Ya puedo retomar mi trabajo. ¿Por qué no me pones al día?

—¿La junta lo sabe? —le preguntó.

—Nadie lo sabe todavía. Quería evaluar la situación primero. Kenny se los está comunicando en este preciso momento. —Asintió con la cabeza hacia Kenny, que hablaba al teléfono.

—Quizás no estén felices de que hayas regresado… —sugirió.

—¿Y por qué lo crees? ¿Será porque casi echas a perder una fusión perfecta?

Alan se puso un poco pálido.

—Tengo todo bajo control. Estaba al teléfono con…

Holly alzó el mentón. Ese era el tipo de cosas que le encantaba: que le arrojaran problemas y sentir la adrenalina circulándole por las venas como la electricidad mientras intentaba encontrar soluciones creativas.

—¿Por qué no quieren cerrar la fusión?

—No lo pusieron en esos términos. Pero han demorado la firma.

—¿Están hablando con otra empresa?

—No lo sé.

Holly contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Claro que no lo sabía. De seguro, había apabullado a los directores de Kamasaki Enterprises con sus formas bruscas. Kamasaki era una pequeña empresa de construcción que se especializaba en bienes raíces para comercios, y la había fundado un inmigrante japonés hacía veinte años. La empresa tenía una cultura de negocios más sutil, y cualquiera que lidiara con ellos debía comprender su contexto cultural. Alan, con su terquedad y sencillez, de seguro no se había percatado de las diferencias.

—Hablaré con el señor Kamasaki —le informó Holly.

Así había transcurrido casi todo el día a las corridas. Holly había hablado con el señor Kamasaki, se había reunido con los abogados, había visto a los directores, se había encontrado con los empleados y había examinado los documentos. Pero en cuento tenía un minuto a solas para permitirse siquiera un pensamiento, el mismo le pasaba por la cabeza como una ola de dolor y la arrastraba hacia otro mundo: Einar. Lo echaba tanto de menos que le parecía que si no lo tenía le faltaba un elemento vital para sobrevivir.

Recordó la melena de cabello rubio oscuro ondulando al viento y los ojos grises que reflejaban una tormenta. El rostro serio suavizándose cuando la miraba a los ojos. Las manos… Oh, cielos, esas manos… Eran grandes, cálidas y muy habilidosas, y se adueñaban de su cuerpo como si le perteneciera. La boca que la besaba, la saboreaba y la devoraba. La manera en que la penetraba y le hacía conocer picos de placer que jamás había experimentado. El respeto que le mostraba, la manera en que apreciaba cómo manejaba el hogar y lo mucho que le encantaba lo que le cocinaba. Y cuánto detestaba que hubiera quedado embarazada…

Se obligó a dejar de pensar en Einar y regresar al presente. Con desesperación buscó algo en lo que concentrarse, lo que fuera con tal de distraer la mente de él. Y el corazón.

Y se sumergió en el trabajo como nunca antes.

~

3 DE JULIO

CASI SE PIERDE la cita con la ginecobstetra, y se apresuró a salir de la oficina a las cinco de la tarde. En la sala de espera, sintió que el estómago se le retorcía de nervios. Observó a las otras mujeres que aguardaban a solas, pero también a las que iban con sus parejas, y no pudo evitar sentir celos.

¿Cómo se sentiría tener a Einar a su lado, esperando con las mismas ansias que ella a ese bebé? ¿Y compartir las mismas

expresiones de amor y felicidad que compartían las parejas como si no pudieran creer que ese milagro hubiera ocurrido?

Pero para Einar no se trataba de un milagro, sino de una maldición.

Cielos, ¿qué le pasaba que se había enamorado de un hombre que no quería estar con ella porque estaba embarazada? ¿Era masoquista como para echarlo tanto de menos y querer estar con él a pesar de todo?

—Holly —la llamó la enfermera, y se puso de pie de un salto. El corazón le latía desbocado en los oídos mientras entraba en el consultorio donde le dirían si había perdido al bebé o si se encontraba bien.

Cuando la doctora Felder estaba haciendo el ultrasonido, Holly contuvo el aliento mientras aguardaba el veredicto.

—Estaba muy sorprendida cuando llamaste para contarme las noticias —le dijo la doctora Felder—. Pero, felicitaciones. Estás embarazada —le confirmó, y en el centro del monitor apareció un globo grande y negro en el centro de una sustancia grisácea. La doctora siguió moviendo el escáner—. Y ahí está el bebé.

A la derecha, en contraste con la oscuridad, flotaba una pequeña gominola gris. Holly soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

—¡Y allí está el latido del corazón! —exclamó la doctora Felder.

Holly se rio al tiempo que se le escapaban unas lágrimas de los ojos.

—¿De verdad? —preguntó en un susurro.

—Sí, es un embarazo viable. ¿Cómo te las ingeniaste luego de siete inseminaciones fallidas? Bueno, no importa, no es asunto mío.

Holly tragó con dificultad. A lo mejor no había nada malo con ella. Lo único que necesitaba era un hombre que hubiera nacido cientos de años antes que ella. El hombre que amaba.

—Supongo que tuve suerte —respondió.

—A juzgar por el tamaño, parece que estás embarazada de seis semanas. ¿Es cierto?

—Sí, suena cierto.

—Cuando estés de doce semanas, confirmaremos la fecha, pero de momento parece que darás a luz cerca del doce de febrero.

Holly se secó una lágrima. En febrero, conocería a ese bebé.

—Felicitaciones. Estoy muy feliz por ti. Sé cuánto querías tener un bebé.

Holly sonrió, pero no se le iluminó todo el rostro. Tendría que aprender a vivir sin Einar. Y pensar en qué le diría al bebé acerca de su padre. Y decidir qué les diría a sus padres y a sus colegas en el trabajo.

Tendría que aceptar la realidad de que esa sería su vida. Siempre le faltaría algo. Siempre le faltaría alguien. Porque, aunque por fin había logrado la familia que tanto había anhelado, no se sentiría completa sin Einar y Svanhild.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Islas Orcadas, 31 de julio del 880 d. C.

Einar clavó la mirada en el océano azul infinito y botó el césped que estaba masticando. Había estado mirando el mar todos los días desde que regresó de Sutherland. Todos los días desde que la mujer a la que amaba desapareció delante de sus ojos llevándose consigo su corazón.

Pero ¿qué estaba buscando en el mar? ¿Un bote que la devolviera a su lado? ¿O a un navío de criminales al que pudiera perseguir? Eso le daría una distracción de los pensamientos dolorosos de Holly. No le bastaba pescar, cazar y trabajar en la huerta.

El césped largo susurró a sus espaldas, y se volvió a ver a Svanhild. La niña se acercó para sentarse a su lado y observar el mar. Einar la miró durante unos instantes. A veces no podía creer que esa criatura maravillosa fuera su hija. Era demasiado pura, hermosa, amable y dulce. Los dioses le habían dado la mejor hija que podía desear. Pero él no había sido el mejor padre.

—¿Querías hablar conmigo, padre? —le preguntó.

—Sí —le respondió—. Ahora que las islas están libres de forajidos, por fin podemos empezar a pensar en el futuro. Soy el *jarl*.

Las tierras son nuestras. Ya podemos empezar a invitar a más gente a que venga a instalarse aquí y trabajar en el campo. Podemos establecer relaciones de buenos vecinos con el reino de Sutherland entre otros. ¿Sabes qué implicará eso?

Svanhild lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué?

Einar sintió que se sonrojaba. Holly habría sabido explicar los asuntos delicados de los que tenía que hablar con su hija. Einar no sabía qué estaba haciendo.

—Aún eres una niña, pero dentro de cinco o seis inviernos, tendrás la edad para casarte.

Svanhild abrió los ojos aún más.

—¿Qué quieres decir, padre?

—Quiero que estés preparada y empieces a pensar en qué tipo de esposo quieres. Cuando visitemos a los vecinos, mantén los ojos abiertos.

—Pero no quiero un marido.

Einar la miró sintiéndose avergonzado. Quizás había comenzado a hablar del tema demasiado temprano. Su hija tenía el ceño fruncido.

—Bueno, ahora no, pero te estoy hablando del futuro. Eres mi única hija, y quiero que te cases bien y seas feliz.

—Pero no me quiero casar. Jamás.

Einar se volvió para mirarla solo a ella. No pudo evitar sentir que había hecho algo extremadamente mal en la boca del estómago.

—No sabes de qué hablas, hija. ¿Por qué usas palabras tan duras?

—No quiero morir dando a luz, padre, y dejar a mi hijo del modo en que mi madre me dejó. Y luego Holly se marchó porque tú la echaste por temor a que muriera también.

Las palabras le latieron en la cabeza como el martillo de un herrero contra un yunque. Eso era lo que había hecho mal. Le había dado un mal ejemplo. Un ejemplo que no deseaba que repitiera.

—Svanhild, he cometido errores. No adoptes mis recelos.

—¿Desearías que muera dando a luz?

—¿Cómo dices? Claro que no.

—Bueno, allí tienes. No quiero que mi marido me trate del modo en que tú trataste a Holly. No quiero que me eche cuando quede embarazada.

Einar apretó el mentón.

—Si alguien te echa, te abandona o te hace daño de cualquier forma, responderá ante mí.

—¿Y si acudo a ti embarazada y me echas como la echaste a Holly?

A Einar se le aceleró la mente al tiempo que se imaginaba a una Svanhild adulta y embarazada que acudía a él con lágrimas en los ojos. La imagen lo desgarró.

—Jamás te echaré. No hay nada que puedas hacer para que te rechace, Svanhild.

La niña lo miró. ¿En qué momento había crecido tanto? ¿Acaso separarse de Holly la había puesto tan triste? ¿Y la había hecho tan sabia?

—Pero a ella la rechazaste. Y a mi hermano o a mi hermana también. —Sonaba tan herida que la voz le salió llena de resentimiento.

Einar casi se retorció de la culpa que oyó en la voz de su hija. Pero curiosamente una parte de él se alegraba de que Svanhild le dijera lo que pensaba en lugar de guardar silencio y apartarse de él. Suponía que él también se había abierto más con ella. Había hablado con ella más a menudo y, a veces, le contaba cuentos antes de dormir. Nunca antes se había sentido tan cercano a ella como en el último mes. Y sabía que eso se debía a Holly.

—Están más a salvo en el futuro —le dijo con la voz ronca—. Los curanderos son más poderosos allí. No permitirán que les suceda nada.

Svanhild se volvió hacia él con los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Pero ¿y si no hubieran muerto aquí? Muchas mujeres dan a luz, y tanto ellas como los bebés sobreviven. Mi madre me dio a luz a mí. ¿Acaso no estás dispuesto a ver la oportunidad de que eso ocurra?

Einar suspiró y se volvió. Lo cierto era que sí estaba dispuesto. Soñaba con Holly viva y floreciendo con un bebé en los brazos. Soñaba con otro niño correteando alrededor, riendo con Svanhild

mientras él encendía el fuego para cocinar un arenque. Había querido una familia numerosa durante mucho tiempo. Quería dejarle las Orcadas no solo a Svanhild, sino también a más hijos. Había suficientes tierras para todos. No había llegado a experimentar la sensación de paz y bienestar que comenzó a reinar en la aldea cuando se deshicieron de todos los forajidos. Sin Holly no podía haber ni paz ni bienestar.

—Hay una posibilidad de que eso ocurra, Svanhild. Y sinceramente deseé que fuera posible.

Lo cierto era que Holly se había querido marchar desde el principio, y él había estado a punto de convencerla para que cambiara de parecer. Si no hubiera quedado embarazada, habría hecho todo en su poder para que se quedara. La habría llenado de regalos y le habría hecho el amor con tanta pasión que le habría hecho ver a los dioses. Le habría dicho cómo se sentía en realidad. Le habría confesado que la amaba. Que quería dedicar la vida entera a adorarla en cuerpo y alma.

Y ahora su vida estaba incompleta. Y jamás estaría completa sin ella.

Svanhild suspiró y volvió a mirar hacia el océano.

—Si aún estuviera aquí, ¿cambiarías de parecer? —le preguntó—. ¿Le permitirías quedarse? ¿Correrías el riesgo?

Einar abrió y cerró los puños sintiéndose desamparado. ¿Cómo era posible que su hija de tan solo diez años le mostrara exactamente lo que tenía temor de ver por sí mismo? Era lo mismo que Holly le había dicho antes de marcharse: que estaba desperdiciando su vida al esconderse del dolor y huir de la felicidad.

Sin ella sentía que todos los días iba arrastrándose a través de una tormenta de nieve. Todos los días carecían de vida, de sonido y de sabor. Y cada noche yacía en la cama sin poder dormir, tal y como lo había hecho durante años luego de la muerte de Agdis. Acariciaba la sábana fría sobre la que solía dormir Holly, la buscaba sabiendo demasiado bien que no la encontraría allí.

Hasta los habitantes de la aldea la echaban de menos. La cocinera hacía su caldo de pollo favorito a veces, con esos fideos que tanto le gustaban a Holly. Todos en la casa lo disfrutaban y

llamaban al plato «la sopa de Holly». A pesar de que nadie le preguntó acerca de ella, sabía que los criados hablaban de ella cuando estaban a solas. Los oía a través de la pared de la recámara. Ellos también la echaban en falta.

El consejo de utilizar turba en lugar de madera los ayudaría a sobrevivir al invierno y a mantenerse cálidos durante muchos años. Tanto en las islas Orcadas como en la Shetland abundaba la turba. Solo tenían que escarbar y ponerla a secar antes de almacenarla para el invierno. No tendrían de qué preocuparse.

Einar sabía que no era la persona más alegre. Pero desde que Holly se había marchado, no había dejado de sentir como si hubiera perdido algo vital. Como si una parte de un barco hubiera quedado destrozada, nadie supiera cómo arreglarla, y el barco se estuviera hundiendo rápido. Y ahora parecía como si Svanhild, el bote pequeño, también se estuviera hundiendo.

Einar suspiró y cerró los ojos durante unos instantes. Lo había tenido todo y lo había perdido. Pero ¿se arrepentía de haberse casado con Agdis? ¿De haber tenido a Svanhild? ¿De haberse casado con Holly? La respuesta fue simple y clara. No. Jamás. Había sido feliz. Se había sentido completo. Su vida había valido la pena.

Y lo volvería a hacer todo. ¿Por qué? Porque a pesar del dolor, de la desesperación y el duelo, los días en los que había sido feliz con Agdis habían brillado con más intensidad y habían sabido más ricos que los días tristes. Y, como resultado, había tenido a Svanhild. Y gracias a que había recibido el mayor regalo que existía, había conocido a Holly y había pasado tiempo con ella. La había hecho suya. Había logrado que le respondiera con el mismo afecto que él sentía por ella.

—Cambiaría de parecer, Svanhild —le respondió—. Le rogaría que se quedara. Y les rezaría a los dioses todos los días para que la protegieran a ella y al niño.

—¿De verdad? —le preguntó Svanhild.

—El riesgo de que te rompan el corazón y el de la muerte valen la pena, Svanhild, por los días, los meses y los años que compartes con la persona que amas y tus hijos. ¿Por qué otro motivo estamos aquí?

Svanhild tragó con dificultad y se acercó a él para apoyarse contra su brazo.

—Fui un tonto —continuó—. Si pudiera buscarla y pedirle que regresara, lo haría. Aceptaría el riesgo de que muera dando a luz si ella también está dispuesta a aceptarlo. Si existiera la más mínima posibilidad de que se encuentre en algún sitio en esta época, ya me hubiera puesto de rodillas para rogarle que se quedara con nosotros.

Svanhild lo observó con la boca abierta.

—¿Lo dices en serio, padre?

—Sí. —Se atrevió a abrazar a su hija y sentir su pequeño cuerpo delicado antes de depositarle un beso en la coronilla. La niña se acurrucó contra sus brazos, y a Einar se le derritió la zona que le rodeaba el corazón.

—Y espero que no cometas mis errores —le dijo—. Escoge el amor, Svanhild. Sin importar cuánto dure. Escoge el amor.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Orlando, Florida, 31 de agosto de 2019

—¿Quieres más ensalada, cariño? —le preguntó su madre.

Holly la miró a través de la mesa y reparó en los ojos café, el cabello ondulado y grisáceo y la figura delgada. Su madre siempre había sido pequeña y saludable y le había inculcado la consciencia por la salud. Pero ahora que se encontraba en el cuarto mes del embarazo lo único que quería era comer pizza y un gigantesco filete jugoso envuelto en un pollo asado y al menos un balde entero de pure de patatas con salsa espesa.

Pero su madre había leído que, si Holly tenía una dieta con un índice glucémico bajo, el bebé tendría un peso saludable, Holly tendría un nivel de azúcar en sangre más bajo y no permitiría que el bebé se acostumbrara a los carbohidratos. De modo que la cena consistía en una ensalada de espinaca sin aderezos, palta, salmón a la plancha, que al igual que todos los pescados le producían náuseas, y alubias cocidas al vapor. Luego de la cena, Holly pensaba ir a un restaurante de comida rápida.

—Sí, mamá, gracias. —Holly sostuvo el plato, que aún tenía la mitad del salmón. Al menos la ensalada no le producía ganas de vomitar.

Su madre le ofreció una sonrisa formal.

—Come, come. Ahora comes por dos.

—Sí —repuso Holly. Podía comer otra ración de ensalada, pero nada en el mundo le haría volver a tocar el salmón.

—Cariño, cuéntame cómo va la fusión —le pidió su padre.

Holly le sonrió, agradecida de cambiar el tema de la comida, que siempre hacía que su madre le diera una lección como si fuera una nutricionista profesional.

—Firmamos el contrato la semana pasada. Kamasaki Enterprises es nuestra subdivisión dedicada al desarrollo de centros comerciales, galerías con comercios, tiendas minoristas y ese tipo de cosas.

—Has vuelto a salvar el día, ¿eh? —señaló su padre.

—Estoy segura de que fue un esfuerzo del equipo, como con todo. ¿No, cariño? —acotó su madre.

De repente, Holly recordó las cenas familiares durante los años de la secundaria en las que su madre le preguntaba cómo le había ido en el día y ella le respondía que no había tenido un gran día, porque la secundaria había sido una época complicada. Al oírla, su madre solía buscar motivos para justificar por qué no había tenido un gran día y solía encontrarlos en Holly. Siempre había algo que había dicho, hecho o pensado que había llevado a que sacara malas notas, tuviera problemas con los compañeros de clase o la gente se burlara de ella. Recordó encontrarse en la misma situación en la que había estado Svanhild aquel día con los bravucones de la aldea.

¿Acaso habría sido en esa mesa cómoda, acogedora y familiar donde Holly había desarrollado la creencia de que nunca era lo suficientemente buena? ¿Y quién decía que no lo era? ¿Que siquiera había algo malo en ella? Estaba embarazada. Había conocido al amor de su vida, y sentía que él también la amaba. Se había enfrentado a un vikingo psicópata que había querido asesinarla. Y había salvado la fusión. ¿Había algo de malo en todo eso?

—En realidad, no, mamá —le respondió—. El esfuerzo en equipo sin mí llevó a que Kamasaki casi rechazara el acuerdo. Pero cuando regresé e intervine, pudimos llevar a cabo el trato.

—Oh, está bien, cariño, pero no seas arrogante, ¿no, tesoro?

Holly apretó el tenedor y lo apoyó sobre la mesa.

—Mamá, no estoy siendo arrogante. Me merecía eso. Sucedió gracias a mí, a que construí una relación con el señor Kamasaki y entendí sus motivos para fusionarse con nosotros, que no estaban escritos en ningún papel. Y pude cumplir con las promesas durante la fusión. Alan Murphy y el resto del equipo no pudieron cerrar el trato sin mí. De modo que no es arrogancia, es un hecho.

Su madre la escuchó con los ojos abiertos de par en par, luego inclinó la cabeza y comió.

—No hace falta alzar la voz, Holly. No lo sabía.

—No, no lo sabías, pero lo has asumido, como siempre asumes que todo sale mal por mi culpa. Que hay algo mal en mí.

Su madre tragó la comida y parpadeó.

—¿Cómo dices?

—Los hombres me dejan porque soy demasiado fuerte, según tú. No me podía quedar embarazada porque no comía bien y bebía demasiado café. Y la lista sigue. Siempre encuentras algo que señalar. Y me haces sentir defectuosa. Como si hubiera algo fundamentalmente mal en mí y en todo lo que hago. Ni siquiera mis verdaderos padres me querían…

Holly supo que había ido demasiado lejos. Su madre soltó un jadeo y se incorporó de la silla de un salto. Su padre se quedó petrificado y pálido, mirando a Holly indefenso y con tanto dolor que su hija sintió como si sus palabras lo hubieran cortado al medio. Quizás se debía a las hormonas del embarazo, pero las lágrimas le produjeron ardor en los ojos y comenzaron a rodarle por las mejillas.

—Lo siento —dijo Holly cubriéndose los ojos con las manos y apoyándose sobre la mesa.

Su madre acercó una silla al lado de Holly y la abrazó con las manos pequeñas y fuertes.

—Eran unos idiotas si no te quisieron —le aseguró su madre—. Pero nosotros te queríamos tanto que dolía. ¿Quién no te querría, cariño? Eres hermosa, por no mencionar que eres la persona más fuerte e inteligente que conozco. No te das por vencida y trabajas más que diez hombres juntos. Y claro que gracias a ti se llevó a cabo la fusión. Cualquiera con un poco de cerebro lo puede ver. Lamento mucho ser muy dura contigo, solo quiero que tengas cuidado y que

consideres todas las consecuencias y no te precipites. Nunca quise hacer que te sintieras defectuosa. Solo que tuvieras cautela. Todas las madres quieren que sus hijos estén a salvo. Eso es todo lo que deseo para ti, cariño.

Holly lloró desconsolada en sus brazos. Como siempre, su madre olía a vainilla y se sentía como un refugio. Holly sintió que su padre se movía y tomaba la silla que había al otro lado de ella antes de apoyarle una mano grande y cálida en la espalda.

—Pero entonces ¿por qué me echó? —susurró Holly—. Si no hay nada malo en mí, ¿por qué los hombres no quieren estar conmigo? Bueno, no los hombres, uno. ¿Por qué ese tonto me echó?

—¿Quién? —le preguntó su madre con cautela—. ¿El padre del niño?

Holly asintió y se enderezó para secarse las lágrimas. No les había contado a sus padres lo que había ocurrido en realidad. Solo les había dicho que había conocido a alguien en Escocia y que se quedó embarazada por accidente. Luego les había pedido que no la interrogaran hasta que estuviera lista para hablar. Luego de que su madre le preguntara con cautela si la habían violado y Holly se asegurara de que había estado a salvo todo el tiempo, su madre dejó el tema. Sin embargo, en ocasiones, Holly tenía la sensación de que le costaba tragarse las preguntas. Pero, por lo general, una mirada dura de su padre le bastaba para morderse la lengua.

—Sí, me enamoré de él, y creo que él también me ama. Pero me echó, aunque lo que más quería era estar con él. Tiene una hija, que es una dulzura.

—¿Quién es? —le preguntó su madre—. ¿A qué se dedica?

Holly soltó un suspiro y se secó los ojos. ¿Debería contarles todo?

—Es un *jarl* vikingo. Viajé en el tiempo al siglo IX, y me salvó. Es mi esposo.

Su madre arqueó las cejas.

—Estoy segura de que eso del viaje en el tiempo es alguna especie de metáfora. ¿Quieres decir que tiene un castillo? ¿Posee tierras? ¿Es de la nobleza?

Holly se encogió de hombros. Si insistía en explicarles la verdad, creerían que había sufrido un colapso nervioso.

—Algo así.

—¿Y te has casado con él? —le preguntó su padre.

—Sí, nunca nos divorciamos. Él solo… me echó. Es decir, quería regresar. De hecho, es probable que hubiera regresado de todos modos. Necesitaba cerrar el trato. Pero el motivo principal por el que me quería marchar era que tenía mucho miedo de enamorarme más de él para que luego acabara rechazándome como lo han hecho todos los hombres en mi vida antes que él.

—Y entonces, ¿por qué te echó? —le preguntó su padre y, por primera vez en su vida, Holly oyó una nota de acero en su voz.

—Él… su esposa anterior falleció dando a luz a su segundo hijo. Tenía mucho miedo de que eso me ocurriera a mí también. Nunca quiso dejar embarazada a otra mujer. Como había pensado que al final me marcharía y no me interesaba tener un matrimonio verdadero, creyó que no querría tener hijos.

—Pero ¿te ama? —le preguntó su madre—. ¿Y solo tiene temor a perderte? ¿A ti y al bebé?

Holly apretó los labios.

—Creo que sí, mamá. Creo que me ama. Aunque eso no garantiza que no acabará dejándome como los otros hombres. Jack me amaba al principio. Y Ryan también.

—Cariño, te queremos mucho y nunca querríamos dejarte ir ni abandonarte. El hombre indicado tampoco lo querrá. Jack, Ryan y todos los demás eran unos tontos. Los habría matado si me hubiera enterado el tipo de tonterías que te metieron en la cabeza. Quizás deberías llamar a este hombre. Invítalo a él y a su hija a Orlando. Que nos conozcan. Es tu marido… ¿Y por qué no nos invitaste a la boda?

—Fue todo muy apresurado. Tenía que casarse para cumplir un contrato.

—Está bien. Bueno, quizás puedan hacer otra ceremonia para nosotros aquí. Pero primero llámalo. De seguro se arrepiente de todo. Además, no te vas a morir dando a luz. Nadie muere durante el parto en la actualidad.

«Exacto. En la actualidad».

Holly deseaba poder llamarlo. Sus padres habían aceptado la mitad de la verdad demasiado bien. ¿Podría contarles toda la verdad? Como ese día estaba abriéndose y soltando cosas, decidió contarles todo.

—No lo puedo llamar. Aunque no lo crean, de verdad viajé en el tiempo. Y vive en el pasado.

Sus padres guardaron silencio.

—Cariño, no lo entiendo —dijo su madre al fin—. Suenas como una demente, pero sé que no lo eres.

—Sí, no lo soy. Me limitaré a contarles lo que sucedió y esperar que me crean. No hay nada que pueda hacer para demostrárselos. De modo que me pueden creer o no.

Y luego les contó todo. Les habló de la señora Verdandi, que resultó ser una norna, del árbol y el huso, de Thorir, Einar, Svanhild y también de la aldea. Les contó acerca de la boda y del ataque de Thorir. Les relató cómo las secuestró a ella y a Svanhild y cómo Einar las rescató. Y cómo terminó regresando a su época.

Cuando terminó de hablar, sus padres tenían los ojos abiertos de par en par e intercambiaban miradas anonadadas. En la sala reinaba el silencio. Holly les dio tiempo para procesar todo.

Su padre negó con la cabeza.

—Deberías escribir un libro, Holly. Sería bueno. —Se puso de pie—. Voy a lavar los platos.

Sin embargo, su madre se quedó. Le cubrió la mano con la suya y la miró profundamente a los ojos.

—¿Es verdad? —le preguntó.

Holly asintió con la cabeza.

—Sí.

Su madre también asintió.

—Aunque suene de lo más descabellado, te creo.

Holly sintió como si le hubieran quitado un gran peso del pecho.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque te conozco mejor que nadie —le dijo—. Y lo amas, ¿no?

—Sí.

—Amo a tu padre. Me destrozó no poder darle un hijo. Si amas a Einar y él también te ama, deberías regresar a su lado, cariño. Tu vida será una miseria sin él. Te arrepentirás. Y no hay nada peor que vivir una vida llena de arrepentimiento. No quiero que vivas de esa manera. Lo único que quiero es que tengas una vida plena y llena de felicidad.

A Holly se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Mamá, no tienes ni idea de lo que significa eso para mí.

Su madre le apretó la mano.

—Nunca pensé que fueras defectuosa, cariño. Eres la persona más perfecta que conozco. Estoy muy orgullosa de ser tu madre. Y como lo único que quiero es que seas feliz, te tengo que advertir que te arrepentirás si no intentas encontrar al hombre que amas.

Holly tomó una profunda bocanada de aire.

—Pero mi trabajo…

—¿Te hace feliz? ¿Te sientes satisfecha y lograda?

Holly lo consideró unos segundos. Durante los últimos meses, su trabajo había sido una droga. Una droga para olvidar a Einar. Pero la sensación de soledad y vacío estaba en todos lados, y no hacía más que incrementar. Le encantaba administrar y organizar. Le encantaba estructurar cosas y obtener ganancias.

Pero amaba a Einar. Y podía hacer todo eso en las Orcadas. Podía ayudarlo a incrementar el comercio, a administrar su hogar y mejorar las cosas en las Orcadas. Podía ayudarlo a lograr que las tierras fueran más prósperas que nunca. Y podía darle un hijo. Si era la mujer destinada a darle tres hijos, el primero crecía en su interior en ese mismo instante.

Pero ¿y si la abandonaba? ¿Y si era defectuosa y no era lo suficientemente buena?

No. Era lo suficientemente buena. Ahora se daba cuenta de que siempre lo había sido. Si la abandonaba, no sería porque fuera defectuosa. Y siempre se tendría a sí misma. Su propia aprobación era lo único que le había faltado en su vida y, a la vez, lo único que necesitaba.

—No, mamá. Tienes razón, tengo que intentarlo. Solo viviré una vida a medias si no lo hago. Voy a buscar a mi marido.

CAPÍTULO

VEINTIOCHO

Islas Orcadas, 21 de septiembre de 880 d. C.

Con delicadeza, Einar le apoyó una mano en los hombros a Svanhild y se los bajó. La niña sostenía un arco en la mano izquierda y jalaba la cuerda con la derecha mientras apuntaba una flecha hacia el objetivo de paja que Einar había recubierto con un escudo roto y algunas prendas de lino. En el centro, había dibujado un círculo grande con un trozo de carbón. El objetivo se encontraba entre dos piedras altas y planas que se erguían como columnas. Un poco más lejos se encontraban dos piedras más, una de las cuales era gruesa y tenía un agujero redondo. Einar quería llamarla la piedra de Odín y utilizarla para rezarle al dios y ofrecerle sacrificios o *blóts*. Al fin y al cabo, el dios lo había ayudado a expulsar a todos los forajidos de las islas y a rescatar a Svanhild y a Holly de Thorir.

—Relaja los hombros, Svanhild —la instruyó—. Imagina que estás tocando algo, pero solo con el brazo.

Svanhild dejó caer los hombros y enderezó los brazos.

—Muy bien —la felicitó con el pecho lleno de orgullo. Svanhild era una niña lista y muy capaz—. ¿Ves el objetivo?

Su hija asintió levemente.

—Muy bien. Suelta la flecha cuando estés lista.

En respuesta, exhaló y relajó los dedos. La cuerda produjo un ruido similar a un silbido, y la flecha salió volando. Al cabo de un momento, perforó el centro del objetivo.

Svanhild esbozó una amplia sonrisa, y el pecho se le infló. Podía estar muy orgullosa de sí misma. Luego de la conversación en el acantilado, le había pedido a Einar que le enseñara a protegerse. Era algo que había querido pedirle desde que las rescató a ella y a Holly de Thorir, pero no había reunido el coraje de hacerlo hasta hacía poco.

Al principio, el instinto de Einar era decirle que no; detestaba la idea de que su pequeña hija sostuviera un arma en las manos. Pero si lo pensaba sin perder la razón de tanto preocuparse por ella, sabía que no podría protegerla todos los días. El mundo estaba lleno de hombres sin honor, y una persona de honor siempre tenía enemigos, aunque no lo supiera. Además, su hija había demostrado mucho coraje al proteger a Holly y a sí misma con una aguja de tejer, y eso lo había llenado de orgullo.

De modo que accedió a enseñarle. Comenzaría con el tiro con arco y luego le enseñaría a luchar para protegerse. Si su hija quería aprender el oficio de un guerrero, le concedería ese deseo. Aunque le doliera pensar que tuviera que recurrir a eso porque deseaba mantenerla siempre a salvo, por imposible que fuera.

—¡Acerté! —exclamó y se volvió para abrazarlo.

Einar no había esperado ese gesto y, si lo dejó sin aliento, no fue por el impacto físico sino por la emoción. No lo había tocado desde que era una bebé, y algo cálido lo recorrió entero y se le volcó en el corazón como un bálsamo sanador. La envolvió en sus brazos y la estrechó contra su cuerpo sin poder creer que en efecto lo estuviera abrazando.

—Gracias por enseñarme, padre —le susurró—. No pensé que lo harías.

—Venciste a Thorir Treebeard sin saber nada acerca del combate —le dijo—. Eres valiente. Lo menos que puedo hacer es enseñarte a protegerte como es debido.

Einar decidió ser valiente también y le dio un beso en la coronilla. Tenía el corazón lleno de amor y bondad por su hija, pero su

felicidad guardaba cierta amargura. El dolor que sentía por Holly le llenaba el cuerpo entero y era como una arrasadora ola de vacío. Deseaba que pudiera estar allí. Deseaba que pudiera compartir ese momento con él y Svanhild. Pero la había perdido, no solo a ella, sino también al bebé, y solo se podía culpar a sí mismo.

Ojalá pudiera verla por última vez. Haría lo que fuera para convencerla de que se quedara.

Ese día, el sol de otoño estaba cálido, y Einar rezó porque el clima se mantuviera cálido para el festival de la cosecha que tendría lugar al día siguiente. Como Solver regresaría ese día, a Einar se le tensó la mandíbula al imaginar lo que diría el escaldo cuando se enterara de que Holly se había marchado.

Luego, detrás de la colina con pendiente poco pronunciada, divisó dos siluetas que se acercaban. Parecía tratarse de un hombre y una mujer. Einar soltó a Svanhild y entrecerró los ojos contra el sol para intentar ver quiénes eran. Loki debía de estar jugando con su mente porque le pareció ver que la mujer tenía el cabello rojizo. Como el de Holly. Pero el cabello de esa mujer era más largo y casi le llegaba hasta los hombros.

Soltó a Svanhild y comenzó a andar hacia los dos. Lo movía la necesidad de ver si era su imaginación o la realidad.

La mujer pareció apretar el paso, y Einar echó a correr hacia ella sin poder contenerse un instante más. El corazón le latía tan desbocado en el pecho que creyó que se le escaparía. Los músculos le cosquilleaban y le dolían. Era un tonto por siquiera guardar la esperanza de que Holly iba a regresar. Estaba a punto de sufrir la mayor desilusión de toda su vida.

Pero el césped verde le pasaba volando bajo los pies, el cielo azul se iluminó, y el sol lo abrasó. De pronto, se encontró lo suficientemente cerca como para ver.

Era Holly. Aún se encontraba bastante lejos cuando se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible y cayó de rodillas.

La observó avanzar hacia él con el hermoso rostro iluminado por una sonrisa y esos ojos grandes y verdes al tiempo que el cabello se agitaba con el viento. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios rojos.

Había algo distinto en ella, quizás la redondez femenina de su figura. Tenía el vientre algo crecido bajo el vestido verde con delantal, lo que le indicaba que seguía embarazada de él, y los ojos le ardieron con las lágrimas de alegría que luchó por contener.

No podía dejar de mirarla. No podía quitarle los ojos de encima ni un instante por temor a que fuera una visión después de todo. Pero un destello de lino blanco y cabello dorado le pasó volando por delante y le aseguró que no era ninguna visión. Svanhild no se cayó de rodillas, sino que echó a correr a toda velocidad hacia la mujer.

—¡Holly! —la llamó Svanhild—. ¡Holly! ¡Has regresado!

Luego Einar vio que Svanhild casi la derribaba al suelo al arrojarse en sus brazos y envolverle la cintura. Holly se iluminó aún más sin apartar la mirada de Einar, pero abrazando y besando a Svanhild.

—Estoy aquí, tesoro —le dijo con voz temblorosa y lágrimas en las mejillas.

Al lado de Holly, se encontraba Solver con una sonrisa de satisfacción. Alzó una mano para saludar a Einar y, de algún modo, ver a Solver volvió la escena más real. Holly se encontraba allí, por algún milagro y por la buena voluntad de los dioses.

Einar se obligó a incorporarse y a caminar hacia ella sintiéndose como si le hubieran amarrado troncos bajo los pies.

—Tesoro, dame un momento para hablar con tu padre —le pidió Holly a Svanhild, que la soltó sin dejar de sonreír y se fue a parar al lado de Solver para observarlos. Holly miró a Einar a los ojos y caminó hacia él.

Se encontraron en el centro. Einar tenía la garganta tan tensa que no logró encontrar palabras. En cambio, se la devoró con la mirada y supo sin ningún lugar a dudas que jamás había visto nada más hermoso.

—Has regresado —dijo con la voz ronca.

—Sí.

Silencio. Holly tragó saliva. A lo mejor a ella también le costaba hablar.

—¿Por qué? —le preguntó Einar.

—Para estar contigo —le respondió—. Para ser tu esposa. Para ser la madre de Svanhild y la madre de este niño también. —Se frotó el vientre hinchado—. Bueno, si me aceptas. ¿Qué dices?

A Einar se le dio vuelta el mundo. Todo se iluminó y ganó color. Una ola de alivio le recorrió el cuerpo de pies a cabeza, seguida de otra de amor que se parecía al calor de la luz dorada del sol, la suavidad de una buena cepa de hidromiel y la frescura de la brisa matutina.

¿Qué le decía? Por fin, el vacío que sentía en el pecho comenzó a llenarse y la sensación de integridad le pareció un parche suave sobre las grietas y cicatrices del corazón.

—¿Preguntas qué digo? —le respondió al tiempo que la envolvía en sus brazos.

Se sentía muy bien, pequeña, suave y cálida apretada contra su cuerpo. Cómo había echado de menos sentirla así, oír su voz al oído y sentir la delicadeza de sus labios.

La besó y se hundió en el sabor de ella. Los labios eran como pimpollos suaves y suculentos. La besó con suavidad, pero un hambre voraz comenzaba a rugir en su interior; era el hambre por su cuerpo, por conectar con ella alma a alma, que no se había saciado desde el primer momento en que la vio.

Cuando se apartó, Holly lo observaba sin aliento.

—¿Eso significa que me aceptas? —le preguntó.

—Te amo más que a la vida misma —le dijo—. Te amo tanto que te acepto de la manera que sea.

Holly le sonrió.

—Claro que te acepto —concluyó.

Holly le apoyó la frente contra el pecho y le frotó la nariz.

—Gracias a Dios. Estaba preocupada de que me rechazaras. Pero me habría quedado hasta hacerte cambiar de parecer. Porque yo también te amo, Einar. Estoy lista para estar contigo, aunque en algún momento te canses de mí o descubras algo de mí que no te guste y me dejes.

Einar se rio.

—Mujer, dices tonterías. Jamás me cansaré de ti, y nada de lo que descubra de ti me hará dejarte. Te tendré a mi lado y te amaré

mientras los dioses me lo permitan.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿A pesar de que tendré que dar a luz aquí?

Tragó con dificultad, y se le formó una piedra de temor en el pecho al imaginarla sufriendo los dolores del parto.

—Te tendré mientras los dioses así lo permitan. Haré un sacrificio a diario si es necesario. Pero si llega tu hora de partir, atesoraré cada día que haya compartido contigo. Cada palabra que hayas dicho. Cada beso y cada caricia. Y te amaré hasta el último momento de mi vida.

Al oírlo se iluminó.

—Y yo también —le susurró—. Yo también.

Svanhild apareció a su lado y los abrazó con el rostro lleno de felicidad.

—Solver me contó cómo llegaste aquí.

Entonces el escaldo se acercó al grupo.

—Holly apareció hace una semana en Avaldsnes —le dijo a Einar—. Se encontraba en un barco comerciante de Sutherland y deseaba pedirle al rey Harald que le concediera un barco para venir aquí. Como yo iba a venir al festival de la cosecha, tuve la suerte de traerte a tu amada esposa.

—¿Por qué fuiste a Avaldsnes? —le preguntó Einar—. ¿Por qué no aquí?

—Nadie venía aquí desde Durness, pero había un barco comercial con destino a Avaldsnes, de modo que se me ocurrió hablar con el rey Harald. Le dije que me permitiste visitar a mi familia, pero que el barco que me había llevado quedó destruido en una tormenta y no podía regresar.

—¿Cómo has vuelto a viajar en el tiempo? —le preguntó Einar.

—Tuve que buscar a la norna. No fue nada fácil. Aún se encontraba en Escocia, con otra «clienta». Fue conmigo al mismo sitio en que nos encontramos con ella y me dio el huso dorado. Pero me dijo que no puedo regresar. Esta fue la última vez. Y no tengo ningún problema con eso, Einar. No hay nada que desee más que estar con mi familia. Aquí.

Einar sintió una sonrisa gigante que se le dibujaba en el rostro bajo la barba.

—¿De modo que nunca te podrás marchar? —le preguntó.

—No.

Einar abrazó a su esposa embarazada y a su hija.

—¡Gracias a Odín!

CAPÍTULO

VEINTINUEVE

Islas Orcadas, 19 de febrero de 881 d. C.

—No falta mucho, tesoro —le dijo Bera sin apenas apartar la mirada del tejido, bueno, en realidad del *nålbinding* para mirar a Holly. Bera se veía muy cómoda al lado de la turba que ardía en el hogar, que llenaba la recámara de una calidez agradable. Einar estaba pescando en uno de los lagos que había cerca, aunque se había marchado de su lado a regañadientes. Svanhild le había pedido que le enseñara a pescar, y Holly lo había incentivado a ir.

Holly respondió con un mugido similar al de una vaca. Se apoyó contra la cama y se arrodilló en el suelo cubierto de pieles suaves. Esa era la posición más cómoda para respirar entre contracciones.

No, no eran contracciones, se corrigió. Eran aluviones. Eso era lo que decía el libro de hipnoparto que había leído. No debía pensar en eso como algo doloroso, tenso o desagradable. Eran fuertes aluviones de energía, intensas olas que debía montar respirando profundamente.

—Muuuuuu —mugió Holly al tiempo que exhalaba despacio y un dolor intenso le atravesaba el estómago redondeado.

Sonrió y se rio a pesar de que el aluvión y el dolor no habían disminuido.

—Parezco una vaca, ¿no? —le preguntó a Bera cuando la contracción pasó.

—Sí. —Bera le sonrió—. Puedes sonar como el mismo Hel si quieres. Haz lo que sea necesario para que esto sea más fácil para ti.

—¿Los libros que traje te han sido de ayuda?

Holly había llevado muchos libros acerca de la obstetricia e incluso un libro de medicina con una descripción detallada con fotografías de una cesárea. Se los había traducido oralmente Bera.

—La parte de la cesárea me resultó interesante, pero tendré que practicarla con ovejas y vacas antes de intentar hacer algo semejante con una mujer. Me parece maravilloso lo que pueden hacer los curanderos de tu época. Pero tenemos que confiar en que los dioses y las nornas nos tejan un buen destino.

Holly asintió con la cabeza. Debía de estar loca para intentar hacer eso allí, pero había tomado su decisión y se quedaría con su hombre. De modo que respiraría, se relajaría y confiaría en que su cuerpo podría hacer el trabajo. Y pronto sostendría a su bebé en sus brazos.

La siguiente ola fue más intensa y larga que la anterior.

—MUUU.

Unos pasos pesados resonaron desde el otro lado de la pared, y al cabo de unos segundos la puerta se abrió de par en par. Einar se encontraba de pie con nieve en las botas y los ojos abiertos de par en par.

—Holly, ¿estás…?

—Mmm —gimió Holly. El temor que sentía su esposo la empezaba a afectar, la ponía tensa y le hacía sentir más dolor con la contracción.

—Sí —le respondió Bera—. Y será mejor que salgas de aquí.

Detrás de él, se encontraba Svanhild, que observaba a Holly con los ojos llenos de temor.

Holly exhaló y se enderezó cuando se le pasó el aluvión.

—Einar, Svanhild, todo va bien —les dijo—. Si se quieren quedar, pueden hacerlo, pero deben dejar su temor al otro lado de la puerta. Este no es sitio para la ansiedad. Aquí solo necesito tranquilidad,

sonrisas y alegría. Porque sueno como una vaca, y no sé si estás listo para ver a tu esposa como una vaca.

Einar tragó con dificultad y relajó el rostro antes de asentir con la cabeza.

—Y bien, ¿qué deciden? —les preguntó—. ¿Se quedan o se van?

—Esperaré afuera y te haré tu sopa favorita con pollo y fideos —le dijo Svanhild antes de desaparecer.

—¿Y tú? —le preguntó a Einar.

Al principio, el hermoso rostro de Einar era una mueca de angustia. Luego algo cedió en él, y su expresión se convirtió en una decisión final.

—Me quedo —le dijo y se quitó el abrigo de invierno.

—Primero debes lavarte las manos —le indicó Bera.



Einar no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que entró en esa pesadilla. Al igual que con Agdis, Holly estaba sufriendo, desgarrada por el dolor, y no había nada que él pudiera hacer para ayudarla. Le podía llevar agua, sostenerle la mano y secarle la frente. Podía respirar con ella y hacer esos sonidos de vaca que solo le hacían pensar en sacrificios y en la muerte. Y eso hacía que el temor feo y frío que tenía en la boca del estómago creciera cada vez más.

Los «aluviones», como Holly los llamaba, eran cada vez más frecuentes y más largos. Y, por ende, mugía más fuerte.

—Aún estás aterrado —señaló tras un aluvión muy intenso—. Lo puedo sentir y me hace tensar aún más. Y, si estoy tensa, el parto será más largo y más peligroso. Lo único que necesito es relajación absoluta, una actitud de «todo saldrá bien» en la habitación. ¿De acuerdo?

Einar asintió con la cabeza sin creer en nada de eso. ¿Cómo podía creer que todo saldría bien?

—Hazme reír. Bésame. Cuéntame una historia. Pero no te quedes ahí sentado como un tronco seco y viejo ni me fulmines con la

mirada.

¿Que la hiciera reír? Por el amor de Loki, ¿cómo se suponía que la haría reír cuando en lo único que podía pensar era en rezar? «Por favor, Odín y Freyja, no se la lleven de mi lado».

—Te puedo besar —le dijo—. Puedo hacer eso.

Cuando Holly sonrió, el mundo se iluminó. Agdis jamás había sonreído durante el parto.

—Está bien —dijo Holly—. Buen chico.

Aún estaba arrodillada en el suelo y apoyada contra la cama. Einar se sentó en el colchón y se inclinó hacia ella. La atrajo hacia él y la besó con delicadeza y dulzura para hacerle saber con los labios y la lengua lo mucho que la amaba.

—Mmm. —En esta ocasión no fue un mugido lo que se le escapó de los labios, sino un gemido que conocía muy bien. Era un sonido que le encendía un fuego en las venas.

Bera tosió, y tanto Holly como Einar se quedaron petrificados y luego rompieron a reír.

—¡Aaahhh! —Holly cerró los ojos y respiró hondo, pero, para su sorpresa, no dejó de sonreír levemente durante todo el aluvión.

Luego, al cabo de unos instantes, abrió los ojos y le sonrió más.

—¿Ves? —le preguntó—. Esto está mucho mejor.

Einar se rio.

—Si besarte te salvará la vida, jamás dejaré de besarte.

Holly se rio. Luego cerró los ojos y volvió a mugir mientras respiraba hondo. Einar la observó y respiró con ella sin soltarle la mano. Por dentro, admitía que se sentía mucho más tranquilo en ese momento. Si lo consideraba con detenimiento, ese parto era diferente al de Agdis, pero eso no quería decir que iba a terminar bien.

Desechó ese pensamiento. Tenía que creer que todo saldría bien. La norna ya había predeterminado su destino. La única forma de ayudar a Holly era siendo positivo. Y besándola.

Luego de lo que se sintió como una eternidad, Holly abrió los ojos.

—Creo que ha llegado la hora —dijo.

—¿Sientes que debes pujar? —le preguntó Bera.

—Sí.

—Voy a ver.

Bera se puso de pie, se arrodilló detrás de Holly y le alzó la falda de la túnica.

—Oh, sí, muchacha —le confirmó Bera—. Puedo sentir la cabeza. Cuando tengas otro aluvión, puja, querida —la instruyó—. Y deja que tu cuerpo haga lo que quiera hacer.

Ese había sido el momento en el que Agdis no había podido dar a luz. Mucho tiempo había transcurrido, varios días incluso, y solo había conseguido retorcerse de dolor hasta que acabó muriendo en sus brazos.

—Está bien. —Holly sonrió. Tenía el rostro sonrojado y los párpados entrecerrados. Parecía como si lo estuviera mirando desde otro mundo—. Aquí vamos —susurró al exhalar. Luego dejó de respirar, apretó la mano de Einar y se puso tensa.

Con el rostro sonrosado, se retorció un poco y gruñó. Luego exhaló e inspiró una gran bocanada de aire.

—Oh, cielos, esto sí que es trabajo duro —dijo—. ¿Me dan agua, por favor?

Einar le dio el agua, y la bebió sedienta. No se veía como Agdis, que había estado llorando de dolor entre las contracciones. Holly se veía tranquila y relajada, aunque algo cansada. Einar no había estado presente durante el nacimiento de Svanhild, pero se imaginó que un trabajo de parto normal iría como ese. Miró a Bera, a quien se le suavizó la mirada antes de asentirle con la cabeza.

—Esto es bueno —le dijo—. Es bueno.

Einar exhaló justo a tiempo de que Holly le volviera a apretar fuerte la mano. Luego comenzó a gruñir otra vez mientras se le tensaba y sonrosaba el rostro. Inspiró hondo y volvió a pujar.

Luego se relajó unos segundos y cerró los ojos.

—Einar, frótame la espalda —le pidió.

Einar estaba contento de poder hacer algo por ella, lo que fuera que pudiera aliviarla. Se arrodilló en el suelo y comenzó a masajearle la espalda como a ella le gustaba.

—No, más abajo y más fuerte —le pidió.

—De acuerdo, Holly.

Hizo lo que le pedía y le frotó la espalda en movimientos circulares. Holly echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, qué bien se siente —comentó.

Y entonces continuaron. Holly se fue relajando y suavizando para luego tensarse, estremecerse, sonrojarse y gruñir. Einar no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Bera la examinaba debajo de la falda sin decir nada, pero, como el rostro de la curandera permanecía calmo, Einar no le hacía ninguna pregunta para no alarmar a Holly si algo iba mal.

Ahora sus gemidos eran más largos y pronto comenzó a emitir unos sonidos suaves y bajos cada vez que soltaba el aire. Luego, mientras pujaba, gritó de dolor y echó el rostro hacia atrás.

—¡Ay, ya basta! ¡Ya basta!

Bera hizo a Einar a un lado y le alzó la falda a Holly para examinarla.

—Ya asoma la cabeza —anunció—. Estás atravesando el círculo de fuego, muchacha. Sigue. Un poco más y podrás sostener a tu bebé.

Tembloroso, Einar soltó el aliento. ¿Era cierto? ¿Ya casi acababa todo? ¿No la perdería? Bera mantenía las manos apoyadas entre las piernas de Holly.

—¡Aaahhh! —gritó Holly, y a Einar se le congeló la sangre.

—Trae sábanas limpias —le ordenó Bera—. Deprisa.

Einar corrió hacia la pequeña pila de sábanas limpias que la misma Holly había tejido. Sobre la cima había un hilo blanco y uno rojo. El blanco se utilizaría para amarrar el cordón umbilical, mientras que el rojo tenía una cuenca de color ámbar que le pondrían al bebé en la muñeca para que estuviera protegido. También había un hilo negro, y Einar sabía que Bera debió haberlo quemado antes ese mismo día durante el ritual que se hacía para espantar a la muerte y la mala suerte. Holly había preparado los hilos durante el embarazo bajo las instrucciones detalladas de la curandera.

Einar sostuvo la pila de sábanas delante de Bera, que tomó una para cubrirse las manos.

—¡Una vez más, muchacha! —la instruyó Bera.

—¡Aaahhh! —gritó Holly, y el sonido fue un ruego doloroso.

Luego Einar oyó un sonido apenas audible, bajó la mirada y, cuando vio una pequeña cabeza entre las piernas de Holly, sintió que se le detenía el corazón.

—Muy bien —le dijo Bera—. Ya ha salido la cabeza. Si vuelves a pujar, tendrás al bebé en tus brazos.

Holly jadeó con la cabeza colgando entre los hombros. Luego reunió fuerzas, volvió a gruñir y perforó el aire con un gruñido propio de un animal.

El bebé se deslizó tranquilo hacia la sábana que sostenía Bera.

—Eso es —le dijo Bera—. Aquí está tu hijo.

Einar observó cómo giraba al bebé y le daba unas palmaditas en el trasero antes de que el niño llorara. A Einar le latía el corazón tan desbocado que creyó que se le saldría de la garganta. La sensación de dicha y felicidad se le esparció por el pecho, el estómago y todo el ser.

—Ayúdala a meterse en la cama —le dijo Bera—. Aún debemos esperar la placenta, pero necesita descansar ahora.

Con las piernas débiles, Einar ayudó a Holly a meterse en la cama. Las pieles estaban cubiertas con algunas capas de sábanas limpias. El bebé seguía llorando y no le habían cortado el cordón oscuro. Holly miró a Einar a los ojos y le sonrió.

Y entonces supo que no la había perdido. La besó feliz y delirante de sentir la confianza que le inundaba el pecho. Se sentó al lado de Holly mientras su esposa se recostaba contra las almohadas, se abría las tiras de la parte delantera de la túnica y se apoyaba a su hijo contra el pecho desnudo. Bera sujetó el hilo blanco alrededor de la cuerda oscura que conectaba a Holly con el bebé.

El niño era pequeño, arrugado y muy rosado. Cuando Holly lo cubrió con un trapo de lino y una sábana que Svanhild había hecho, dejó de llorar y se acurrucó contra Holly.

—Está buscando el pecho —le dijo Bera.

—Oh, claro, pequeño —le susurró Holly.

Mientras ayudaba al bebé a encontrar el pecho y comenzar a succionar, Einar no pudo dejar de admirar la imagen que tenía delante de él. Su hermosa esposa y su hijo. Su hijo.

Entonces alguien llamó a la puerta y la abrió. Svanhild echó un vistazo al interior con los ojos abiertos de par en par y llenos de temor y curiosidad.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro que sí —le dijo Holly—. Ven a conocer a tu hermano.

Svanhild avanzó hacia la cama y se detuvo al lado de Einar para mirar al bebé con los ojos abiertos y la sonrisa de felicidad más grande que Einar había visto en su vida.

—Se parece a ti, padre. ¿Cómo lo llamarás?

—Debemos aguardar a bendecirlo con agua delante de los dioses —le explicó Einar—, pero ya tengo una idea.

—¿Cuál es? —le preguntó Holly.

Le sonrió y le pareció que era la diosa de la fertilidad, la belleza y la feminidad. Algo había cambiado en ella: las arrugas alrededor de los ojos se le habían suavizado y un brillo único apareció en lo más profundo de ese verde intenso. Parecía como si acabara de aprender el significado secreto de la vida y la felicidad y como si se lo pudiera compartir a Einar cuando la miraba a los ojos.

—Baldr —le respondió—. Significa fuerte y valiente, y también es el nombre del dios fuerte y atractivo.

—Me gusta —anunció Svanhild.

—A mí también —dijo Holly con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias por dármelo —le dijo a Einar.

—Gracias a ti, esposa —le respondió él—. Este es el primero. Según tu profecía, faltan dos más.

Holly le sonrió y se acercó para besarlo.

—Con mucho gusto, esposo. Hagamos que nuestro árbol familiar crezca fuerte y alto.

Einar sintió que el pecho y el alma se le llenaban de felicidad al besar los labios de su esposa. Y no supo si estaba saboreando amor, paz o plenitud.

Pero decidió aceptarlo todo, durante toda la eternidad, siempre y cuando estuviera con Holly y su familia.

EPÍLOGO

Cercanías de la aldea de Tongue, Sutherland, Norte de Escocia, 5 de mayo de 882 d. C.

—Es aquí —les dijo Holly a Einar, Svanhild y Baldr—. Este es el sitio en el que aparecí hace dos años.

El viento le soplaba en el rostro mientras contemplaba la colina desnuda. A su lado, se encontraban su esposo, su hija y su hijo, a quienes amaba más que a la vida misma.

Svanhild sostenía una bola de pelos grisácea con dos ojos enormes y dorados: el gato Loki, que parecía más un perro que un gato y no quería separarse de la niña ni un instante.

Holly estaba embarazada de nuevo, probablemente en el primer trimestre, aunque sin ultrasonidos ni médicos, era difícil determinarlo con exactitud porque sus ciclos menstruales no eran regulares.

La colina aún estaba desnuda y sin árboles, y Holly sintió que había tomado la decisión correcta. Debían plantar un árbol allí, pues de lo contrario, la Holly del futuro no podría viajar en el tiempo. Por suerte, en la aldea de Tongue no quedaba ningún indicio del ataque que habían sufrido los habitantes hacía dos años. La aldea estaba en plena actividad de primavera, y los lugareños se preparaban para sembrar los cultivos.

Holly y su familia también habían ido allí a sembrar algo. En una mano, Einar sostenía el plantón de un fresno y en la otra, una pala.

Svanhild dio unos pasos hacia adelante.

—¿Y dónde estaba el árbol? ¿Aquí?

Holly entrecerró los ojos intentando recordarlo.

—Quizás un par de pasos a la derecha. —Svanhild se movió y se detuvo—. Sí, creo que allí.

—¿Y crees que este árbol sobrevivirá más de mil años y te traerá de regreso a nosotros en el futuro? —le preguntó Svanhild.

Holly miró a Einar. Los ojos grises de su marido siempre la calmaban. Le encantaba que fuera su roca y que siempre la apoyara.

—Sí, Svanhild —le respondió Einar—. No se ve ningún árbol por aquí, de modo que no es probable que ese árbol sea una casualidad. Holly dijo que era muy viejo, grueso y alto. Debió haber sobrevivido cientos de años.

—Y, al parecer, tengo que tomar las riendas del asunto. —Holly sonrió—. La norna solo me ayudará a llegar hasta cierto punto. Pero a veces el destino de uno requiere que la persona decida ayudarse.

Svanhild abrió los ojos de par en par.

—Entonces enviarás un regalo del pasado al futuro. Pero ¿para ti misma?

Holly asintió con la cabeza.

—Supongo que sí.

Einar avanzó hacia Svanhild.

—¿Aquí, Holly?

—Sí —respondió.

Mientras comenzaba a cavar, Holly se meció para acomodarse a Baldr contra la cadera. Era un niño grande, de cabello rubio oscuro como su padre y unos ojos grises que siempre reflejaban curiosidad y buscaban algo. Miraba fascinado a Einar mientras cavaba y se retorció para que Holly le permitiera bajar antes de comenzar a avanzar tambaleándose hacia su padre. Se aferró a la falda de Svanhild y se quedó de pie observando todo.

—Papá —lo llamó—. Papá.

Holly se rio.

—Probablemente piensa que estás jugando con la tierra, porque él hace lo mismo con la pala de juguete.

Holly revolvió la bolsa de viaje y extrajo un balde y una pala de juguete que Einar había hecho para su hijo, y Baldr pisoteó fuerte y chilló de alegría. Acto seguido, comenzó a cavar, aunque no ayudó mucho. Pero Einar se rio, y toda la familia se le unió.

—Eres mi pequeño asistente. —Einar le sacudió el cabello a su hijo.

Al cabo de unos minutos, el hueco fue lo suficientemente profundo, y Einar colocó el plantón en él antes de cubrirlo con tierra para asegurarse de que estuviera bien plantado. Holly tuvo ganas de decir una bendición o algo para proteger al pequeño fresno que parecía demasiado frágil y pequeño contra el viento fuerte, la vastedad del mar y las colinas sin fin que se erguían a sus espaldas.

Einar la estrechó contra su cuerpo y le pasó el brazo por encima de los hombros. Loki arqueó la espalda y se frotó la oreja contra la pierna de Svanhild, luego se sentó a sus pies y la abrazó con la cola. Svanhild alzó a Baldr en los brazos, y toda la familia observó el fresno.

—Cuando te vi en las Orcadas me hablaste —le dijo Holly al árbol—. Allí no hay muchos árboles, pero algo en ti me hizo detenerme y mirarte antes de seguir andando. Y luego tuve la idea de que necesitaba plantar un árbol para permitir que mi yo del futuro pudiera viajar en el tiempo. Y algo en mí supo que tú eras ese árbol.

Inhaló profundo y exhaló mientras intentaba dejar que las emociones pasaran y no la hicieran llorar.

—Me has llevado ante el hombre que amo, el que estaba destinado para mí y el que me hace feliz. Es el hombre que me demostró que no hay nada malo ni defectuoso en mí. El que me permite florecer y vivir cada día sintiendo gratitud por la felicidad que le da a mi vida. También me has dado a la mejor hija que una mujer pudiera desear: Svanhild. Me has dado un hijo y, con suerte, me darás dos más, algo que deseé desde que era pequeña.

Le apretó la mano a Einar, y su esposo la abrazó por el hombro.

—Jamás conocí a mis padres biológicos, pero siempre quise ser la madre biológica de mis hijos y hacerles sentir el verdadero apoyo y amor que una madre puede dar. Pensaba que era muy importante estar conectados por la sangre, pero ahora veo que la familia se trata del amor que nos une. No hay ninguna diferencia entre el amor que siento por Svanhild y el que siento por Baldr. Ahora sé que mis padres me aman de verdad y que son mis verdaderos padres, algo que mis padres biológicos jamás podrían haber sido. ¿Quién iba a saber que tendría que cruzar cientos de años para darme cuenta de eso? —Se rio—. Bueno, supongo que tú lo sabías, ¿no, pequeño?

Todos sonrieron, y Baldr se movió y le estiró los brazos a Holly, quien lo tomó de los brazos de Svanhild y se lo acomodó contra la cadera.

—Así que ahora puedes crecer, árbol del tiempo. Crece fuerte, crece alto y crece para traerme aquí. Crece como está creciendo mi familia. Crece y echa tus raíces en lo más profundo de esta tierra. Y yo haré lo mismo con las mías.

Abrazó a Einar y Svanhild y apoyó la mejilla contra la cabeza de su hijo. Sentía que los brazos eran ramas largas y anchas, y se sentía enraizada allí, segura y tranquila. El amor se expandía en todo su ser, tanto el amor intenso, apasionado y devastador que sentía por Einar como el amor maternal, cálido y tranquilo que sentía por sus hijos.

Y mientras observaba cómo el viento jugaba con las hojas jóvenes de color verde pastel del fresno, supo en lo más profundo de su corazón que ese árbol sobreviviría y un día la llevaría a casa para estar con Einar, en el sitio donde siempre debía estar.



GRACIAS POR LEER **EL DESEO DEL VIKINGO**. Espero que hayas disfrutado la historia de Holly y Einar. Descubre qué sucede después cuando las Nornas envían a Cathy a conocer a su alma gemela, Andor, en **EL RECLAMO DEL VIKINGO**.



Ella es el enemigo, pero no puede dejar de desearla. Cuando una alegre viajera en el tiempo agarra a un vikingo gruñón en un mal día, ¿podrá el enfado transformarse en pasión?

Lee EL RECLAMO DEL VIKINGO ahora >

⭐⭐⭐⭐⭐ *"Una lectura fascinante"*

Suscríbete al boletín de Mariah Stone: https://mariahstone.com/es/signup/

¿Te apetece un Highlander?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

Impresionante, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O quédate en la Era Vikinga y lee un extracto de **EL RECLAMO DEL VIKINGO**.

~

Los Ángeles, 8 de enero de 2019

—Eso está mejor, Brad —dijo Cathy mientras alzaba el tubo endotraqueal para limpiar los restos de espuma de afeitar del rostro de su prometido—. Ahora puedo volver a verte el rostro.

Lo observó con la esperanza de ver una contracción nerviosa, un aleteo de las pestañas o cualquier otro movimiento. Pero lo único que se movió fue la bomba de la máquina de ventilación que tenía al lado y la línea del monitor cardíaco. Se obligó a sonreír y añadió:

—Creo en los milagros. Creo que regresarás a mí.

Cuanto más la decía, la afirmación se sentía cada vez más falsa, como si se estuviera mintiendo a sí misma.

—Solo relájate y descansa, mi amor —murmuró—. Cuando salgas del coma, estarás acicalado y fresco, como si hubieras estado durmiendo mucho tiempo. —Le dio un beso en la punta de la nariz.

Luego le aplicó su loción favorita para después del afeitado. Inhaló la fragancia masculina del producto, y la mente se le llenó de recuerdos de cuando observaba a Brad en el espejo del baño mientras se aplicaba la loción en las mejillas. No podía evitar hacer muecas al sentir el ardor del producto ni soltar exclamaciones de alivio que siempre la hacían sonreír.

Cathy lo observó con cautela con la esperanza de ver el eco de una mueca. Sin embargo, nada. Guardó los productos de afeitar en el bolso y recogió un mechón de cabello rubio oscuro que le caía sobre el hombro.

—Sí, mi amor. Ya es hora de un corte de pelo. Pero mañana.

Las puntas del cabello de Brad estaban decoloradas gracias a toda la luz solar a la que había vivido expuesto a diario como instructor de surf y surfista profesional, pero el nuevo cabello que le había crecido desde que lo habían internado era del color del trigo oscuro. Cathy deseaba poder volver a mirarlo a los ojos celestes. Deseaba verlo sonreírle una vez más. Y escucharlo decirle lo hermosa que se veía ese día y lo mucho que la amaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le tomó el mentón entre las manos y le acarició los pómulos altos con el pulgar.

—Regresa a mí, Brad —le susurró— Por favor, regresa a mí.

Un llamado a la puerta la hizo sobresaltar e incorporarse para limpiarse las lágrimas antes de volverse y ver a la doctora Gentzelman y al padre de Brad, Eric, en el umbral. Eric era un calco de Brad, solo que más grande. Alto, corpulento, con cabello grueso y rubio tornándose grisáceo, tenía los mismos ojos celestes y el mismo mentón cuadrado. Sin embargo, en el transcurso de los últimos doce meses, los hombros se le habían hundido y le habían aparecido unos círculos oscuros debajo de los ojos. Y, por primera vez, Cathy notó que comenzaba a verse como un anciano.

—Hola, Cathy —la saludó la doctora Gentzelman—. ¿Estamos interrumpiendo?

Cathy se obligó a sonreír.

—No, no. Por supuesto que no. Disculpen, estoy un poco sensible hoy.

La doctora sacudió la cabeza y le ofreció una sonrisa amable.

—No te disculpes. No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser esto para ti. —Miró a Eric y añadió—: Para los dos.

Las arrugas alrededor de la boca de Eric se profundizaron. Cathy se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ya me iba, así que puedes pasar tiempo con él.

Tomó el bolso y estaba a punto de marcharse, cuando Eric la hizo detenerse:

—Necesito hablar contigo, Cathy.

Cathy sintió que el estómago se le hundía, pero asintió con la cabeza y lo miró.

—No está mejorando —comenzó Eric—. Ya ha pasado más de un año. Linda y yo… queremos dejarlo ir.

Cathy cerró los ojos, y un dolor lacerante la arrasó. Sintió como si alguien le hubiera robado el suelo bajo los pies. Cuando abrió los ojos, vio a la doctora y a Eric borrosos.

—No —se negó.

—Debes considerarlo, Cathy —intervino la doctora Gentzelman—. Lamento mucho decir esto, pero es muy posible que el coma de Brad sea permanente. Su cerebro no muestra casi ninguna señal de actividad, y luego de un año las chances de que regrese son casi nulas. Estamos manteniendo su cuerpo con oxígeno y le suministramos nutrientes, pero Brad ya no está con nosotros.

Cathy negó con la cabeza.

—No lo sabes. Podría estar allí todavía. La gente sale de estados de coma todo el tiempo.

—Después de un año, no, Cathy.

A Eric le tembló el mentón. Tenía la vista clavada en el suelo, pero al final la subió para mostrar los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Lo estás torturando, Cathy. Nos estás torturando a todos, incluida a ti misma. Quiere marcharse. ¡Déjalo marchar!

Era como si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Cathy dejó de respirar del dolor que oyó en esas palabras. Al ver su reacción, Eric continuó:

—Jamás te debería haber dado el poder de decidir esto. Somos sus padres. Si la decisión legal estuviera en nuestras manos, ya lo hubiéramos dejado ir. Estamos listos.

La doctora Gentzelman le cubrió la mano con la suya.

—Quizás es hora de que tú también te prepares.

A Cathy le cayeron lágrimas por el rostro. El pecho le dolía, al igual que todo el cuerpo.

—¡No! Mientras aún haya esperanza…

—¡Pero no la hay! —gritó Eric.

La doctora negó con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Cathy miró a Brad, que yacía sereno, como si estuviera dormido y fuera a despertar para ir a la playa.

—No acepto eso —repuso—. Si soy la única que peleará por su vida, que así sea.

Eric soltó un suspiro y se pellizcó el puente de la nariz.

—Te daremos dos semanas para hacer las paces con la idea de dejarlo ir, Cathy. Si no das permiso en dos semanas, tomaremos medidas legales. No puedo permitir que mantengas a mi hijo atrapado en esta cama cuando sé que se quiere marchar.

Unas olas cálidas de ira y temor le golpearon el rostro. Se dio la vuelta, se inclinó y le depositó un beso en la mejilla a Brad. Inhaló el aroma de la loción para después del afeitado mezclado con su propia fragancia. Se encaminó para irse y se detuvo un instante delante de Eric.

—Por favor, escúchame. No te doy mi permiso para interrumpir el soporte vital. ¿Entiendes? —Se volvió hacia la doctora Gentzelman—. No tienes permitido detener las máquinas.

Cathy aguardó el gesto de asentimiento de la doctora y salió de la habitación del hospital.

Salió del edificio en modo automático, con las palabras de Eric resonándole en los oídos. No se detuvo hasta llegar su New Beetle amarillo que había aparcado en el estacionamiento. Al meterse en el Volkswagen, se sintió como una gigante que intentaba encajar en una taza de porcelana. Hubiera preferido conducir una Range Rover, que se adaptaba mejor a su altura y tamaño. Pero Brad tenía razón. Los autos pequeños salvaban el medioambiente, por no mencionar que eran más fáciles de estacionar. Además, el color remitía al del sol y a California, que era todo lo contrario a ella. Y mientras las tablas de surf entraran, era todo lo que necesitaban.

Cathy ya había sujetado su tabla al techo porque tenía planeado ir a surfear luego de dar su lección de yoga. Pero tras la conversación que acababa de tener, yoga era lo último que tenía en mente. Llamó al estudio para dar parte de enferma, encendió el

coche y salió del estacionamiento del hospital. Era un día de invierno sorprendentemente cálido.

La pena y la desesperación se arremolinaban en su interior, le hacían hervir la sangre y la atacaban. Necesitaba ir a la playa. Al sitio donde todo había comenzado. Donde había conocido a Brad hacía cinco años. Donde habían planeado abrir una escuela de surf y de yoga. Donde se iban a casar. Y donde la gente que se suponía que eran sus amigos lo habían ahuyentado… hasta que le causaron la muerte.

¡No! Aún no estaba muerto.

Mientras conducía hacia Sonada Beach, Cathy observó la escena familiar que iba dejando atrás: las casas, las palmeras y las colinas que había visto cientos de veces con Brad. Cuando llegó, aparcó en la cima de la colina y se puso el traje de neopreno. Era de un rosa intenso y Brad lo había escogido a modo de broma. «Esto dirá a gritos: "Chica de California"», le había dicho entre carcajadas cuando abrió el regalo y la mandíbula se le cayó al suelo.

Lo cierto era que Cathy no se podía sentir menos californiana con ese traje puesto. A pesar de que había sido vegana durante ocho años y de las horas que pasaba haciendo yoga, su cuerpo se empeñaba en tener curvas. Debajo de la grasa, tenía músculos, pero en ese traje de neopreno, Cathy se sentía como una rosada bola gigante de carne humana.

Echaba de menos a Brad a nivel físico, como si fuera un pájaro y sus alas no le funcionaran sin él. A lo mejor, si entraba en el océano, lograría conectar con él. Quizás podría encontrar su espíritu y pedirle que regresara a su cuerpo. Quizás estaba perdido allí, entre las olas, y si lo encontraba, podría ayudarlo a regresar. O quizás eso era una sarta de tonterías típicas del movimiento de la Nueva Era.

Cathy se recogió el cabello en un rodete despeinado, tomó la tabla de surf y caminó por el camino de piedras que conducía a la playa de arena blanca oculta entre las colinas.

Los divisó desde arriba. Cathy estaba dispuesta a venderle su alma al diablo para que no la detectaran. Pero ni el diablo podría ocultar el traje de neopreno rosado. Los cinco se detuvieron delante de ella: cuatro hombres de edad media y Miranda. Los hombres no

estaban en su mejor forma, un par de ellos tenían barrigas cerveceras y Jason era el más entallado. Miranda era pequeña, pero tenía el físico de una fisicoculturista y el bronceado de alguien que pasaba muchas horas al sol. Todos la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Miranda—. No tienes permitido venir a esta playa.

Cathy se retorció en una bola por dentro. La mayoría de los surfistas no eran como esos sujetos. La mayoría eran como Brad: trotamundos relajados que disfrutaban del océano. Miranda y su banda jamás se habían marchado de California porque habían crecido con una de las playas más magníficas del mundo en el patio trasero y se negaban a compartirla. Por desgracia, los surfistas locales no eran un problema solo allí, y la policía no podía hacer nada al respecto, ni tampoco las protestas públicas. Pero no permitiría que la afectaran.

—¿Siguen intimidando a la gente aun después de lo que le pasó a Brad? Parecen adolescentes en el recreo de la escuela. Maduren.

—Puede ser —repuso Jason—, pero alguien tiene que proteger nuestra playa. Mira esto. —Estiró las manos hacia la playa. Había solo tres personas en el agua y nadie más, excepto Cathy y el grupo. La bahía era espectacular: arena suave, acantilados altos y olas que rompían contra un punto en las rocas—. ¿Por qué crees que Sonada no está tan abarrotada como Malibu o El Porto? Porque la protegemos. Brad también creció aquí. Se convirtió en campeón mundial porque se entrenó con estas olas, con esta libertad. Si permitimos que cualquier turista venga, no se podría ni escupir sin salpicar a alguien.

—En especial, si hubieran abierto esa condenada escuela de yoga y surf —añadió Miranda.

Sí, ese era el motivo por el que habían ahuyentado a Brad de la playa: lo habían hecho escoger entre Cathy y el grupo. Cathy o la playa. Y la había escogido a ella.

«Lucha por ti, Cathy. Enfréntalos como lo hizo él».

—Ni siquiera se arrepienten —continuó—. ¿No ven que casi muere por ustedes?

Miranda negó con la cabeza, y Jason bajó la mirada con las fosas nasales dilatadas.

—Si quieres culpar a alguien de lo que le pasó, cúlpate a ti misma —le dijo Miranda—. Él era uno de nosotros. Nuestro campeón mundial. Jamás hubiera dejado la playa de no haber sido por ti. Tú le sembraste la idea de abrir esa escuela.

A Cathy se le estrechó la garganta.

—Ya basta, Miranda —interrumpió Jason—. Ya no habrá ninguna escuela. No sin Brad.

A Cathy se le nublaron los ojos y se le estrechó el pecho. Tenía razón. No sin Brad.

Jason miró a Cathy, y se le suavizó el rostro.

—Solo por él, quédate y surfea. Solo por hoy. No regreses. Es muy difícil para todos.

Jaló de Miranda, y los cinco se alejaron. ¿De verdad la culpaban por el accidente de Brad? Y peor aún, ¿tendrían razón? El estómago se le revolvió de dudas. Si no la hubiera escogido a ella, de seguro se encontraría sano y salvo, viviendo la vida al máximo.

Con las piernas temblorosas y los brazos como fideos cocidos, avanzó hacia el océano. El sonido de las olas que rompían era familiar y reconfortante, y Cathy se metió en el agua fría y los pies se le entumecieron. Colocó la tabla sobre el agua, saltó sobre las olas y se subió a la tabla para empezar a nadar hacia el mar abierto. El viento no era fuerte ese día, y las olas no eran las mejores para surfear. Pero en realidad, ella no quería surfear. Quería estar en el agua. Conectar con Brad.

Cuando la playa quedó lejos a sus espaldas, dejó de nadar y se sentó sobre la tabla con las piernas colgando a ambos lados. Quizás el alma de Brad se encontraba en algún sitio cercano. Quizás estaba en lo más profundo del océano, donde se había golpeado la cabeza. Quizás Cathy debía sumergirse y ver si lo encontraba. O quizás sumergirse y quedarse allí y punto. Quizás así ella y Brad volverían a estar juntos. Bajó la mirada al agua azul oscura. Quizás debería soltar todo.

Alguien le salpicó agua fría en el rostro. Cathy soltó un jadeo al tiempo que sentía el escozor de la sal en los ojos. Alzó la mirada y,

con los párpados dolorosos, vio a una anciana en una tabla de surf. Quedó tan anonadada que casi se cae cuando una ola la meció.

—Hola, querida —la saludó la mujer.

Llevaba puesto un traje de neopreno con unas líneas verdes. Tenía el cabello blanco, sujeto en un pequeño rodete en el cuello, y los ojos de un color de lo más peculiar: al parecer cambiaban de color. O quizás eran de varios colores al mismo tiempo.

—Eh… hola —repuso Cathy.

La mujer alzó el rostro al cielo.

—Qué día más encantador, ¿no crees?

Cathy miró alrededor para asegurarse de que estuviera hablándole a ella.

—Sí, así es. Lo siento, ¿se encuentra bien? ¿Necesita ayuda para regresar a la orilla?

—Oh, no, querida. Estoy de mil maravillas. Tú eres la que necesita ayuda.

Cathy bajó la mirada a la tabla. ¿Se habría dañado sin que se percatara? No, se veía en perfecto estado.

—¿De qué habla?

—Morir aquí no es tu destino.

Cathy se consideraba una persona espiritual. Sentía que había un poder superior en el universo y creía en la ley de la atracción. Además, enseñaba yoga. Pero jamás había experimentado lo que sentía en ese momento. Como si unas chispas de electricidad fría le estuvieran trepando debajo de la piel.

—¿Y cómo lo sabe?

—No encontrarás su alma allí abajo, querida. Y aunque la encuentres, eso no lo traerá de regreso.

A Cathy se le formó un doloroso nudo en la garganta y se tuvo que obligar a inhalar profundo y despacio, contar hasta cuatro y soltar el aire también contando hasta cuatro. A lo mejor estaba loca, pero había algo especial en esa mujer.

—¿Me puede ayudar a recuperarlo? —le preguntó.

—Oh, querida, no lo puedes ayudar. Sin embargo, hay un hombre al que sí puedes ayudar. El hombre que está destinado para ti.

Cathy frunció el ceño.

—¿Se refiere a Brad?

La mujer sonrió como si fuera una niña dulce y tonta.

—No es Brad, aunque Brad es una parte de él. —Negó con la cabeza—. Menos palabras y más acción.

Abrió un bolsillo en el muslo y extrajo un objeto extraño y bastante grande para el tamaño del compartimiento. ¿Cómo habría logrado meterlo allí?

El objeto destelló en sus manos como el oro. Y era dorado. Era un huso. Tenía la superficie cubierta con unos grabados que Cathy reconoció de la mitología nórdica que siempre le había interesado. Miró el rostro sereno y arrugado de la anciana.

—¿Quién es?

—Soy precisamente lo que temes creer que soy, pero no tenemos demasiado tiempo, querida. Hay un hombre que necesita que lo salves. A cambio, él te salvará a ti.

La mujer le ofreció el huso y, completamente anonadada, Cathy lo observó.

—Deprisa —la presionó—. La batalla está a punto de comenzar, y entonces será demasiado tarde.

Todo sonaba demasiado extraño, incluso para Cathy, pero no podía despegar los ojos del huso. Estiró la mano por voluntad propia. Cuando lo tocó, un suave estado meditativo la envolvió. El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse: el cielo, la costa y la mujer. Lo único que quedó fue la tabla de surf y la voz de la anciana:

—Vas a viajar en el tiempo.

Entonces, como si fuera una ola que la alzaba para sumergirla, Cathy se dejó llevar. La energía la invadió y la llevó hacia una costa desconocida. Y luego, todo se hundió en las penumbras…

Lee EL RECLAMO DEL VIKINGO ahora!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Otras obras de Mariah Stone

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

Acerca del Autor

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!